

VIDA DE LA SEÑORITA LE GRAS

FUNDADORA Y PRIMERA SUPERIORA DE LA COMPAÑIA DE
LAS HIJAS DE LA CARIDAD SIERVAS DE LOS POBRES
ENFERMOS

por el señor GOBILLON,
Sacerdote y Doctor de la Casa y sociedad de Sorbona,
Párroco de San Lorenzo.
(París, 1676)

EDITORIAL CEME-SANTA MARTA DE TORMES-SALAMANCA

Titulo original: **La Vie de Mademoiselle Le Gras, Fondatrice et première Supérieure de la Compagnie des Filles de la Charité, servantes des pauvres malades, par monsieur GOBILLON, Prêtre, Docteur de la Maison et Société de Sorbonne, Curé de Saint Laurents. Paris, A. Pralard, 1676.**

Traducción: **Alberto López y Martín Abaitua, CM.**

Introducción y notas: **Benito Martínez Betanzos, Martín Abaitua Churruga, Corpus Juan Delgado, Alberto López Sánchez.**

© EDITORIAL CEME Apartado 353 Salamanca

Con las debidas licencias eclesiásticas ISBN: 84-7349-068-1

Depósito legal: S. 682-1991 Printed in Spain

Gráficas Ortega, S.A.

Polígono El Montalvo-Salamanca, 1991

INTRODUCCION A LA PRESENTE EDICION ESPAÑOLA

La primera biografía de Santa Luisa de Marillac fue escrita por el sacerdote Nicolás Gobillon en 1675, quince años después de la muerte de la Fundadora de las Hijas de la Caridad, y publicada al año siguiente. Este dato es suficiente para apreciar el valor testimonial de tal obra, a la que tendrán que referirse después todos los estudios sobre la Señorita Le Gras. Gobillon estructuró su trabajo en cinco libros. En los cuatro primeros presenta la vida de Santa Luisa como modelo a imitar, con continuas referencias bíblicas y patrísticas. En el quinto, recoge pensamientos diversos de la fundadora.

La obra de Gobillon fue corregida y aumentada, sin demasiada fortuna, por el P. Pedro Collet, C.M. en 1769. Esta edición de Collet fue la utilizada para las versiones castellanas de 1792 (por D. Rafael de Llinás y de Magarola, Barcelona 1792 [1794] y de 1834 (por el P. Fortunato Feu, Madrid 1834).

En 1886 se reimprime en Brujas la original de Gobillon, de la que desaparecen algunas piezas introductorias (la dedicatoria a la Reina y el extracto del privilegio del Rey) y se le añaden testimonios, conferencias y cartas sobre las virtudes de la Señorita Le Gras.

El libro que ahora tienes en tus manos es la primera traducción al castellano de la edición príncipe (1676) de la biografía de Luisa de Marillac.

Hemos querido respetar cuidadosamente el contenido y, en lo posible, hasta la literalidad del original, ciñendo a este objetivo la traducción.

Nos hemos permitido introducir tan sólo algunas notas [enmarcadas en corchetes] con el fin de:

- ilustrar algún dato de mayor relieve histórico o crítico,
- ofrecer el acceso a la fuente (autógrafos) usada y citada por Gobillon, que hoy está a nuestro alcance, y poder valorar así el uso hecho por el biógrafo.

1991

A LA REINA

SEÑORA:

Esto no es sólo la Historia de una persona particular de la que VUESTRA MAJESTAD tiene a bien permitirme presentarle las virtudes. El asunto que he escogido me compromete por sí mismo a una extensión que es más digna de la grandeza de vuestro celo; y no puedo escribir la Vida de una célebre Fundadora de nuestros días, sin hablar al mismo tiempo del origen de una santa Comunidad de Mujeres de la que ella ha hecho la fundación. Vuestra piedad, SEÑORA, que edifica a toda la Iglesia, hallará en esta obra un objeto de acuerdo con sus sentimientos y sus inclinaciones. Se trata de una Compañía que se consagra al servicio de los pobres para asistirlos en toda clase de miserias y de

necesidades. Tuvo felizmente su origen bajo el reinado glorioso de la gran Princesa que os ha precedido. ANA DE AUSTRIA, cuyo nombre será venerado por todos los siglos, aprueba su Institución, honra su trabajo, reconoce su utilidad, favorece sus iniciativas y toma parte en todas sus obras. Vuestra Majestad, SEÑORA, no podría pensar en un ejemplo de carácter más augusto y de mérito más acabado; y para hacer su elogio a base de lo que san Gregorio de Nisa hizo en otra ocasión de la gran Emperatriz, esposa de Teodosio y madre de los Emperadores Arcadio y Honorio, puedo decir, como ese Padre, que hemos visto sobre el trono en la persona de nuestra Soberana, «la luz de todas las virtudes, la regla viva de la justicia, la imagen de la clemencia real, el sostén de la fe ortodoxa, la columna de la Iglesia, la gloria del Imperio, el tesoro de los pobres, el asilo de los desgraciados y afligidos». Aunque hemos sentido gran dolor por su pérdida, no podemos lamentarnos, SEÑORA, de que tantas virtudes se hayan extinguido con su muerte. Vuelven todas a revivir con brillo en su Familia, que conserva con tanto cariño los sentimientos que ella le inspiró, como la autoridad que le ha conservado, y que no tiene menos veneración por los ejemplos que le ha dejado, que agradecimiento por la gloria que ella le adquirió. En la casa real perduran las obras de caridad iniciadas en su reinado: siempre las consideran no solamente como deberes necesarios de la Religión, sino como obligaciones indispensables de gobierno: allí a los pobres se les considera como personas, cuya protección y cuidado Dios confía a los Soberanos, al tiempo que les pone el poder en las manos. No hay medios que no se empleen para socorrerlos: derrama sus liberalidades en las parroquias y hospitales; les hace construir casa para lugares de retiro y les proporciona personas llenas de celo, que por una profesión especial se consagran a su servicio. Entre todas las obras que la caridad ha podido hacer cuando ha reinado en el corazón de los Reyes, jamás la ha habido más grande que ese palacio magnífico, que vemos levantar para recibir en él a los soldados en sus dolencias. Que el agradecimiento de los súbditos erige en París trofeos a las victorias del Rey, y hace de ellos los más ricos ornatos de esta ciudad capital. Este incomparable Monarca no triunfa menos por su caridad que por su valor, y quiere dejar a la posteridad el monumento más soberbio de todos los siglos. Es el padre de los soldados, así como el general y el jefe: provee a las necesidades de una vida, que su ejemplo y su servicio les han hecho exponer tantas veces, y que conserva, en las incomodidades que le quedan, señales de su valor y de su fidelidad. LUIS EL GRANDE, llamado Cristianísimo por privilegio, no limita sus cuidados a los socorros temporales: los pone en estado de dedicarse con más libertad a procurar su salud y a dar a Dios lo que le deben, después que han combatido por los intereses de su Príncipe, y que han cumplido con sus obligaciones para con él. Les hace pasar de la disciplina militar observada exactamente bajo la dirección de sus oficiales y generales a una disciplina cristiana bajo la dirección de una comunidad de ministros de Jesucristo, de quien reciben toda clase de enseñanzas y consuelos espirituales: y si están privados de la dulzura y de la asistencia de sus familiares, él suple esa falta con abundancia, haciendo que les atiendan en sus enfermedades mujeres caritativas, las cuales por un compromiso más estricto y más santo que todos los lazos de la naturaleza se dedican a socorrerlos en todas las necesidades del alma y del cuerpo. Sólo los Reyes pueden emprender obras de tal categoría. La caridad, que no tiene límites en sus deseos, no los puede ejecutar, si no es por una mano soberana; y un poder menor no puede ocupar plenamente a Mujeres que abrazan por su profesión todos los variados objetos de esa virtud. Por pequeña que sea su Compañía en sí misma por la categoría de sus miembros, es grande y considerable por

la extensión de sus ocupaciones; y así como sólo los Reyes pueden proporcionarle la base económica necesaria, igualmente sólo ella puede satisfacer plenamente con sus servicios a todas las obras de caridad de los Reyes. Por esta razón, SEÑORA, habiendo querido esta Compañía publicar la Historia de su Fundadora para manifestar a toda la Iglesia los propósitos de su vocación y las cualidades de su celo, ha pensado que debía dirigirse a VUESTRA MAJESTAD para implorar la ayuda y la protección de su piedad real en el ejercicio de sus trabajos, y para ofrecerle su dedicación plena con una obediencia sin reserva para la ejecución de vuestras órdenes. VUESTRA MAJESTAD sufrirá que el Pastor, que tiene el honor de dirigirla la palabra en nombre de esas mujeres, que están bajo su dirección en su casa principal, se adhiere a ellas para presentarle sus deseos, y aproveche esta ocasión propicia para testimoniarle la sumisión profunda con la que será durante toda su vida,

SEÑORA,
de vuestra majestad
humildísimo, obedientísimo y fidelísimo servidor y súbdito,
Nicolás GOBILLON, Párroco de San Lorenzo.

1. [Nicolás Gobillón, Cura de la Parroquia de San Lorenzo, a la que pertenecía la Casa Madre de las Hijas de la Caridad. Fue Párroco de San Lorenzo en 1661, después de la muerte del señor Guillermo de Lestocq, un año después de la muerte de Santa Luisa, pero parece que ya estaba destinado en la Parroquia desde un tiempo anterior. Era un hombre muy versado en las ciencias eclesiásticas y literarias. Se distinguió por su fidelidad a la doctrina de la Santa Sede y, en medio de tantas desviaciones doctrinales del siglo XVII, permaneció siempre fiel a la ortodoxia doctrinal. En 1705, cuando se trató de la beatificación de san Vicente de Paúl, fue llamado a testificar sobre lo que él decía de san Vicente en la *Vida de la Señorita Le Gras*, y atestigua que es Vicario General del arzobispo de París, Mons. De Noailles].

ADVERTENCIA

No cabe duda de que la vida de la señorita Le Gras, habiendo estado incesantemente aplicada durante más de treinta años a toda clase de ejercicios de caridad, está repleta de un gran número de buenas obras, cuyo conocimiento hubiera dado más esplendor a su mérito y más consuelo y edificación a su Compañía. Sin embargo los detalles de una vida tan santa no han sido puestos de relieve con el cuidado y la exactitud que merecían, y yo no he podido más que hacerme una idea general de sus virtudes a partir de los informes que me han facilitado. Me han proporcionado unos que miran a la institución de su Compañía y a los establecimientos que ella ha realizado. He leído algunas de sus cartas y de los apuntes que ella ha dejado de sus Meditaciones y de sus Conferencias: he consultado a las personas que han participado en sus proyectos, y cuya memoria ha podido ofrecer algún testimonio de sus acciones: y, basado en todo esto, he establecido el plan de esta historia, que habría podido ser de más consideración, si yo hubiera podido disponer de todo el material que pudiera entrar en su composición. Sin embargo,

no dejará de sacarse alguna ventaja de estos pocos fondos que han quedado. Se verá aquí el origen y la fundación de la Compañía de las Hijas de la Caridad, con la diversidad de empleos que han abrazado para el servicio de los pobres de toda clase de estados. Se reconocerá en ella el espíritu de esta piadosa Fundadora, cuyos caracteres ha marcado ella en algunos de sus escritos que se han conservado. Los pensamientos que he encontrado esparcidos por ellos me han parecido tan sólidos, tan elevados y tan conmovedores, que los he juzgado dignos de ser recogidos para instrucción de sus hijas; ya que no hay nada más capaz de inspirarles el amor y la fidelidad a su vocación que las palabras de su Madre, animadas y repletas de su espíritu. Las he puesto en cierto orden, bajo subtítulos particulares, sin añadir nada mío más que la disposición y el orden; y después de haber contado en cuatro libros lo que he podido conocer de su vida, he hecho de sus pensamientos el tema del quinto.

APROBACIÓN de los señores obispos

Si es verdad que los buenos ejemplos son, de todos los medios exteriores que llevan a la virtud, los más eficaces y los más poderosos, es más cierto aún que nunca causan más impresión que si se presentan en personas a quienes se ha podido ver y que incluso, para santificarse, se han visto obligadas, por un particular movimiento del espíritu de Dios, a mantener cierto contacto en el mundo: porque entonces es cuando el común de los cristianos, encontrando, por la experiencia, posible la virtud, no se espantan ya de su práctica, y los menos animosos se avergonzarían y enrojecerían si quisieran dispensarse de ella. Tal ha sido el ejemplo que la señorita Le Gras, esta madre tierna y universal de los pobres, ha dado a nuestro siglo, en el que parece que Dios la haya suscitado para convencerle de que ni la debilidad del sexo, ni la delicadeza del temperamento, ni los mismos compromisos sociales, son obstáculos invencibles para la salvación, ya que la caridad le ha descubierto en el mundo tantos medios para santificarse cuantas miserias distintas ha conocido en él para aliviarlas. Eso es lo que el autor de su vida nos presenta admirablemente en el rico retrato que nos hace de ella, obra en la que no sé decir si se encuentra más discernimiento o edificación, más luz o fecundidad. La expresión es nítida, la materia sólida, las aplicaciones motivadoras; su lectura es, pues, muy útil. Este es el juicio que emitimos en el mes de junio del año 1676.

FRANCISCO, arzobispo de Rouen JUAN LUIS, obispo de Aire JUAN, obispo de Séz
HARDUIN, obispo de Saint-Brieuc
JUAN BAUTISTA, preconizado obispo de Perpignan.

APROBACION de los Doctores

Hemos leído el libro titulado *Vida de la señorita Le Gras*, en el que no hemos encontrado nada que no esté muy conforme con la fe y las máximas del evangelio. Las mujeres cristianas encontrarán en ella un perfecto modelo de todas las virtudes que Dios les pide en el estado en que su Providencia las ha colocado, y podrán aprender de su conducta aquella religión pura y santa que el apóstol Santiago hace consistir en visitar y socorrer a las viudas y a los huérfanos y en conservarse sin tacha en medio de la corrupción del siglo. Los pastores de la Iglesia quedan en profunda deuda con el autor que tan doctamente y con tanta piedad ha fundamentado, con pasajes de los santos Padres tan bien elegidos, los deberes de una virtud que comienza a languidecer: y por haber enseñado a los fieles, todo a lo largo de una vida tan edificante, que la devoción del cristiano, la mejor y la más antigua, es la que se entrega principalmente a servir a Dios en las parroquias, y a depender de aquellos que llevan su dirección.

Dado en París a 21 de junio de 1676.

ANTONIO VAGUIER DE POUSSE, doctor de la Facultad de París, párroco de San Sulpicio.
GILLES ROBERT, doctor de la Facultad de París. FRANCISCO DE MONMIGNON, doctor de la Facultad de París de la Casa de Navarra, párroco de San Nicolás des Champs.

E. PIROT, doctor y profesor de Sorbona.

DIONISIO COIGNET, doctor de la Casa de Sorbona, párroco de S. Roque.

EXTRACTO DEL PRIVILEGIO DEL REY

Por letras patentes del rey dadas en SaintGermain-en-Laye, el 20 de diciembre de 1675. Firmado por el rey en su consejo de Ancianos, y sellado con el gran sello de cera amarilla: Le está permitido a nuestro bien amado ANDRÉS PRALARD, librero e impresor de París, imprimir o hacer imprimir, vender y distribuir por todos los lugares de la obediencia de Su Majestad un libro titulado *La Vida de la Señorita Le Gras, fundadora y primera Superiora de la Compañía de las Hijas de la Caridad de los Pobres Enfermos*: compuesto por el Sr. Gobillon, doctor de la Casa y Sociedad de la Sorbona, párroco de San Lorenzo, durante el tiempo y el espacio de veinte años consecutivos, con la prohibición a todos los librerros, impresores y otras personas, de la categoría que sean, de imprimirlo y distribuirlo, bajo pena de seis mil libras de multa, tal como se indica más ampliamente en dichas letras.

Registrado en el Libro de la Comunidad de los Mercaderes Libreros e Impresores. Dado en París el 8 de julio de 1675.

Firmado: *D. Thiery*, síndico. Se acabó de imprimir el 15 de abril de 1676. Se ha hecho el depósito de ejemplares.

VIDA DE LA SEÑORITA LE GRAS LIBRO PRIMERO

El Hijo de Dios, que nos ha propuesto la caridad como la plenitud de su ley, y como el mayor mandamiento de su Evangelio, ha hecho nacer de tiempo en tiempo personas extraordinarias, que han practicado esta virtud en toda su perfección, para servir de ejemplo de ella a su Iglesia.

Esta conducta que él ha observado a lo largo de los siglos, nunca ha tenido más esplendor que en éste, en el que podemos decir que ha renovado felizmente el celo del que llenó el corazón de los primeros cristianos. Ha suscitado un hombre al que ha inspirado el coraje de abrazar todos los empleos de la caridad: y, como en este siglo ha querido socorrer de nuevo a su Iglesia en todas sus necesidades, se ha servido del ilustre VICENTE DE PAUL, y de una compañía de la que lo ha hecho Fundador, para ejecutar este designio.

Hemos visto a este siervo de Dios emprender el remedio de todos los males que él ha podido ver: aplicarse a la conversión de los cristianos de todos los estados; organizarles retiros para alejarlos de las ocupaciones del mundo y atraerlos al conocimiento de su salvación; trabajar en la reforma del clero por el establecimiento de seminarios y por los ejercicios para la ordenación; instruir a los pobres del campo por medio de las misiones, y hacer que se anuncie el Evangelio a los infieles.

Lo hemos visto juntar a la asistencia espiritual los socorros necesarios para las necesidades del cuerpo, a ejemplo de los apóstoles que se cuidaban de recoger limosnas al tiempo que se ocupaban en predicar la palabra de Dios.

Ha socorrido a los pobres en sus enfermedades, haciendo que les cuiden en sus casas, y procurándoles dulzuras y consuelos en los hospitales. Los ha asistido en las prisiones y en las galeras. Se ha encargado de los niños ilegítimos que eran abandonados. Ha establecido lugares de retiro para los ancianos que no se encontraban ya en estado de ganarse el pan, y ha puesto los fundamentos del hospicio general, esa obra incomparable de nuestros días que se hubiera creído imposible en los siglos pasados. En fin, él ha llevado sus cuidados hasta los pueblos de las fronteras arruinados por las guerras, y a los soldados heridos en los ejércitos, y no ha habido situación que haya podido escapar a la extensión y a la fuerza de su caridad.

No bastaba procurar limosnas para proveer a todas estas necesidades: era necesario que hubiese personas comprometidas a servir a los pobres en todos estos estados diferentes de miseria y de indigencia: y como las mujeres están más capacitadas para estas ocupaciones, este hombre de Dios ha formado una compañía de muchachas que él ha puesto bajo la dirección de una superiora prudente y celosa, y a las que ha consagrado a este ministerio con el título glorioso de Siervas de los pobres.

Para la realización de una obra tan importante ha escogido a LUISA DE MARILLAC, viuda del señor Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, y no ha podido encontrar persona que poseyese con más ventaja todas las cualidades necesarias para cooperar en sus proyectos.

Sería privar a la compañía de sus hijas, e incluso a toda la Iglesia, de la edificación de un tan gran ejemplo, si se dejaran sepultar en el olvido las acciones de su vida; y sería de desear, por otra parte, que su historia, digna de los más célebres autores, fuese obra de una mano más hábil.

Sin embargo, no he podido rehusar emprenderla, por los ruegos del señor Alméras, que con tanto mérito ha sucedido al señor Vciete en el cargo de superior general, y me he visto obligado a pagar en esta ocasión lo que debo a la Compañía de las Hijas de la Caridad, cuya casa principal es una de las más santas porciones del rebaño que me está confiado.

A pesar de las investigaciones más exactas, no me ha sido posible descubrir todos los detalles de una vida tan cristiana. Tengo que con tentarme con comunicar al público lo que he podido conocer por sus escritos, que han sido puestos en mis manos, y por el relato de algunas personas que han sido testigos de sus virtudes y que han participado en sus tareas.

Capítulo 1

Nacimiento de la señorita Le Gras.

Su educación.

Sus ejercicios en la juventud.

LUISA DE MARILLAC nació en París, de Luis de Marillac señor de Ferrières, y de Margarita le Camus, el día 12 de agosto de 1591. Perdió a su madre en su infancia, y su padre, viéndose solo a su cargo, puso un cuidado particular en su educación. La puso a pensión en el monasterio de las religiosas de Poissy, donde él tenía algunas parientes, para darle en esta casa los principios de la piedad cristiana. De aquí la retiró algún tiempo después y la puso en París en manos de una *dueña* hábil y virtuosa, para que le enseñara a hacer cosas convenientes a su condición. No olvidó nada de lo que podía perfeccionarla en los ejercicios del cuerpo y del espíritu. La hizo instruir en la pintura: y ella tuvo tanta afición por este bello arte, que siempre se ha ejercitado en él en los diferentes estados de su vida, cuanto se lo han permitido sus enfermedades y sus ocupaciones; y se conservan aún en su familia algunas piadosas pinturas de su mano.

Su padre, descubriendo su espíritu con capacidad para toda suerte de conocimientos, lo cultivó con todos los cuidados imaginables. Le hizo aprender la filosofía para formarle el razonamiento y darle entrada a las ciencias más elevadas; lo que le dio tal afición por la lectura que la hacía la más ordinaria de sus ocupaciones, y este padre no encontraba placer mayor que el de conversar con ella y ver las reflexiones y las observaciones que ella le hacía por escrito. Tuvo tanta satisfacción de la obediencia con que ella secundaba sus proyectos, que declaró incluso en su testamento: Que ella fue su mayor consuelo en el mundo, y que creía que le había sido dada por Dios para reposo de su espíritu en las aflicciones de la vida.

Capítulo 2

Matrimonio de la señorita Le Gras.
Sus virtudes en este estado.
Sus retiros bajo la dirección del señor obispo de Belley.

Como siempre tuvo, ya desde su juventud, un gran desprecio por el mundo y un ardiente deseo de consagrarse a Dios, tuvo el propósito de hacerse capuchina; pero habiéndoselo comunicado al P. Honorato de Champigny, capuchino, que vivía por entonces con reputación de santidad, no creyó éste que ella pudiera soportar sus austeridades dada la debilidad de su complexión, y le declaró que él creía que Dios tenía otros designios sobre su persona.

En la época en que ella deliberaba sobre su vocación, perdió a su padre y, viéndose con su muerte privada de su dirección, se vio obligada a tomar partido. Se comprometió en el matrimonio, al no poder satisfacer el deseo que tenía de la vida religiosa; y no entró en este estado más que por necesidad de una estabilidad.

El cielo, que la destinaba a la asistencia de los pobres, la unió con una familia que hacía una profesión particular de ejercer la caridad. Él dio por esposo a Luisa de Marillac, a Antonio Le Gras, natural de Montferrand en Auvergne, secretario de la reina María de Médicis, cuya familia se había distinguido por el amor a los pobres y había fundado un hospital en la villa de Puy. Fue comprometida en este matrimonio a la edad de 22 años, en el mes de febrero del año 1613, y recibió la bendición nupcial en la iglesia de San Gervasio, en París.

No hay virtud de la que este estado sea capaz que ella no la practicara con edificación. Se aplicaba desde los primeros años en visitar a los pobres enfermos de la parroquia en que vivía. Les daba por sí misma los caldos y las medicinas, les hacía las camas, los instruía y los consolaba con sus exhortaciones, los disponía para recibir los sacramentos, y los sepultaba después de su muerte. Y la parroquia de San Salvador entre otras, en la que ella ha vivido en su viudez, ha sido testigo y objeto de todas estas acciones de caridad.

Esta virtud, que, según la doctrina del Espíritu Santo', se afianza y se aumenta cada vez más con el socorro a los enfermos, se afianzó en su corazón con tanta fuerza y celo, que no puso límites a sus proyectos. No se contentaba con asistir a los enfermos en sus casas; iba a visitarlos a los hospitales para añadir algunos dulces a los socorros necesarios que allí les ofrecían, y para hacerles por sus manos los servicios más bajos y penosos.

No le bastaba servir con su persona: con sus consejos y ejemplos atrajo a otras damas y hacía por entonces el ensayo de la gran obra que un día debía emprender para el alivio de todos los pobres, con la institución de una congregación de mujeres, cuyo proyecto

ha dejado testimoniado en un escrito, que lo había concebido durante el tiempo de su matrimonio.

Aunque vivió en el mundo, guardó inviolablemente esta religión pura y sin tacha, de la que habla Santiago, que consiste en visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y en conservarse puro de la corrupción del siglo.

Tuvo siempre su corazón alejado de sus falsos placeres y vanidades; y durante el tiempo de las diversiones públicas, tenía la costumbre de retirarse al monasterio de las capuchinas hacia el que durante toda su vida tuvo un tierno afecto. Guardó siempre una gran modestia en su vestido, no poniendo su ornato, según la advertencia de san Pedro, en adornarse por fuera, sino en adornar el hombre invisible oculto en el corazón, por la pureza del espíritu. No se encontraría un alma más desprendida de la vida y de las máximas del mundo. Nunca tenía más gozo que cuando podía separarse de su trato por los ejercicios espirituales, y cuando tenía la oportunidad de unirse y conversar con Dios por la oración.

Bajo la dirección del ilustre obispo de Belley Juan Pedro Camus aprendió a realizar los ejercicios de la vida espiritual, y se entregó a ellos con tal ardor que este prudente director se creyó en la obligación de moderar sus excesos, y le manifestó sus sentimientos por una carta en estos términos:

“Me da mucho consuelo saber que los ejercicios de recogimiento y los retiros espirituales le son tan útiles y tan sabrosos; pero los tiene usted que tomar como la miel, raramente y con sobriedad. Porque tiene usted cierta avidéz espiritual que necesita moderación”.

Como sabía que la vida del espíritu, como la del cuerpo, no puede subsistir sin el alimento, y que el justo que vive de la fe tiene necesidad, como dice Tertulianos, de mantenerla y repararla con las verdades divinas, leía frecuentemente libros de piedad y tenía un cariño especial por la Imitación de JESUS, por el *Combate espiritual*, y por las obras de san Francisco de Sales y de Luis de Granada. El sabio prelado que la dirigía, juzgándola capaz de alimento más sólido, puso en sus manos las Escrituras divinas, que, según las palabras del Apóstol, son útiles para hacer al hombre de Dios perfecto y perfectamente dispuesto para toda clase de buenas obras.

Pero, puesto que el alma no puede unirse a Dios con libertad por la meditación y los demás ejercicios espirituales, si no reprime la insolencia de las pasiones del cuerpo, que ponen resistencia a sus movimientos, y si no se separa de la multitud de las ocupaciones temporales que la ajetrean, Luisa de Marillac trataba de domar y someter su cuerpo con los ayunos, las vigiliyas y los cilicios, aunque, por otra parte, estuviese muy mortificado ya por sus achaques habituales y por las penosas y continuas tareas de su caridad. Y en cuanto a los asuntos temporales, cuyas preocupaciones son como aquellos trabajos de Egipto que impedían a los israelitas ir a sacrificar al desierto, ella no se aplicaba a ellos más que en cuanto la necesidad le obligaba, y cuidaba siempre que no fuesen obstáculo a la unión que tenía con Dios.

Sin embargo, pese a las precauciones que tomaba, no pudo evitar del todo que el demonio turbase la paz y la tranquilidad que ella buscaba. Este enemigo, viendo que no la podía perturbar con la rebelión de las pasiones, ni con los atractivos y compromisos del mundo, tomó un camino más sutil y más artificioso: la atormentó con su propia virtud, y se sirvió para este propósito contra ella de la pureza y de la delicadeza de su conciencia. Le inspiró un temor tan grande al pecado y aplicó tan fuertemente su espíritu a la consideración de las faltas que escapan a la debilidad de las almas más inocentes, que le costaba trabajo apartar la vista de ellas en sus oraciones.

Habiendo conocido el señor obispo de Belley esta disposición de su espíritu, hizo todos los esfuerzos para poner calma en él, y vemos en una carta los avisos que le dio sobre este tema: *Siempre espero, mi querida hija, que le vuelva la serenidad después de estos nublados que le impiden ver la bella claridad de la alegría que hay en el servicio de Dios. No ponga usted tanta dificultad en las cosas indiferentes, aparte un poco su mirada de sí misma y apéguese a JESUCRISTO; y he ahí, a mi parecer, su perfección, y puedo decir con el Apóstol que, en esto, creo tener el espíritu de Dios.*

En medio de estas inquietudes con las que Dios permitió que se viese turbada por la vista de sus pecados durante varios años, hubo un intervalo de tiempo en que toleró, para probarla más, que su alma se viese agitada por movimientos contrarios: pasó del exceso de temor al pecado al otro extremo. El demonio le sugirió pensamientos de infidelidad para combatir este temor en su raíz y para destruirlo enteramente en su corazón; la atacó con violentas y prolongadas tentaciones contra la fe en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma; y estas tentaciones le duraron desde el día de la Ascensión del año 1623 hasta el día de Pentecostés. Pero fue sostenida por el poder del Espíritu Santo, que la liberó de estos trabajos el día de esta gran fiesta, cuando asistía a los sagrados misterios en la iglesia de San Nicolás des Champs. Ella ha declarado por escrito que creía haber obtenido esta gracia por las oraciones de san Francisco de Sales, por quien sentía una gran devoción y de quien había recibido, cuando aún vivía, particulares signos de estima y afecto, viéndose honrada con sus visitas, durante una enfermedad que ella tuvo, en el último viaje que él hizo a París.

Capítulo 3

Asistencia que prestó a su marido durante su enfermedad.

Sentimientos que manifestó a su muerte.

Carta de consuelo del señor obispo de Belley.

Esta cristiana mujer, durante su matrimonio, cumplió plenamente todas las obligaciones de su estado. No sólo cumplió a Dios todos sus deberes de la religión y a los pobres toda clase de servicios de la caridad, sino que satisfizo perfectamente cuanto debía a su marido y a su familia. Dios bendijo su matrimonio con el nacimiento de un hijo, que ella educó con un esmero particular, y al que proveyó en el transcurso del tiempo, con un cargo de consejero del rey en la corte de las monedas.

Entró en los sentimientos que san Crisóstomo aconseja a las madres cristianas tener para con sus hijos.

Tenemos en sus personas, dice este Padre, un precioso depósito que se nos confía; estamos obligados a conservarlo con mucha precaución; y hay que cuidar muy bien que el demonio no nos lo arrebatase por sorpresa. No hay bienes que nos deban ser tan queridos y considerados, puesto que es por ellos por quienes se trata de adquirirlos. Es un grandísimo desorden y una extrema imprudencia preocuparse menos por su educación que por las riquezas que se reúnen para ellos. Ante todo hay que imprimirles el amor por la virtud en su más tierna edad, y no mirar los bienes exteriores más que como accesorios, ya que su posesión les será inútil sin la virtud y su privación no les será perjudicial si son virtuosos.

Puesto que los cristianos están obligados a cuidarse de sus domésticos, a menos que renuncien a su fe, según los sentimientos del Apóstol', esta obligación se ve cumplida con toda fidelidad y éxito en esta piadosa familia. Todos cuantos tuvieron la dicha de emplearse en su servicio, se aprovecharon de sus instrucciones y de sus ejemplos. Entre ellos hubo dos empleados de su marido a quienes la vida de un ama tan santa inspiró la decisión de dejar el mundo; de ellos, uno entró en la orden de los Mínimos y el otro en la congregación de San Mauro.

La divina Providencia que quería santificarla en las pruebas, permitió que su marido, tres o cuatro años antes de su muerte, cayese en frecuentes enfermedades que le volvieron de un humor impertinente y amargado. Esta esposa caritativa y fiel demostró a su esposo en este estado un afecto más tierno, una bondad más comprensiva y un amor más condescendiente, para tratar de calmar su espíritu y dulcificar sus penas y sus dolores. El gran cuidado que ella tuvo durante este tiempo en asistirle y servirle, fue un aprendizaje para su caridad, que le hizo conocer a los enfermos y los medios necesarios para aliviarlos, y que le dio tanta experiencia y capacidad para este ejercicio, que ella misma fue luego lección y regla para las hijas que fundó para socorrerlos.

Con sus cuidados y con las señales sensibles de su amor, así como con su ejemplo, se ganó el corazón de su marido y lo capacitó para las disposiciones cristianas con las que murió. No se puede conocer esto mejor que por la carta que escribió al reverendo padre Hilarión Rebours, cartujo, primo hermano de su marido:

Muy reverendo Padre: Puesto que quiere usted saber las gracias que nuestro buen Dios ha hecho a mi difunto marido, después de decirle que me es imposible dárselas a conocer todas, le diré que desde hace mucho tiempo, por la misericordia de Dios, no tenía afecto alguno por las cosas que pudieran llevar a pecado mortal, y tenía un grandísimo deseo de vivir devotamente. Seis semanas antes de su muerte le acometió una fiebre muy alta que puso su espíritu en gran peligro; pero Dios, haciendo aparecer su poder por encima de la naturaleza, lo puso en calma; y en reconocimiento de esta gracia, se resolvió totalmente a servir a Dios toda su vida. No dormía casi nada ninguna noche; pero tenía tal paciencia que a las personas que estaban junto a él no les causaba ninguna incomodidad con ello. Creo que en esta última enfermedad Dios lo ha querido hacer partícipe de la imitación de las penas de su muerte; porque ha sufrido en todo su cuerpo y ha perdido totalmente su sangre, y su

espíritu ha estado casi siempre ocupado en la meditación de su pasión. Siete veces echó abundante sangre por la boca, y la séptima le quitó la vida instantáneamente. Yo estaba sola con él para asistirle en este paso tan importante, y él dio testimonio de tal devoción que mostró hasta el último suspiro que su espíritu estaba pegado a Dios. Nunca pudo decirme otra cosa que: Ruega a Dios por mí, yo no lo puedo más: palabras que estarán para siempre grabadas en mi corazón. Le ruego que se acuerde usted de él cuando rece las Completas; él les tenía una devoción tan particular que casi ningún día dejó de rezarlas.

Nada se puede añadir al testimonio que esta esposa da ella misma, por esta carta, de las cristianas disposiciones de su esposo para la muerte; y tampoco se puede expresar con caracteres más sensibles el amor y el coraje con los que ella le prestó los últimos servicios.

Murió la noche del 21 de diciembre del año 1625, en la parroquia de San Salvador, después de haber recibido todos los sacramentos. No puedo expresar mejor los sentimientos que ella tuvo en este estado que con el ejemplo de una señora virtuosa llamada Sabina, de que habla san Jerónimo. Esta viuda, dice este Padre, lloró de tal modo la muerte de Nebridis, su marido, que dio muestras de su ternura y amistad conyugal; pero al mismo tiempo, la soportó con tanta virtud, que la miró más bien como un viaje que como una pérdida o una privación.

La señorita Le Gras, horas después de que su marido hubiese muerto, fue a ver al señor Hollandre, doctor de la casa de Sorbona, su pastor, para recibir su consuelo en esta desgracia y se confesó y comulgó; no sólo para fortalecerse con la presencia de JESUCRISTO, sino para consagrarse a él como a su único esposo.

El prelado que la dirigía y que se interesaba por todos los acontecimientos de su vida, le escribió, con ocasión de la muerte de su marido y le enseñó el uso que debía hacer de su viudez. He aquí la tierna manera con que se explica en a carta:

En fin, mi querida hermana, el Salvador de nuestras almas después de haber puesto en su seno a su esposo, reposa en el de usted. Oh celestial esposo, sé por siempre el de mi hermana, que te ha elegido por tal cuando aún estaba dividida. Pero permanece en su seno, Señor, como un ramillete de mirra, dulce al olfato, pero amargo al paladar. Dale algún consuelo en las amarguras inseparables de su viudez. Oh Dios, mi queridísima alma, en este momento es cuando hay que estrecharse y apretarse junto a la cruz, puesto que no tiene usted otro apoyo en la tierra. Ahora es cuando hay que decirle a Dios que se acuerde de su palabra; y ¿cuál es esa palabra, mi queridísima hija? Es que él será el padre del huérfano y el juez de la viuda. Juez, mi querida hermana, para asumir su causa y para juzgar a su adversario. En esta ocasión veremos si ha amado usted a Dios como es debido, ya que él le ha quitado lo que usted amaba más. Paz eterna y reposo haya para esta querida alma por la que nosotros rezamos, y consuelo para la de usted del Padre de todo consuelo y Dios de las misericordias.

Capítulo 4

Hace voto de viudez.

El sr. Obispo de Belley la pone bajo la dirección del señor Vicente, que la emplea en el servicio de los pobres de las Cofradías de Caridad

LUISA DE MARILLAC, viendo a su marido gravemente enfermo en el año 1623, había tomado la decisión de que, si Dios disponía de él, abrazaría la viudez que el Apóstol, inspirado por el espíritu de Dios, aconseja como un estado más dichoso que el matrimonio; y había hecho voto de ello el día 4 de mayo, que es la fiesta de santa Mónica. Cuando la Providencia divina le presentó la ocasión por la muerte de su marido, se creyó obligada a cumplir su voto, y escribió sobre ello al P. Rebours en estos términos:

¿No es muy razonable que yo sea toda de Dios después de haber estado tanto tiempo en el mundo? Le digo, pues, mi querido primo, que lo deseo con todo mi corazón y en la manera que a él le plazca. Pero tengo grandes motivos para desconfiar de mí misma en la perseverancia en este santo deseo, a causa de los continuos impedimentos que se oponen a los designios que Dios tiene sobre mí. Ahora bien, mi querido padre, ayude, pues, a mi pobre alma, y con sus oraciones rompa estos lazos que me atan tan fuertemente a todo lo que no es Dios; y, por su santo amor, continúe las plegarias que me promete.

Tuvo tanta estima y tanto amor por el estado que había abrazado que todos los años, el día de santa Mónica, tenía costumbre de renovar a Dios esta primera oblación que le había hecho de su persona, y tenía este día como solemnidad, por la gracia que había recibido en él. Hizo de la viudez el mismo uso que Sabina, para quien, según el testimonio de san Jerónimo, la muerte de su marido le fue una ocasión favorable para aplicarse con más libertad y celo a los ejercicios de la religión'. Por entonces redobló sus devociones y plegarias; se santificó cada vez más por la frecuente participación en los sacramentos, por las obras de caridad, por las lecturas y meditaciones, por los ayunos y las austeridades.

El señor obispo de Belley, viéndola con el propósito de aplicarse únicamente a los actos de piedad y no pudiendo estar siempre presente para ofrecerle una dirección particular y continuada, no creyó poderla confiar a mejor director que al gran Vicente de Paúl y, por una secreta disposición de la Sabiduría eterna, fue él el feliz autor de esta relación santa que ha unido a estas dos cabezas con sus compañías, para las tareas de la caridad.

Este servidor de JESUCRISTO echaba por entonces los cimientos de su congregación en el Colegio de Bons-Enfants, que le fue cedido el año 1625 por monseñor Juan Francisco de Gondí, arzobispo de París, y comenzó allí una especie de comunidad con algunos sacerdotes que se habían asociado con él para las misiones. La señorita Le Gras, cuya dirección no había podido rehusar él de mano de este prelado, aunque no estuviese en estado de encargarse de la dirección de almas particulares, quiso acercarse a él para recibir más fácilmente sus luces; y en el año de 1626 se fue a vivir cerca de este colegio, en la parroquia de San Nicolás de Chardonnet.

Tan pronto como ella observó más de cerca las acciones de este hombre apostólico que se ocupaba ininterrumpidamente con su naciente compañía en todos los ejercicios de la

caridad, se sintió animada más fuertemente aún por sus ejemplos, y concibió el proyecto de consagrar su vida al servicio de los pobres y de cooperar en sus santas empresas en toda la extensión de sus posibilidades. Pero habiéndole comunicado estos proyectos, él no juzgó conveniente dar a sus deseos una satisfacción tan rápida. Quiso ponerla a prueba previamente durante algunos años, y le aconsejó hacer los ejercicios espirituales, y principalmente acercarse a la santísima Eucaristía, oráculo de testimonio de la nueva ley, para consultar en ella la voluntad de Dios.

Este retraso, que fue para ella una especie de noviciado, no sirvió más que para aumentar y afirmar más su resolución, y para aprovechar durante este tiempo todas las ocasiones de caridad que se pudieran presentar. Ella le obligó finalmente, con su fidelidad y su perseverancia, a aceptar su oferta y a asociarla a las tareas de sus misiones para la asistencia de los pobres; y este prudente director la juzgó digna, luego de haber encontrado en su persona las disposiciones que san Pablo pide en las viudas para el ministerio de la caridad. Para admitir en él a una viuda, dice este apóstol, tiene que dar testimonio de sus buenas obras: si ha ejercido la hospitalidad, si ha lavado los pies de los santos, si ha socorrido a los afligidos, si se ha aplicado a toda clase de actos de piedad.

El señor Vicente comenzó a emplearla en estas santas funciones en el año 1629, y la envió a visitar por las aldeas las cofradías de caridad que él había establecido, en las que las mujeres se reunían para socorrer a los pobres enfermos.

La primera la había fundado en Chatillon-en-Bresse en el año 1617; y Dios había concedido tan abundantes bendiciones a esta obra de piedad, que desde entonces se había multiplicado por muchos lugares; y aunque el primer objetivo de estas cofradías no fue más que el campo, se extendieron por las ciudades; y este mismo año de 1629 se fundó una en París, en la parroquia de San Salvador.

Esta alma fiel y celosa recibió las órdenes del señor Vicente con tanta alegría como sumisión y respeto. Le rindió una obediencia tan perfecta, que, en adelante, ella no emprendió nada sino con una entera dependencia de sus opiniones y de sus órdenes, mirándolo como al ministro e intérprete de la voluntad de Dios.

Antes de emprender estos viajes recibía una instrucción escrita de su mano referente al modo que ella debía observar en ello. El día de la partida, comulgaba para recibir por la presencia de JESUCRISTO una comunicación más abundante de su caridad y una prenda más segura de su protección y dirección.

El primer viaje lo hizo a Montmirail, en la diócesis de Soissons, donde este gran misionero había establecido una cofradía de caridad; y he aquí lo que él le escribió a este propósito el 16 de mayo de 1629:

Vaya, señorita, vaya en nombre de nuestro Señor. Ruego a su divina bondad que ella le acompañe, que sea ella su consuelo en el camino, su fuerza en el trabajo, y que, finalmente, le devuelva con perfecta salud y colmada las buenas obras. Comulgará usted el día de la partida para honrar la caridad de nuestro Señor y los viajes que él hizo con este mismo fin y la misma caridad, así como las penas, contradicciones, cansancios y trabajos que sufrió; y

para que tenga a bien bendecir su viaje, concederle su espíritu y la gracia de obrar con ese mismo espíritu y de soportar sus penas de la manera que él soportó las suyas.

En estos viajes iba acompañada de algunas damas piadosas y los hacía en carruajes incómodos, sufriendo muchas penalidades, comiendo y durmiendo muy pobremente, para tomar mayor parte en la miseria de los pobres. Llevaba gran cantidad de ropas y de drogas hacía a sus expensas las limosnas y los viajes. Cuando llegaba al pueblo, reunía a las mujeres que estaban asociadas a la cofradía de la Caridad, les daba las instrucciones necesarias para cumplir bien este empleo, las animaba con el ardor de sus discursos, trabajaba por aumentar su número, animaba lo que se había enfriado, restauraba lo que se había caído, afirmaba y perfeccionaba lo que estaba establecido.

Para practicar la caridad en toda su plenitud, no se contentaba con hacer servir a los enfermos y con ofrecerles limosnas de sus bienes: ella quería hacer más que esas personas ricas y religiosas de las que habla san Jerónimo, que practican la misericordia por medio de delegados extraños y que sólo son bienhechores y caritativas con sus bienes y no con sus manos. Los visitaba y les ofrecía ella misma los alimentos y remedios, a ejemplo de Fabiola que, según el testimonio de este Padre en su epitafio, servía los alimentos a los enfermos con sus propias manos y refrigeraba a estos cadáveres vivientes con sus caldos y jarabes.

Después de haber atendido al alivio de las enfermedades del cuerpo, trabajaba por remediar las dolencias del alma; y como la ignorancia es el principio de ellas, empleaba todos sus esfuerzos en destruirla, y reunía a las muchachas del campo en casas particulares, donde les enseñaba los artículos de la fe y los deberes de la vida cristiana. Si había una maestra en el lugar, la instruía en su oficio; y si no la había, trataba de establecerla. Se vio renovarse y revivir en su persona el ministerio y las funciones de aquellas viudas de los primeros siglos que, siguiendo las ordenanzas del IV concilio de Cartago, eran elegidas para enseñar a las mujeres rudas e ignorantes en un lenguaje familiar y adaptado a su capacidad, y para enseñarles las máximas de la sana doctrina y las obligaciones que contrajeron en el Bautismo.

Capítulo 5

Cofradías de caridad establecidas y visitadas por la señorita Le Gras.
La caridad, más excelente que los milagros, constituye la ocupación de su vida.

No era justo que la señorita Le Gras, después de haber procurado tan grandes bienes a los pobres del campo, no hiciese participar de ellos a los de París, que se veían reducidos a extremos tan grandes. Y debía preferentemente una institución tan útil a la parroquia de San Nicolás de Chardonnet, donde ella vivía por entonces. Por eso en 1630 emprende la tarea de establecer en ella una cofradía de caridad reuniendo a algunas damas a las que comprometió a juntarse con ella para el servicio de los enfermos.

Comenzó este ejercicio primero por los actos de la caridad más perfecta y heroica, y mereció que Dios hiciera visibles en su persona las señales de una particular protección.

Expuso generosamente su vida en la visita a una muchacha que tenía la peste, y el señor Vicente, habiendo tenido noticia de ello, le escribió *que esta noticia le había enternecido el corazón, que si la hubiera recibido más pronto, hubiera ido inmediatamente a verla. Que, por lo demás, la bondad divina sobre las personas que se entregan a él en la cofradía de la caridad, de las que ninguna hasta entonces había sido herida por la peste, le hacía tener una perfectísima confianza de que a ella no le vendría ningún mal. No, señorita, no tema; nuestro Señor quiere servirse de usted para algo que mira a su gloria, y creo que la conservará para ello.*

La confianza de este hombre de Dios no se vio frustrada. La Providencia divina la preservó de este peligro, y todo el uso que hizo en adelante de la vida que le fue conservada, fue sólo para servir y asistir a los pobres. Iba por las aldeas y villas a establecer y visitar las asambleas de la caridad, dando conferencias a las mujeres asociadas, instruyendo a las muchachas, asistiendo a los enfermos, proponiéndose siempre el ejemplo del Hijo de Dios que, como dice el príncipe de los Apóstoles, iba por las aldeas y por los campos haciendo el bien por todas partes, sanando y liberando de toda clase de enfermedades.

Era un astro en un continuo movimiento que derramaba incesantemente sus luces y sus influencias. En el mes de febrero del año 1630, visitó la cofradía de Saint-Cloud, en la diócesis de París, a donde el señor Vicente le escribió el 19 de este mes: *que alababa a Dios porque ella tenía salud para tantas personas en cuya salvación trabajaba; y que le rogaba que le dijera si sus pulmones no se cansaban de tanto hablar, y su cabeza con tantas molestias y ruidos.*

El mes de mayo siguiente visitó la de Villepreux, que él había establecido en 1618 y era la segunda de las que había fundado. Habiendo habido que ella había tenido alguna dificultad con el señor párroco, le dio aviso de irle a ver decirle que, *si no le parecía bien que ella continuase sus prácticas de caridad en su parroquia, estaba dispuesta a dejarlo; que nuestro Señor sacaría quizás más gloria de su sumisión que de todo el bien que pudiera hacer: que un buen diamante vale más que una montaña de piedras; y que un acto de virtud de condescendencia y sumisión vale más que cantidad de buenas obras que se practiquen en atención a otro.*

Luego que ella se hubo explicado ante el señor párroco, éste recibió con alegría el bien que ella quiso hacer a su rebaño. Ella trabajó con tanto exceso que cayó enferma. Y nada más recuperar su salud y sus fuerzas continuó sus tareas.

El otoño siguiente emprendió otra visita a Villiers-le-Bel; pero como le era imposible moderar su celo, se comportó con tanta dedicación, hablando y actuando constantemente, a pesar de verse muy molesta por el reuma, que cayó enferma por segunda vez. Y, habiéndolo sabido el señor Vicente, le dio este consuelo en una carta del 22 de octubre: *Señorita, ¿no está contento su corazón a! ver que ha sido encontrado ante Dios digno de sufrir en su servicio? Le debe usted un agradecimiento especial: haga lo posible por hacer un buen uso de ello y pídale esa gracia.*

Es cosa sorprendente que tantas enfermedades no hayan podido detener el curso de sus trabajos. Desde el siguiente mes de diciembre fue a visitar la cofradía de la Caridad

establecida en la villa de Beauvais. A los principios de su llegada, este director que se interesaba por su conservación le dio este aviso en una carta del 4 de diciembre: *Bendito sea Dios, señorita, porque hela ahí llegada con buena salud. Ponga, pues, cuidado en conservarla por el amor de nuestro Señor y de sus pobres miembros; y tenga cuidado de no hacer demasiado. Es un engaño del demonio, con el que engaña a las almas buenas, incitarlas a hacer más de lo que pueden, para que no puedan hacer nada; y el espíritu de Dios incita suavemente a hacer el bien que razonablemente se puede hacer, para que se haga perseverante y prolongadamente. Hágalo así, pues, señorita, y actuará según el espíritu de Dios.*

Habiendo sabido los honores que le habían tributado en esta villa, él le dijo en la misma, nota el uso que debía hacer de ellos: *que, cuando ella se viera honrada y estimada, debía unir su espíritu a los menosprecios y malos tratos que el Hijo de Dios ha sufrido. Que un espíritu verdaderamente humilde se humillaba tanto en los honores como en los menosprecios, y hacía como la abeja, que saca su miel tanto del rocío que cae sobre el ajeno como del que cae sobre la rosa.*

Ella tomó este aviso como una precaución saludable en medio de los aplausos que recibió durante este viaje. Conservó siempre en él los sentimientos de una moderación cristiana, y no se sirvió de la disposición que encontró en el corazón de todos los habitantes de Beauvais, más que para establecer en él con más amor y celo los servicios de la caridad. Desde el momento en que comenzó las reuniones, las damas acudieron en gran número y quedaron encantadas con sus charlas; los hombres, no teniendo libertad para presentarse en ellas, entraban en la casa en que tenía las conferencias y se ocultaban para poderlas oír sin ser vistos, y se retiraban llenos de alegría y asombrados. Una vez acabada su tarea y cuando partía para volver a París, todo el pueblo la acompañó por el camino con mil bendiciones y acciones de gracias, y sucedió que en la aglomeración, un niño cayó bajo la rueda de su carro, que le pasó sobre el cuerpo. Un accidente tan desgraciado la conmovió sensiblemente y, habiendo hecho algunas oraciones, vio al niño levantarse inmediatamente sin herida alguna y marchar con entera libertad.

No examino si el modo con que este niño ha sido preservado tiene algo de milagroso, ni qué parte ha podido tener en ello la señorita Le Gras. No es necesario revelar por los milagros la santidad de una persona que se ha distinguido por un constante ejercicio de la caridad.

Esta virtud, dice san Juan Crisóstomo, es un don y un prodigio más excelente que todos los prodigios y que todos los dones, puesto que ella es el distintivo de las verdaderas discípulas de Jesucristo, que El mismo imprimió en ellos para darlos a conocer. La gracia de los milagros, continúa este Padre, es del número de esos dones que son comunes a los santos y a los pecadores, como hay vestidos semejantes para reyes y súbditos; pero la caridad es un don elevado por encima de todos los dones espirituales, que no pertenece más que a los santos, como el centro y la corona son ornamentos que no son más que para los reyes y por los que se reconoce su dignidad. Nosotros no admiramos al apóstol san Pablo tanto porque haya resucitado muertos y curado enfermos, cuanto porque compadecía todas las debilidades de sus hermanos; y porque su caridad, que se las hacía sentir de corazón, se expresaba en estas palabras: ¿quién hay que esté débil y enfermo sin que yo lo esté con él?

Sentimientos de celo apostólico tan grandes y elevados, según el pensamiento de este autor, que *diez mil milagros no podrían igualar su precio*

Basta, pues, para dar a conocer el mérito de Luisa de Marillac, mostrar en todo el curso de su vida una ocupación continua de caridad, y es más provechoso para su gloria estar interesada, como el Apóstol, en todas las incomodidades y necesidades de los pobres, y poder decir a ejemplo suyo: *¿quién hay débil y enfermo sin que yo lo esté con él?* que si hubiese tenido el don de curarlos o de micer otros prodigios.

Verán ustedes que en lo sucesivo de los años de su vida esta virtud ha animado todas sus acciones, y que ella ha constituido el principal objetivo de todos sus empleos. No se ha dedicado más que a descubrir las distintas necesidades de los pobres, a proporcionarles fondos y limosnas; a procurarles establecimientos, y a ofrecerles servidoras en las personas de sus hijas, para prestarles toda clase de asistencia y de alivio.

El año 1631 se lo pasó en gran parte, como los precedentes, en los viajes que hizo al campo para el establecimiento de la Caridad. El reverendo Padre de Gondi, no menos considerable por la piedad que por la grandeza de su nacimiento y de sus cargos, movido por la reputación del gran fruto que ella hacía por todas partes, le pidió que fuera a varios de sus territorios de Champagne. Y para practicar la caridad con el orden necesario, el señor Vicente le mandó que fuera a ver antes de todo al señor obispo de Chalons, para informarle del objeto de su viaje y testimoniarse su obediencia.

Dígale, señorita, por qué el reverendo Padre de Gondi le ha rogado ir a Champagne, y lo que usted hace; ofrézcale suprimir de su proceder todo lo que él quiera y dejarlo todo si así lo quiere; en eso está el espíritu de Dios. Sólo en esto yo encuentro bendición. Debe usted mirarlo como el intérprete de la voluntad de Dios en el hecho que se presenta. Que si a él le parece bien que usted cambie algo de su manera de actuar, sea exacta en ello, por favor; si a él le parece bien que usted se vuelva, hágalo tranquila y gozosamente, puesto que hace usted la voluntad de Dios.

También le recomendó particularmente someterse a los señores párrocos; y él mismo tenía como máxima no trabajar sino con su beneplácito, recibiendo su bendición a la entrada y a la salida de cada misión, en espíritu (le dependencia.

Estos establecimientos que, por sus cuidados, se extendieron entonces por la campiña, comenzaron también a multiplicarse en París durante este año; y fueron recibidos con alegría en las parroquias de San Benito y de San Sulpicio, y a continuación, siguiendo su ejemplo, en las otras. Sus trabajos no se encerraron en los límites de una diócesis; era necesario que un bien tan grande y tan público se comunicase con mayor extensión; y ella dio parte en él a muchos otros en este tiempo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 1

Nacimiento de la Compañía de las Hijas de la Caridad.
Asamblea de las Damas en París para el alivio de los enfermos del Hospital General

Las Cofradías de Caridad, desde el año 1617 en que el señor Vicente había instituido la primera, no habían adquirido aún la perfección que les era necesaria. En las parroquias del campo, donde habían sido establecidas primero, las mujeres que se comprometían en ellas, servían por sí mismas a los enfermos, haciendo sus camas y preparándoles la comida y los remedios.

Pero, después que se establecieron en París, como entró en ellas gran número de damas de primera calidad, no había posibilidad de que ellas pudiesen prestar a los enfermos los servicios necesarios por sus propias manos, por mucho celo de que estuviesen animadas. Y, por otra parte, era difícil que, descargándose de ello en sus criadas, éstas tuviesen suficiente delicadeza y afecto para cumplirlo bien.

Esto hizo pensar al señor Vicente que era absolutamente necesario tener sirvientas que fuesen empleadas en este ministerio bajo la dirección de las damas: y habiendo presentado este proyecto en sus misiones a muchachas del campo, encontró a varias de ellas que se ofrecieron a consagrar toda su vida a ello.

Estas muchachas, que no tenían otra dependencia que la de las damas de las parroquias, sin tener entre ellas ninguna relación ni vínculo, y sin estar bajo la dirección de una superiora, no podían estar bien instruidas en el servicio a los pobres ni en los ejercicios de la piedad: y cuando era necesario cambiar a alguna, o darlas para los nuevos establecimientos, no se encontraba con facilidad a las que fuesen totalmente adecuadas. Por eso el señor Vicente creyó necesario unir a estas muchachas en comunidad bajo la dirección de una superiora, para que fuesen formadas en los ejercicios de la Caridad, y para tener reservas a las que acudir en caso de necesidad.

No encontró persona más digna de este cargo que a la señorita Le Gras, en la que había reconocido después de varios años una prudencia consumada, una piedad ejemplar y perseverante y un celo ardiente e infatigable. Puso en sus manos algunas muchachas a las que acogiese en su casa y las hiciese vivir en comunidad. Vivía ella por entonces cerca de San Nicolás du Chardonnet, y comenzó esta pequeña comunidad en el año de 1633, el 29 de noviembre, víspera de san Andrés.

Allí fue donde tuvo nacimiento la santa Compañía de las hijas de la Caridad siervas de los pobres sobre la que el Cielo ha derramado desde entonces bendiciones tan abundantes, y que ha ido creciendo y multiplicándose con un gran número de establecimientos.

Desde el momento de encargarse de la dirección de esta compañía naciente, tuvo tanto amor por esta vocación que quiso sacrificarse a ella enteramente: y al año siguiente, el día de la Anunciación de la santísima Virgen, se comprometió a ella con voto irrevocable, con el

que renovó el voto de viudez; y desde entonces ofreció a Dios, todos los meses durante toda su vida, una de sus comuniones, para darle gracias por haber tenido a bien llamarla a este estado.

La Providencia divina que había comenzado esta gran obra de caridad por la institución de una compañía de muchachas para servir a los pobres, le dio el último toque preparando un fondo para pagar sus gastos, y formó en París, fuente y centro de todas las riquezas del reino, una junta de damas de la más alta alcurnia, que estuvo en adelante en disposición de atender a toda clase de miserias, y que extendió sus caridades hasta las provincias más alejadas, en los desgraciados tiempos de hambre, de guerra y de enfermedades.

Esta santa compañía ha hecho renacer en nuestros días la caridad de los primeros cristianos que, por consejo de san Pablo, llevaban a las asambleas lo que podían dar de sus bienes para socorrer a los santos de Jerusalén, reuniendo así y atesorando, según la expresión de este apóstol, no sólo para aquellos pobres a los que socorrían en sus necesidades, sino principalmente para ellos mismos, por el mérito de los tesoros celestiales que adquirirían. Por eso, según la observación de san Crisóstomo, san Pablo no dice sólo *que cada uno de vosotros ponga aparte lo que quiera dar, sino que atesore: para enseñarnos que los gastos que se hacen en limosnas son ganancias ventajosas y tesoros infinitos para aquellos mismos que las hacen con la mayor profusión y liberalidad.*

Se ha visto aparecer al mismo tiempo en la persona de Vicente de Paúl, promotor de todas estas caridades y director de estas asambleas, la imagen de la conducta de este apóstol, que pedía a todas las iglesias que recogieran limosnas, y que juzgaba esta tarea tan digna de su apostolado, que mientras compartía con san Pedro el ministerio de la predicación, dejando al príncipe de los apóstoles la conversión de los judíos y encargándose él sólo de los gentiles, no hizo reserva en el cuidado de los pobres abarcando igualmente la carga de todos los que se encontraran así en estas dos naciones, y se ofreció incluso a interrumpir la predicación del Evangelio, es decir, la función más importante, por la que se dispensaba de administrar los sacramentos, para llevar las caridades de los fieles a Jerusalén.

En sus comienzos, esta asamblea de las Damas se propuso sólo el objetivo de dar algún alivio a los enfermos del Hospital General. La señorita Le Gras y algunas otras damas piadosas, habiendo reconocido en las visitas a estos pobres que carecían de golosinas, que el hospital no les podía ofrecer, se lo comunicaron al señor Vicente que les propuso convocar asambleas para buscar los medios de proveer a estas necesidades.

La primera asamblea se tuvo el año 1634 en casa de la señora presidenta Goussault, donde se encontraron las señoras de Villesavin y el Bailleul y la señorita Pollalion fundadora de las Hijas de la Providencia.

La segunda asamblea fue más numerosa que la primera y la señora Cancillera la honró con su presencia junto con la señora Fouquet y muchas otras damas de calidad.

Decidieron, con este caritativo director que las presidía, dar todos los días a los enfermos de este hospital confituras, helados y otras golosinas a modo de colación, que les llevarían las damas por turno, acompañando con consuelos espirituales este acto de caridad.

Para hacer más ordenada la asamblea, se establecieron tres oficiales: una superiora, una asistente y una tesorera. Se eligió a la señora Goussault para las primeras funciones de superiora, a las que se entregó con mucha dedicación y celo.

Siguió su ejemplo la señora de Soucarière, que le sucedió en el cargo.

La tercera superiora fue la señora presidenta de Lamoignon, cuya piedad, hereditaria en su ilustre familia, no le daba menos gloria que los primeros cargos del reino que ella ejerció con tanto lucimiento.

Después de su muerte, pasó este cargo de sus manos a las de la señora duquesa de Aiguillon; y este año pasado, que ha puesto término a una vida tan llena de méritos y de buenas obras, la ha visto perseverar y consumir su carrera en este ejercicio de caridad. Una infinidad de bienes se han hecho durante el tiempo del cargo de estas superioras, no sólo por ellas, sino también por las otras oficiales y por un gran número de damas que han entrado en esta compañía, de las que puedo decir con las palabras del Apóstol que *sus nombres están escritos en el libro de la vida*.

El señor Vicente, habiendo comprobado por experiencia, algún tiempo después, que era difícil que las mismas personas pudieran ocuparse en las obras de misericordia espiritual y corporal, creyó que había de escoger cada tres meses catorce damas entre las que fueran más capaces de exhortar e instruir, las cuales visitarían a los pobres de dos en dos, cada pareja un día por semana, y les hablarían de las cosas necesarias para su salvación de una manera emotiva y familiar.

Todos estos ejercicios de piedad fueron poderosamente animados por el ejemplo de la señorita Le Gras, que se aplicó a ellos con tanto fervor que estaba continuamente en el hospital junto a los enfermos, y el señor Vicente se vio obligado, para moderar su celo, a darle este aviso en su carta: *Estar siempre en el Hospital General, señorita, no es conveniente: sino ir y volver es lo oportuno. No tema emprender demasiado haciendo el bien que se le presente, sino tema el deseo de hacer más de lo que hace y que Dios no le dé los medios para hacerlo. El pensamiento de ir más allá me hace temblar de miedo, porque me parece un delito en los hijos de la Providencia*.

No se podía realizar bien esta obra de caridad sin tener siervas que se cuidasen de comprar y preparar todo lo necesario, y que ayudasen a las damas en sus visitas y en la distribución de la colación. La señorita Le Gras, que comenzó a formarlas para dedicarlas a todas las ocasiones en que se tratase del interés de los pobres, a ruegos de las damas, las puso a su disposición y ellas las alojaron cerca del Hospital General.

Esta superiora, no contentándose con comprometerlas en este empleo, las puso incluso en disposición de contribuir con su ingenio y sus trabajos al abono de los gastos. Les dio la idea de hacer helados, no sólo para proporcionárselos a este hospital, sino para venderlos en París; montando este comercio sólo en provecho de los pobres, a quienes ella les enseñó a mirar como a sus amos; y logró con este arte muchos fondos para ayudar a la subsistencia de esta caridad.

No se puede pensar la bendición que Dios ha dado a esta asamblea desde su establecimiento. Ha hecho de ella una fuente inagotable de bienes y asilo público de una infinidad de miserias; ha sacado de ella felizmente el socorro de los pobres en todas las necesidades del cuerpo, la salvación de sus almas, la santificación de las personas caritativas, la edificación de su Iglesia, el triunfo y la gloria de su Evangelio.

Desde el primer año de su fundación produjo tantos frutos en este hospital con sus visitas y sus instrucciones, que un número extraordinario de católicos se puso en buenas disposiciones para morir o para comenzar una vida buena, y más de setecientos herejes y algunos infieles se convirtieron a la fe.

Como la caridad es siempre fecunda y, según la doctrina del apóstol, *Dios la multiplica como una semilla y hace crecer sus frutos cada vez más*, esta asamblea, que no se había propuesto al principio más que prestar un poco de asistencia a los enfermos del Hospital General, se vio capaz luego de proveer al alivio de los pobres en todos los estados.

París no ha sido suficientemente grande para limitar la caridad de estas damas, tan amplia como la de Fabiola, para quien, según el relato de san Jerónimo, *la ciudad de Roma no tuvo suficiente extensión: y cuyo ardor la llevó más allá de las islas y de los mares*.

Ellas se han encargado de todas las provincias del reino, han pasado los mares, han mantenido misioneros en los países de infieles, y han extendido sus beneficios hasta los extremos del mundo.

No se puede expresar mejor la importancia y la utilidad de estas asambleas que con las palabras que la señorita Le Gras ha dejado en un escrito de su mano:

Es de toda evidencia que, en este siglo, la divina Providencia ha querido servirse de nuestro sexo para hacer patente que era ella sola quien quería socorrer a los pueblos afligidos y otorgarles poderosas ayudas para su salvación.

Nadie ignora que Dios se ha servido para esta tarea del establecimiento de la Misión bajo la dirección del señor Vicente, y que el bien se ha extendido tan abundantemente por este camino, que ello da a conocer la necesidad de su continuación por medio de la comunicación de las necesidades, y eso en las asambleas de las damas, a las que parece que siempre preside el espíritu de Dios.

El poder conferido por el Santo Padre a dicha Misión de establecer la cofradía de la caridad es como la semilla de este fruto que ella produce todos los días, no sólo en Francia, sino, puede decirse, en casi toda la tierra habitable.

¿No ha sido con esta luz como las señoras de la compañía han conocido las necesidades de los pobres, y Dios les ha concedido la gracia de socorrerlos tan caritativamente y tan magníficamente que París ha sido la admiración y el ejemplo de todo el reino?

Los medios de que se han servido estas caritativas damas para el orden de las distribuciones, ¿no han sido sus santas asambleas, que presidía el señor Vicente, jefe de la Misión, que

proporcionaba, como sabe todo el mundo, fieles y caritativos sujetos para reconocer las verdaderas necesidades y socorrerlas prudentemente? Todo ello ha servido no sólo para lo corporal, sino también para lo espiritual, por lo que honran a Dios ahora en el cielo innumerables almas que gozan de su presencia.

*Siendo patentes estas verdades, ¿no parece necesario que la compañía de las damas de la caridad del Hospital General continúe sus funciones, puesto que desde el nacimiento espiritual de este noble cuerpo se ha apreciado tanto bien, sólo con la visita a los enfermos en este santo lugar, tanto para el lugar mismo como para las almas que en él encuentran los medios para su salvación? Unos, una dichosa muerte, preparados por las confesiones generales; otros, después de haberlas hecho allí, han salido con conversiones admirables; y las mismas damas han entrado en vías de santificación, que es una caridad perfecta como la que ellas han ejercido frecuentemente con peligro de sus vidas; y damas de **muy grande condición**, como princesas y duquesas, a las que se ha visto horas enteras sentadas a la cabecera de los enfermos para instruirlos en las cosas necesarias para su salvación, y para ayudarles a salir de los peligros en que se encontraban.*

Si todo lo que han hecho las damas propuestas para este santo ejercicio, llamadas «las Catorce», cada una en su turno, ha sido anotado, se verá con mayor claridad la verdad de lo que aquí se ha dicho.

Capítulo 2

Las hijas de la Caridad empleadas en el servicio a los Pobres Enfermos.

Al mismo tiempo que una asamblea general de damas de todos los distritos de París se dedicaba a estas obras de piedad en el Hospital General, en varias parroquias se iban formando cofradías particulares de caridad para asistir a los pobres artesanos enfermos en sus casas, y para ahorrarles la vergüenza y las incomodidades inseparables del hospital.

La parroquia de San Lorenzo, a la que el señor Lestoc, doctor de París, su pastor, había atraído la fuente de estas instituciones santas por el establecimiento del señor Vicente y su congregación en la casa de San Lázaro, que él había negociado en el año 1632, quiso participar en un bien del que tenía más necesidad que las otras, ya que siempre está llena de mayor número de pobres que vienen a buscar refugio en los barrios y los extremos de la ciudad, que constituyen su territorio. Ella encontró en la persona del señor Vicente no sólo los sentimientos de un fundador por sus obras, sino el celo y la ternura de un parroquiano que se interesó por todas sus necesidades y que, además de las limosnas que le procuró para iniciar los fondos de su caridad, contribuyó a ella generosamente con sus bienes y siguió dedicándole sus cuidados y asistencia durante toda su vida.

Fue en este tiempo cuando este padre de los pobres, secundado por el celo de la señorita Le Gras, dio la última mano a estas cofradías que él había fundado. Estas sociedades santas estaban compuestas de damas de las parroquias y gobernadas, bajo la dirección de los pastores, por tres oficiales elegidas de entre ellas: por una superiora que recibía a los enfermos, por una tesorera que tenía las limosnas en depósito, y por una guarda-muebles

que cuidaba de la ropa blanca y de los otros muebles necesarios. El objetivo de esta institución era ofrecer a los pobres de cada parroquia toda clase de socorro en sus enfermedades. Pero la mayor parte de estas damas no estaban en condiciones de servir por sí mismas, era necesario tener personas que fuesen igualmente aptas y aficionadas a ello. Y no se encontró una ocasión tan favorable hasta que el cielo hizo nacer una compañía de muchachas que se comprometían por su profesión a este servicio caritativo y que se formaban para ello bajo una disciplina sabia y reglada. A partir de esta fundación, París y toda Francia han visto con edificación vírgenes consagradas a JESUCRISTO visitar todos los días a este divino Esposo en la persona de sus miembros, y llevarle de casa en casa las provisiones y los remedios necesarios para su alivio.

Con estas miras es con las que esta fundadora ha enseñado a sus hijas a realizar estos oficios de caridad: y para enseñarles esta práctica y hacerles descubrir su mérito y su premio, les declaró un día en una conferencia, que *habiendo aprendido en cierta lectura que JESUCRISTO nos había enseñado la caridad para suplir la impotencia en que nos encontramos de prestarle a su persona ningún servicio, y que el prójimo se nos había dado en su lugar, había sentido el deseo de honrarlo lo más que pudiera en las personas de los pobres.*

Frecuentemente les hacía hacer estas reflexiones, exhortándolas *a no perder a Dios de vista en sus ejercicios, y diciéndoles que era poco llevar las marmitas por **la calle y realizar cualquier otro** trabajo que se refiere al cuerpo, si no se proponían al Hijo de Dios como el objeto de su ministerio. Si nos alejamos, por poco que sea, -decía- del pensamiento de que los pobres son sus miembros, infaliblemente esto será un motivo para disminuir el amor, la dulzura y las demás disposiciones que debemos conservar para con estos queridos amos; y, por el contrario, este pensamiento hará que no tengamos ningún trabajo en servirlos, en respetarlos, en ser solícitas en sus necesidades y en no quejarnos de ellos nunca.*

Una hermana a la que había enviado a la campiña, que le escribió que lo que más le servía, cuando iba a buscar a los enfermos, era persuadirse bien de que iba a encontrarse con la persona del Hijo de Dios, recibió esta respuesta: *¡Ah, mi querida hermana, qué verdad es que un alma que busca a Dios de este modo tiene consuelo!; es gustar el Paraíso.*

Pero no sería más que una caridad imperfecta si, cuando esta superiora enseñaba a sus hijas a buscar a Dios en la asistencia que ellas prestan a los pobres en las enfermedades del cuerpo, no les enseñase a llevarlos ellas mismas a Dios por medio de los socorros espirituales de los consuelos y los avisos saludables: ella sabía que el Hijo de Dios, cuando dio a sus discípulos el poder de curar toda clase de males, les mando *anunciar* al mismo tiempo a los enfermos *el Reino de Dios*. Por eso es por lo que ella ha recomendado particularmente a sus hijas los socorros espirituales a los pobres como el fin principal de sus tareas.

Podría aportar aquí varios avisos que ella les ha dado para realizar bien esta acción de caridad; pero no he encontrado en sus escritos riada más capaz de darles a conocer este modo (m detalle, que lo que ella se propuso un día para sí misma en una meditación que hizo sobre este tema: *Poniéndome en la presencia de Dios para hacer oración sobre la visita y el servicio a nuestros amos los pobres enfermos, me ha venido al espíritu que tenemos*

gran beneficio en saber bien lo que Dios quiere que hagamos en ello, para que él sea eternamente glorificado por sus creaturas.

*Me he propuesto, si soy tan dichosa de irlos a visitar, darles a entender que, para hacer buen uso de su enfermedad, la deben sufrir como venida de la mano paternal de nuestro buen Dios, que no hace nada que no **sea para nuestro bien**. Que para hacer que todo lo que sufrimos le sea agradable, hay que ofrecerle todos nuestros dolores con los de su Hijo, presentándole los mismos sufrimientos de su Hijo como nuestros por su amor. Que sería cosa agradable a Dios decir con frecuencia de corazón, como nuestro Señor lo decía en el huerto, que se haga su voluntad. Que se deben disponer a recibir la gracia de Dios por los sacramentos para aplacar su ira, que han atraído por sus pecados, y para asegurar su salvación en la incertidumbre de la muerte.*

Si hay alguna señal de que su enfermedad es mortal, he pensado hacerles hacer actos de esperanza, dándoles el mayor conocimiento que pueda de la misericordia de Dios, intentando encontrar en ellos motivos, como los peligros de muerte de que Dios los ha librado cuando, quizás, estaban en pecado mortal; que, después de haber recibido gracias durante su vida, deben esperar de Dios una gran misericordia después de su muerte, pero que hay que disponerse a ella por un verdadero pesar de haber ofendido a Dios. Quisiera poderles dar también algún conocimiento de la grandeza, la belleza y la caridad de Dios; de la alegría de poseerle eternamente; de la gloria de las almas bienaventuradas. Que con tal que nuestra alma parta de este mundo en gracia y amor de Dios, estamos seguros de gozar de esta gloria. Que todos los momentos de su vida que han estado en la tierra en Gracia de Dios, y todos los de la presente enfermedad, les servirán para ello por los méritos de JESUCRISTO.

Si salen convalécientes, he pensado que les debía advertir que den gracias a Dios por la salud que les concede, haciéndoles ver que es por un buen motivo por el que los ha dejado en el mundo y no los ha llamado. Que deben creer que el principal objetivo de Dios es darles aún tiempo para pensar en su salvación y no para vivir como si no hubiésemos sido creados más que para vivir un tiempo sobre la tierra.

Y puesto que la vida del alma dura eternamente, es muy necesario servirnos de todos los medios que Dios nos da para hacerla bienaventurada. Que hay que tomar la resolución de amar a Dios por encima de todas las cosas y no ofenderle jamás mortalmente. Que uno de los mejores medios que tenemos para mantenernos en su gracia es la frecuencia de los sacramentos, y que no hay que dejarse llevar cuando se presentan dificultades que nos alejan de ello.

Hay que intentar que mi corazón produzca para mí los mismos sentimientos que yo quiero infundirles, hablando con amor y no a modo de enseñanza.

He ahí los sentimientos que el espíritu de Dios inspiraba a esta alma caritativa en sus meditaciones para comunicarlos a los pobres enfermos. Y este ejemplo que hace ver a sus hijas la conducta de su madre, les da idea y la pauta del modo con que ellas deben exhortar a los enfermos en sus visitas.

Capítulo 3

La señorita Le Gras se traslada a La Chapelle.
Allí recibe a las Damas para los ejercicios espirituales.
Su amor a la oración.

Dado que diariamente aumentaba el número de muchachas que entraban en la compañía, se hacía necesario buscar una casa que tuviese más amplitud para alojarlas, y la señorita Le Gras no encontró por entonces lugar más cómodo que en La Chapelle, cerca de París, no sólo por tener la ventaja de acercarse más al señor Vicente, sino para educar allí su nascente comunidad en un espíritu de siervas de los pobres y formarlas en la vida pobre, humilde, sencilla y laboriosa del campo, en la que se inspiraba para el alimento, el vestido y los trabajos.

Se fue a vivir allí en el mes de mayo de 1636, y, como ella no podía estar en un sitio sin actuar y hacer el bien en él, como los bienaventurados ángeles, lo primero que hizo nada más establecerse allí fue dar el catecismo a las mujeres y a las muchachas los domingos y fiestas, y mandó instruir en su casa a las niñas que estaban antes bajo la dirección de una maestra; pero al separarlas de ella la indemnizó, observando siempre la justicia cuando practicaba la caridad.

Allí fue donde empezó a ejercer la virtud de la hospitalidad tan recomendada por san Pablo, y tan honrada en la persona de Abraham, quien, recibiendo caritativamente a los hombres, mereció recibir a Dios mismo. Gran número de muchachas de la frontera de Picardía, constreñidas a abandonar sus casas por temor al enemigo que había entrado en esta provincia y había asediado la ciudad de Corbie, encontraron en su casa el asilo de su vida y de su pudor. Y para cumplir la hospitalidad en toda su perfección, no les ofreció sólo el alojamiento y la comida del cuerpo, sino que añadió la limosna espiritual con una misión que les proporcionó, y les hizo distribuir la palabra santa que, según la expresión de san Gregorio Nacianceno, *es el pan de los Angeles, que nutre y sacia a las almas que tienen hambre de Dios.*

Es ésta una limosna que necesitan los ricos del mundo tanto como los pobres: si éstos tienen necesidad de los bienes de la tierra para vivir la vida humana y natural, aquéllos tienen necesidad de los bienes del cielo para vivir una vida sobrenatural y divina. Unos y otros están en la indigencia y la necesidad, y la Escritura nos enseña que, siendo el alma tan pobre y necesitada como el cuerpo, hay que practicar con ella la obra de piedad y misericordia, tratando de hacerla agradable a Dios.

Uno de los mayores y más soberanos remedios para socorrer al alma en sus necesidades, son los ejercicios espirituales. Es un estado en el que, como nos enseña san Agustín, cuando se quiere meditar sobre las verdades y los bienes celestiales y disponerse, a ejemplo del profeta Rey, *a recibir su inteligencia y sus luces; hay que separarse de la multitud y del estorbo de las cosas temporales y perecederas que multiplican y dividen el corazón, para adherirse a la unidad y a la eternidad.*

Y, para servirme de las palabras del señor Vicente: *Los ejercicios, -dice este gran hombre- son un desprenderse de todos los asuntos y ocupaciones del mundo para aplicarse seriamente a conocer bien el propio interior, a examinar bien el estado de la propia conciencia, a meditar, contemplar, orar y preparar así el alma para purificarse de todos sus pecados y de todos los malos afectos y hábitos, para llenarse del deseo de las virtudes, para buscar y conocer la voluntad de Dios y, habiéndola conocido, someterse a ella, conformarse a ella, unirse a ella, y de este modo tender, avanzar y, finalmente, llegar a la propia perfección.*

Este siervo de Dios, convencido de la necesidad de estos ejercicios, y lleno de celo por la conversión y la salvación de las almas, queriendo atraer a los hombres que viven en trato con el mundo les ha abierto sus casas para recibirlos, les ha ofrecido su compañía para servirlos y les ha organizado los ejercicios para dirigirlos.

La señorita Le Gras ha suplido, para las personas de su sexo, lo que él no podía hacer por sí mismo; y ella empezó a prepararles lugares de retiro mientras permaneció en La Chapelle, y luego se ha seguido haciendo siempre en su comunidad. La gracia que le inspiró este proyecto, le dio el éxito más favorable que pudo desear. Hubo damas, y de la más alta condición, que, atraídas por su celo, salieron de París y se privaron del trato con el mundo, para pasar algunos días en un pueblecito y tratar allí con Dios: dejaron dulzuras y delicadezas de la vida para pensar en su salvación en un lugar de mortificación y de penitencia; y sin tener en cuenta el rango y la cualidad que las elevaba por encima de los demás, vinieron a una casa (le sirvientas de los pobres a someterse con ellas a la disciplina de una superiora, para aprender a menospreciar las riquezas y grandezas por medio de sus instrucciones y ejemplos.

Para dirigir a las damas en estos retiros y para formarlas en estos ejercicios de piedad, se servía de las luces y las normas que recibía del señor Vicente; y ella las acompañaba con una gran inteligencia que tenía de la vida espiritual, en la que se había perfeccionado por una larga experiencia. Siempre había tenido un amor y una avidez extraordinaria por la oración, según el testimonio del señor obispo de Belley⁵, y como tenía un espíritu cultivado, un juicio sólido y formado por el estudio de la filosofía y por una abundante lectura, el corazón sensible y penetrado de Dios, ella la hacía de un modo intenso, sublime y afectivo, y estas disposiciones de su alma se reconocen sensiblemente en las meditaciones que ha dejado por escrito.

No fallaba nunca en dedicarse a ella todos los días con exactitud, por muchas obligaciones que tuviera que cumplir. Incluso la redoblaba todos los viernes y toda la cuaresma; y en estos días se encerraba desde las dos a las tres de mediodía para dedicarse a meditar particularmente en la muerte del Hijo de Dios; y terminaba su oración con esta reflexión que el apóstol dirige a todos los cristianos y que la Iglesia hace en sus oficios con transportes de admiración: *JESUCRISTO se ha hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz.*

Y a continuación se dirigía a la cruz con estas palabras: *O crux, ave spes unica.*

No se contentaba con estos ejercicios ordinarios. Varias veces al año tomaba tres o cuatro días para hacer ejercicios espirituales, y regularmente, los hacía siempre durante los diez

días que van de la Ascensión a Pentecostés, para honrar el ejemplo de la santísima Virgen y de la primitiva iglesia, que, durante estos misteriosos días estuvieron en oración en el Cenáculo para prepararse a la venida del Espíritu Santo. Escogía estos días, además, por el motivo de la devoción que tenía a la fiesta de Pentecostés y que ha dejado señalado en sus escritos.

Tengo afecto muy particular, dice ella, por esta fiesta; su espera me es muy querida. Hace algún tiempo tuve un gran consuelo al oír decir a un predicador que fue en este día cuando Dios dio su ley escrita a Moisés, y que, en la ley de la gracia, había dado en este mismo día a su iglesia la ley de su amor que llevaba en sí el poder de cumplirla; y puesto que en este mismo día ha querido Dios poner en mí corazón una ley que nunca ha salido de él, desearía de buena gana, si se me permite, que en este mismo día su bondad me dé a conocer los medios para observar esta ley según su santa palabra.

Lo muy habituada que estaba a la oración y al retiro hacía aparecer en todas sus acciones tal concentración en Dios, que siempre estaba recogida en medio de la variedad y multitud de sus ocupaciones; y tal atención en sus oraciones que se la veía fija e inmóvil ante el altar; tal ternura y amor en la comunión que, con frecuencia se veía salirle lágrimas de los ojos y el mantelito de que ella se servía en esta santa acción, empapado en ellas; tal unión y conformidad con la voluntad de Dios en sus penas y enfermedades, que tenía el espíritu contento y tranquilo, y nunca se quejaba; tal fervor en sus conferencias y charlas, que se explicaba de un modo conmovedor y afectuoso como por impulsos y transportes.

Esta superiora tan esclarecida y tan espiritual puso un gran cuidado en formar a sus hijas en el espíritu de la oración; y les recomendaba su uso como un medio absolutamente necesario para mantenerse en su vocación. ¿Cómo iba a ser posible que unas muchachas aisladas en las parroquias de las ciudades y de los campos, alejadas de la dirección de los superiores, separadas de la comunidad, dejadas a su propia dirección, obligadas a vivir con el mundo, distraídas por las exigencias de sus tareas, entregadas todos los días de la vida a tareas penosas y bajas a los ojos de los hombres, se pudiesen mantener, sin adherirse a Dios y sin fortalecerse continuamente por la meditación de estas verdades?

San Agustín ha juzgado la oración tan necesaria para todos los que están en los empleos, que les ha dado este aviso en la *Ciudad de Dios*: verdad la ha desprendido de las creaturas para unirse a Dios en la oración y los ejercicios espirituales; y la obligación de la caridad le ha hecho abrazar todas las ocasiones que se han presentado para el alivio del prójimo en su miseria.

No se debe vivir de tal modo en la quietud, que no se piense al mismo tiempo en servir al prójimo; ni tampoco entregarse de tal modo a la acción, que se pierda el cuidado de alimentarse en la palabra de Dios. El amor a la verdad hace buscar una santa quietud; pero la obligación de la caridad hace que se acepte una justa actividad. Si se nos confía, debemos llevarla como una carga que la caridad nos impone, y ni aún entonces debemos privarnos de esa dulzura que se gusta en la meditación de la verdad de Dios, no sea que no estando sostenidos por este placer celestial, sucumbamos bajo el peso de nuestros trabajos.

Estas dos máximas han sido las normas de la conducta de la señorita Le Gras y han constituido toda la tarea de su vida. El amor a la verdad la ha desprendido de las creaturas para unirse a Dios en la oración y los ejercicios espirituales; y la obligación de la caridad le ha hecho abrazar todas las ocasiones que se han presentado para el alivio del prójimo en su miseria.

Capítulo 4

El señor Vicente le confía el cuidado de los niños expósitos y de los galeotes.
Va a establecer a sus hijas en el hospital de Angers.

El año 1638, Dios presentó a la señorita Le Gras una ocasión de las más urgentes y de las más dignas de la piedad cristiana, en la persona de los niños expósitos. Estos inocentes desgraciados, que eran producto de la iniquidad, se convertían luego en sus víctimas por la cruel exposición, que los abandonaba a toda clase de peligros, y con frecuencia incluso a la pérdida de su salvación por la privación del bautismo. Aunque se había provisto a ello en París desde hacía algunos años y se había contratado una mujer y establecido una cuna en el muelle de Saint-Landry para recibirlos, sin embargo, como no había fondos para mantener más que dos nodrizas, morían muchos de hambre y de miseria entre el gran número de los que traían; y esta gobernanta, para descargarse de ellos, los daba a todos los que venían a pedirlos; de ello se seguía que, con frecuencia se los utilizaba para usos criminales o peligrosos para la vida.

Habiendo tenido conocimiento el señor Vicente de estos extremos por medio de la señorita Le Gras se sintió urgido por su caridad a buscarles algún remedio; y recurrió a la asamblea de las damas como a un medio eficaz para la ejecución de este proyecto. Inmediatamente que las informó y les hizo la proposición, encontró en sus espíritus una perfecta correspondencia a su celo; y decidieron con él que ellas comenzarían tomando doce niños, para darlos a cuidar, y que se los sacaría por sorteo de entre la multitud de los que no podían aún encargarse enteramente; que irían aumentando el número de tiempo en tiempo, a medida que fueran teniendo posibilidades; no dispensándose de tomarlos todos más que por la impotencia, y con harto dolor.

Alquilaron en el barrio de San Víctor una casa mayor para alojarlos; y este padre de los huérfanos, queriendo hacer que encontraran en la caridad las entrañas de madre que les faltaba en la naturaleza, los puso en manos de la señorita Le Gras y de sus hijas, y se los recomendó como prendas que eran queridas para el Hijo de Dios, haciéndoles ver que él había amado a los niños, que había prometido su reino a los que se les parecían, y que había dicho que sus ángeles contemplan siempre la faz de Dios su Padre en los cielos.

Otra ocasión se presentó al año siguiente 1639, de la clase de las que habla san Pablo en la epístola de los Hebreos: *Acordaos de los que están encadenados, como si estuviereis vosotros mismos encadenados con ellos; y de los que están afligidos, como estando vosotros mismos en un cuerpo que está sujeto al dolor y la muerte.*

El señor Vicente, recordando que, en otro tiempo, había sido hecho esclavo en el mar y llevado a Berbería, y sintiendo por su propia experiencia la miseria de los pobres forzados de las galeras, les había obtenido del difunto Luis XIII, en el año 1632, un lugar de cobijo en la torre que está cerca de la puerta de San Bernardo, donde les procuró toda clase de socorros.

La señorita Le Gras, que era por entonces superiora de la Caridad de San Nicolás du Chardonnet, quiso participar en los méritos de tan buena obra, y empezó a contribuir a ella con sus bienes y con todos los caritativos oficios que estuvieron en su mano. Pero no tuvo ocasión de satisfacer plenamente su celo hasta el año 1639 en que, a petición de la señorita Cornuel, cuyo padre había legado por testamento una suma considerable para ser empleada en el alivio de estos miserables, ofreció sus hijas para servirlos en sus necesidades.

El gran bien que ella hacía por el ministerio de su compañía no pudo encerrarse en París. Se vio obligada a comunicarlo fuera, por las instancias que le hicieron de muchos lugares diferentes. Y habiéndole pedido la villa de Angers hermanas para el servicio a los pobres de su hospital en este año de 1639, se tomó el trabajo de ir allí en el mes de diciembre, no obstante sus enfermedades y el rigor de la estación, para hacer la fundación. Sufrió tantas incomodidades en su viaje que cayó enferma inmediatamente a su llegada. El señor abad De Vaux, vicario general de Angers, que la había recibido en su casa, le prestó en este estado toda clase de asistencias y servicios; y habiéndole llegado noticia de su enfermedad al señor Vicente, le escribió esta carta para consolarla el 31 del mismo mes: *¡Héla enferma, señorita, por orden de la Providencia de Dios!. Sea bendito su santo nombre. Espero de su bondad que sacará su gloria también en esta enfermedad, como lo ha hecho en todas las demás. Y esto es lo que mando pedirle incesantemente, aquí y en otras partes donde me encuentre. ¡oh! que yo desearía que Nuestro Señor le hiciese ver cómo lo hacen todos de corazón, y la ternura de las oficialas de la caridad del Hospital General en esto.*

Cuando se recuperó y entró en convalecencia, en el mes de enero del año siguiente, hizo el establecimiento de sus hijas en este hospital, del modo que él le prescribió en una carta del 17 de este mes, y, habiendo reunido a las damas para proponerles las prácticas de la caridad que se hacían en el Hospital General de París, las comprometió a emprenderla para este hospital y les dio las memorias y los reñimientos que debían observar.

El consuelo más sensible que recibió por entonces fue lo que el señor Vicente le dijo en esta carta del 17 de enero, referente a la caridad, de los niños expósitos: *¡Oh, qué necesaria es aquí su presencia, señorita!, no sólo para sus hijas, sino también por los asuntos generales de la caridad. La asamblea general de las damas del Hospital General se tuvo el jueves pasado. La señora princesa y la señora duquesa de Aiguillon la honraron con su presencia. Nunca he visto la compañía tan grande, ni tanta modestia junta. Se decidió tomar todos los niños expósitos. Puede usted creer, señorita, que no fue usted echada en olvido.*

Capítulo 5

Las Hijas de la Caridad sirven a los pobres con enfermedades contagiosas.
La Lorena asistida por el señor Vicente durante la guerra.

La señorita Le Gras da cobijo a las muchachas refugiadas de esta provincia.

Algún tiempo después de que ella estuviera de regreso en París, la caridad de las hermanas que había dejado en el hospital de Angers fue puesta a prueba por la peste, con la que Dios afligió a esta ciudad. Ellas demostraron en esta ocasión que, en la profesión que ellas hacían de esta virtud, no ponían reservas ni límites; y que, habiendo dejado por ella a sus padres y sus bienes, y habiéndole consagrado su libertad y sus acciones, estaban siempre dispuestas a sacrificarle su vida, no teniendo más pasión que la de poder ser sus mártires y adquirir esta cualidad gloriosa, con la que la iglesia ha honrado en los primeros siglos a los fieles de Alejandría que murieron en servicio de los apestados.

La señorita Le Gras, habiendo conocido la generosa resolución de sus hijas, les testimonió su alegría por ella, y les dio algunos avisos en esta carta que escribió a una de ellas: *Mi querida hermana: esas muertes repentinas son avisos para ternos preparadas cuando Dios tenga a bien llamarnos, y para servirnos de precaución antes de ir a ver a los enfermos. Me dan ustedes un gran consuelo con no querer abandonarlos, y que los señores y las damas estén con estos mismos sentimientos. Creo que no dejarán ustedes de tener devoción a san Roque para obtener de Dios las fuerzas necesarias para superar la aprehensión de este mal y todo lo que pueda suceder, con sumisión a su beneplácito, y de este modo no tenemos nada que temer.*

En esta misma carta les decía que también en París había un mal contagioso del que morían repentinamente multitud de personas; y sus hijas, que en todas partes estaban animadas de un mismo espíritu, exponían allí sus vidas, y en muchos otros lugares, para asistir a los enfermos.

Sucedió por este mismo tiempo una desolación espantosa en la Lorena, por la desgracia de la guerra y por los otros azotes que son su secuela inseparable. El hambre fue allí tan grande que no les quedaba para comer más que las raíces de las hierbas y la carroña de los animales, y se vio reducida a los extremos de la ciudad de Samaría en la que, según el relato de la Escritura, las madres se vieron obligadas a comerse a sus hijos. El señor Vicente fue por entonces a esta provincia como un Elíseo para socorrerla en un estado tan deplorable. Pero los medios que él empleó para ello fueron muy diferentes de aquellos de que se sirvió el profeta. Sólo por la fuerza proveyó Elíseo a la miseria de Samaría. Usó del poder que Dios había puesto en sus manos para lanzar el terror en el ejército del rey de Siria que la asediaba y para obligarle, emprendiendo la fuga, a abandonar en esta ciudad todas sus municiones y bagajes. Pero el señor Vicente abordó el socorro de Lorena por la vía de la dulzura y del amor: recurrió a la compañía de las damas; derramó la caridad en sus corazones por el ardor de su celo y el poder de sus palabras; y encontró por este medio fondos suficientemente grandes en sus colectas y sus limosnas, para enviar a esta provincia recursos abundantes durante varios años; y para dar cobijo en París a muchos de sus habitantes de toda condición, que vinieron a refugiarse allí y a echarse en sus brazos.

Los misioneros que él envió para distribuir las limosnas con más conocimiento y fidelidad, le informaron de que lo extremo de la miseria que afligía a esta provincia exponía a las muchachas al peligro de perderse, y él hizo venir a muchas a París para poner a seguro su salvación y su honor, y las confió a la señorita Legras. Esta caritativa superiora las recibió en

su casa con una ternura de madre, y puso luego un cuidado especial en proveer a su establecimiento; a algunas las colocó en situaciones acomodadas; a otras las puso en condiciones de ganarse la vida; e incluso las hubo que de tal modo aprovecharon bajo su dirección, que se encontraron dignas de entrar en su compañía.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

Capítulo 1

La señorita Le Gras establece su domicilio cerca de la casa de San Lázaro.
Hace un viaje a Nantes, de donde les piden Hermanas para el hospital.

Como las tareas de la caridad se multiplicaban todos los días y aumentaban la necesidad de un trato más frecuente con todas las personas que participaban en ellas, la señorita Le Gras decidió, de acuerdo con el señor Vicente, dejar La Chapelle, por estar demasiado alejada, y venir a habitar con su comunidad en el barrio de San Lázaro. Al principio alquiló allí una casa en el año 1641 y, poco después la compró, con una ayuda considerable que le prestó la señora presidenta Goussault.

Se puede decir que aquí fue donde ella construyó una casa y un santuario para la caridad. Hasta entonces no le había dado más que refugios pasajeros y sujetos a cambios, semejantes al tabernáculo de Moisés, que no era estable y lo llevaban de un lugar a otro; pero ella le construyó en esta casa un templo fijo y arreglado, como el construido por Salomón en la ciudad de Jerusalén. Aquí fue donde las almas puras e inocentes, ocupándose sin cesar en hacer el bien, le han ofrecido desde entonces todos los días el *sacrificio de estas hostias*, por las que, según la doctrina del Apóstol, se vuelve a Dios favorable. Esta casa se ha convertido en el refugio general de todos los pobres, a los que su reputación ha atraído de todas partes; y como el depósito público de la mayor parte de las limosnas de París, que le han puesto en las manos a esta superiora fiel para ser distribuidas por orden suya.

Es aquí donde en los tiempos de miseria y enfermedad les ha hecho distribuir el alimento y los medicamentos, dedicándose ella misma a vendar a los heridos, dando a sus hijas instrucciones y ejemplo. Y, si alguna vez sucedió que se agotase el fondo de las limosnas, acudió a la subsistencia de su comunidad o despojó a su familia, para no despedirlos sin ayuda. Un día, a dos personas que se dirigieron a ella con las camisas podridas sobre el cuerpo, los vistió con las de su hijo, y entonces puso en práctica el aviso que san Crisóstomo dio a las familias cristianas: *poner a JESUCRISTO en el número de sus hijos y herederos*.

Finalmente, esta superiora estableció en esta casa un seminario y una escuela santa, en la que se entregó a formar a sus hijas en el ejercicio de la caridad, y donde ella ha cuidado de estarlas siempre educando, y de tenerlas preparadas para ofrecerlas a todas las necesidades.

A partir de este establecimiento, ella ha ido viendo crecer su compañía cada vez más; y la Providencia ha ido aumentando el número de sus hijas, ofreciéndole, al mismo tiempo, nuevas oportunidades para emplearlas. Las ha puesto en todas las prisiones de París; las ha repartido por las parroquias y los hospitales; se las han pedido para las parroquias de las casas reales; las ha enviado a los campos y a las ciudades de provincias, e incluso hasta a los reinos extranjeros.

En el año 1646, la ciudad de Nantes quiso tenerlas para su hospital, por la fama de los grandes servicios que hacían en el hospital de Angers; y habiéndoselas concedido el señor Vicente, envió a la señorita Le Gras con ocho hijas suyas.

He aquí el relato que ella misma ha escrito sobre los detalles de su viaje, que muestra la conducta que observó en él y debe servir de regla y ejemplo a su compañía.

*Nuestro muy honorable padre nos hizo la caridad de darnos una conferencia sobre el **tema de este viaje el lunes 23 de julio**, al final de la cual nombró las hermanas de debían venir. El miércoles siguiente fui a recibir sus órdenes; y acerca del justo temor que yo tenía de cometer en él muchas faltas, su caridad me mandó escribir nuestro comportamiento y encuentros durante dicho viaje. Acordándome de sus santas instrucciones y prácticas, no me he propuesto otras miras ni intención que la de la santísima voluntad de Dios y la práctica de nuestras reglas.*

*El jueves 26 nos metimos en el coche de Orleans, y Dios nos concedió la gracia de hacer el viaje sin faltar a nuestras observancias. A la vista de los pueblos y ciudades, alguna recordaba saludar a los ángeles buenos, con el deseo de que ellos redoblasen sus **cuidados sobre las almas y los lugares** para ayudarles a glorificar a Dios eternamente; y **al pasar por delante de las iglesias, hacíamos** un acto de adoración al santísimo sacramento, saludando también a los santos patronos.*

En llegando al lugar de comer y pernoctar, algunas hermanas iban a la iglesia a dar gracias a Dios por su asistencia, a pedirle que la continuara, y su bendición para hacer su santa voluntad. Si allí había un hospital, estas mismas hermanas lo visitaban, y si no, a algún enfermo del lugar; y eso en nombre de la compañía, para no interrumpir el ofrecimiento de nuestros servicios y deberes a Dios en la persona de los pobres.

Llegada la ocasión, decíamos alguna palabra sobre los principales puntos de la fe, que es necesario conocer para la salvación, o algunas pequeñas advertencias sobre las costumbres, pero brevemente; cuando podíamos, íbamos por la mañana a la iglesia.

En Pont-de-Cé tuvimos el honor de ser echadas de la posada, a donde llegamos un jueves muy tarde; pero al salir de esta querida casa nos encontramos con una buena señora que nos recogió bondadosamente.

Llegamos a Nantes el 8 de agosto a las dos o las tres de mediodía. Fuimos primero a la iglesia de las Ursulinas, que era la más próxima, para adorar a Dios y darnos de nuevo a él para cumplir su santa voluntad.

*Inmediatamente, varias damas vinieron a buscarnos y nos llevaron al hospital, a donde, tan pronto como llegamos, los señores padres y administradores nos entregaron los poderes; pero por mucho poder que nos **dieran, no emprendíamos nada sin comunicárselo** y lograr su consentimiento.*

Todas las damas de la ciudad se tomaron la molestia de venir a visitarnos, e incluso muchas damas del campo, y multitud de superiores de religiones reformadas; varios conventos de religiosas obligaron a las damas a llevarnos, deseando ver a las hermanas y nuestro hábito.

Desde el día siguiente nuestras hermanas se pusieron a trabajar con gran celo; y a los pocos días se notó tal cambio, que a la gente le gustaba venir. A la comida de los pobres había tal afluencia de gente, que casi no había modo de acercarse a la mesa o las camas de los enfermos.

A algunas señoras de la ciudad, que desde hacía varios meses se habían dedicado a visitar a los enfermos y a llevarles caldos y otras cosas, les propusimos visitarlos de otro modo y que se dispensaran de venir por la mañana, que podía resultarles un tiempo incómodo para su familia, y también de traer caldos; sino que sería mejor venir a las dos de mediodía con algunas confituras y otras cosas, como hacen las señoras en el Hospital General de París; y ellas decidieron seguir nuestro consejo.

Algunos días después de firmar el acta de nuestro establecimiento, nos dispusimos a volver. Todas nuestras hermanas nos aseguraron que permanecían con gran deseo de hacer el bien, y nos renovaron sus resoluciones antes de que yo partiese, de modo que me quedé muy consolada.

Capítulo 2

La Reina madre participa en todas las obras de caridad.
La señorita Le Gras salva la obra de los niños expósitos de perecer durante la guerra.

Durante el viaje que hizo a Nantes, recibió del señor Vicente, por carta del 21 de agosto de 1646, noticias de que nuestra gran reina Ana de Austria pedía dos hijas suyas para servir a los enfermos en Fontainebleau.

Sucedió en este mismo tiempo que esta caritativa princesa, que mantenía en Calais durante el asedio de Dunkerque un hospital para los soldados enfermos y heridos, habiendo muerto en este cometido dos de las cuatro hermanas que habían enviado allá, pidió al señor Vicente que le diera otras.

Tan pronto como la comunidad tuvo conocimiento de ello, vinieron varias con una santa emulación a ofrecerse a él para este ministerio, como víctimas que se ofrecen a la muerte,

de las que eligió a cuatro que envió. Y recomendando este viaje a los padres de su compañía, les hablaba de ellas en estos términos: *De cuatro hijas de la caridad que había en Calais han muerto dos que eran las más fuertes y robustas. Sin embargo, han sucumbido bajo el peso. Imagínense ustedes lo que son cuatro pobres muchachas para alrededor de quinientos o seiscientos soldados heridos o enfermos. Vean un poco la conducta y la bondad de Dios que se ha suscitado en estos tiempos una compañía de esta clase. En verdad, padres, esto es impresionante. ¿No les parece que es una acción de gran mérito ante Dios el que unas muchachas vayan con tanto coraje y resolución entre los soldados para aliviarlos en sus necesidades y contribuir a salvarlos? ¡Que ellas vayan a exponerse a tan grandes trabajos, e incluso a molestas enfermedades, y finalmente a la muerte, por estas gentes que se han expuesto al peligro de la guerra por el bien del Estado!*

No han sido solamente éstas las ocasiones en que su majestad ha hecho a la señorita el honor de emplear su compañía. Se ha servido de ella para todas las tareas de caridad que se han presentado, y ha querido interesarse en todos sus proyectos. Las grandes ocupaciones de su regencia no le han impedido entrar en todas las obras de piedad que han sido emprendidas por esta fundadora. Las ha apoyado con la soberana autoridad que tenía en sus manos; ha abierto sus tesoros y derramado sus liberalidades para contribuir abundantemente a ellas, y no ha perdonado ni sus joyas en las necesidades urgentes. ¿Qué miserias no han experimentado los efectos de su regia piedad? Ha enviado socorros a las provincias arruinadas por las guerras extranjeras y civiles. Ha asistido a los pobres vergonzantes, a los enfermos y los incurables de las parroquias de París. Y ésta, cuya dirección me ha confiado Dios, debe dar de ello testimonio público, y conservarle una eterna gratitud; siendo dichosa por haber sido objeto de su interés y de sus beneficios hasta el día de su muerte.

Pero aunque su caridad haya abrazado toda clase de necesidades, se ha aplicado con una ternura particular al socorro de los niños, que por la indigencia o la crueldad de sus padres se veían reducidos a una extrema necesidad. Sin hacer diferencias ni por su nacimiento ni por su estado, ha sido para todos como una madre común; ayudando a las familias para el alimento de los que eran legítimos; y contribuyendo a la subsistencia del hospicio establecido para aquellos que eran abandonados, y procurándoles del rey rentas sobre sus dominios.

Caridad digna de una reina cristianísima, que ha inspirado a su hijo el rey la piedad del emperador Constantino, del que se ha conservado esta bella ley que hizo en favor de los niños abandonados por sus padres, por la que ordenó que se les diera todo lo que les fuera necesario, tanto de su dominio público e imperial, como de sus rentas particulares.

Caridad digna de una veneración semejante a la que este emperador tuvo por Elena su madre, de quien la historia de Eusebio nos cuenta que tuvo por ella tal estima y respeto que, después de haberle permitido usar con libertad sus tesoros para socorrer a los pobres cuanto deseara, hizo grabar su imagen en la moneda, para señalar con caracteres inmortales la gloria que ella había adquirido por sus liberalidades. El ejemplo de esta augusta reina animó poderosamente la compañía de las damas, y las estimuló a continuar el cuidado y la asistencia a los pobres niños expósitos, cuando, habiéndose multiplicado extraordinariamente su número, estuvieron a punto de abandonarlos. Su majestad, viendo

que apenas había lugar para alojarlos a todos en la casa del barrio de San Víctor, les dio el castillo de Bicetre en el año 1647, y en todas las ocasiones dio testimonio de su celo por esta obra de caridad.

Pero sucedió que, en el año 1649, las miserias acarreadas por la guerra civil cegaron la mayor parte de estas fuentes que proveían a su mantenimiento, y que todo el peso y la carga de los gastos recayó casi únicamente sobre la señorita Le Gras y su comunidad. No hubo esfuerzos que ella no hiciera en estas circunstancias para poder salir adelante. Siguió el consejo que da el apóstol a los cristianos de trabajar con sus manos en cualquier obra buena y útil para tener con qué socorrer a los que están en la indigencia. Pidió préstamos que entregó a sus hijas para hacer pan y otras provisiones que eran apropiadas para venderlas en este tiempo, a fin de que el provecho y ganancia que pudieran obtener, sirviese para mantener la continuidad de este hospicio. El celo de sus hijas fue más lejos. Ellas se privaron incluso de lo necesario para aumentar los fondos y se contentaron con tomar, sólo una vez al día, un poco del alimento más ordinario. Esta superiora, que las animaba con su propio ejemplo, viendo un día a estos pobres niños en una necesidad extrema, dio todo el dinero de su casa, excepto dos pistolas, para comprarles trigo, aunque se vio en el trance de no recibir nada durante un mes. Y sin consultar las reglas de la prudencia humana, ni incluso las leyes de la naturaleza, siguió sólo los movimientos de su celo y de la confianza que tenía en la Providencia de Dios.

Capítulo 3

Asistencia prestada a los pobres durante las guerras extranjeras y civiles por la señorita Le Gras y su compañía.
Muerte dichosa de una Hija de la Caridad.

Almas que estaban en unas disposiciones tan perfectas y que llevaban la caridad hasta un grado tan elevado, no se podían marcar límites en su ejercicio; no le hacían falta más que objetos para ocupar toda la extensión de su celo; no les bastaba para agotarlo presentarles cierto número de parroquias y hospitales, y tenían suficiente vigor para hacerles emprender la asistencia de provincias enteras en las mayores y más generales miserias.

No se puede imaginar los extremos a que fueron reducidas por la guerra, en el año 1650, Picardía y la Champagne. Los pueblos eran despojados de sus bienes, afligidos por el hambre y las enfermedades, echados de sus casas, privados de socorro y de refugio; unos, tendidos en casuchas abiertas por todas partes; otros dispersos por bosques y caminos, desfallecidos y medio muertos; sin pastores, sin sacramentos, sin consuelo, permaneciendo después de la muerte sin sepultura; los pastores y los sacerdotes, enfermos, o muertos, o fugitivos; las clausuras, abiertas; errantes las religiosas; las iglesias profanadas; los vasos sagrados y los ornamentos saqueados y el santísimo Sacramento pisoteado.

¿Dónde se podía encontrar remedio para tan grandes males más que en la caridad que estaba establecida en París, como en la ciudad del público refugio de todas las miserias? El señor Vicente, autor y jefe de esta santa institución, no pudo ser informado por los relatos

que le venían de todas partes, sin penetrarse de los más vivos sentimientos de dolor y de compasión, y sin tomar la resolución eficaz de mandar continuos socorros.

Lo comunicó primero a la señora presidenta de Herse, que respondió inmediatamente a sus intenciones y comenzó a enviarle dinero y víveres; y como esta era una empresa que no podía ser llevada a cabo más que por toda la sociedad de damas que el Espíritu Santo había reunido, él las convocó para informarlas y para decidir con ellas los medios necesarios para la ejecución. Las impactó con tal fuerza que, aunque habían sufrido pérdidas notables por la guerra civil del año precedente, ofrecieron entonces sumas inmensas con una caridad inagotable, que mantuvo las mismas ayudas a lo largo de varios años.

Hubo algunas que donaron hasta sus joyas y su vajilla de plata; y el ejemplo mayor fue en esta ocasión el de la reina-madre, que después de haber sacado de sus tesoros, no ahorró sus pendientes, que eran de gran valor, y pensó que la misericordia que alza y afirma los tronos, constituía el más bello ornato de la majestad real.

Se enviaron misioneros para ser los depositarios y dispensadores de estas limosnas, y para ejercer al mismo tiempo el oficio de pastores en los pueblos abandonados. Se proveyó de vasos sagrados y ornamentos a las iglesias saqueadas; alimentos, remedios y vestidos para las diferentes necesidades de los pobres; herramientas e instrumentos de trabajo para los obreros; granos y semillas para las tierras sin cultivar; se prepararon hospitales para los soldados heridos y lugares de refugio para las muchachas que no tenían cobijo; y como culminación de esta gran obra de caridad, en tanto que las damas daban tan generosamente sus bienes para establecer los fondos, la señorita Le Gras contribuía con el ministerio de su compañía, y entregaba sus hijas para ir a servir y asistir a estos pueblos en todas las miserias con que se veían afligidos.

No hubo servicio, por penoso y peligroso que pudiera ser, que no prestasen generosamente en esta ocasión; y entre los diferentes socorros que les aportaron entonces, no lo hubo más eficaz que los potajes que les distribuyeron, salvando con este medio la vida del cuerpo a un número infinito de pobres desfallecidos, y consolando sus almas y ganando sus corazones con estos oficios de caridad.

Es éste un servicio que ha parecido tan gran mérito a juicio de los santos, que ellos lo han juzgado digno de las primeras dignidades de la Iglesia; y san Gregorio Nacienceno, en la oración fúnebre que hizo de san Basilio, cuenta que este santo arzobispo no se contentó, en un tiempo de hambre, con haber conseguido limosnas con sus exhortaciones, sino que quiso incluso reunir a los pobres, les hizo preparar alimentos y, *poniéndose un delantal, les sirvió potajes con sus manos, después de haberles lavado los pies; queriendo edificar sus almas con este honor que les rendía, como aliviaba sus cuerpos con el alimento; y tratando de estas dos maneras de aliviar el rigor de su miserable condición.*

La señorita Le Gras tuvo grandes y nuevas ocasiones de continuar este ministerio de caridad en la miseria que la guerra civil renovó el año 1652. La ciudad de Etampes y varios pueblos de los alrededores sintieron sus más crueles efectos; y no se encontró mejor medio para socorrerlos que enviar a las Hijas de la Caridad para distribuirles el alimento y asistirlos en todas sus necesidades, mientras que los celosos misioneros se ocupaban en consolarlos y

distribuirles el pan de vida y los otros sacramentos. Ellas sirvieron de madres a cantidad de pobres huérfanos que recogieron en su casa, a los que se preocuparon de procurar todo lo que les era necesario. Trataron a un número extraordinario de enfermos, y varias de ellas consumieron felizmente sus vidas en estas tareas.

Pero no hubo nada más admirable en esta ocasión que el ejemplo de una hermana llamada María José. Estando esta Hija de la Caridad a punto de sucumbir bajo el peso de sus trabajos y no pudiendo ir ya a asistir a los enfermos en sus casas, los hacía llevar a su habitación e incorporándose en su lecho tenía el coraje y la fuerza de sangrarlos. Como quiso seguir hasta la muerte prestándoles esta asistencia, expiró en el momento en que se acostaba después de haber sangrado a un enfermo; y no sólo tuvo la dicha de acabar su vida en el ejercicio de la caridad, sino que fue la caridad misma la que la hizo morir.

Habiéndose aproximado los ejércitos a París y desplegado por todas partes en los lugares circunvecinos, se vio esta ciudad reducida al último extremo; la escasez y carestía de los víveres, con la ruina del comercio, le acarrearón toda clase de miserias y enfermedades; y se vio llena de una multitud de pobres habitantes de la campiña que, después de haber sido saqueados y maltratados por los soldados, vinieron a ella en busca de refugio.

La caridad que había corrido siempre de esta fuente hasta las provincias alejadas, no pudo abandonar en esta ocasión el lugar de su origen: comunicó aquí sus bienes con abundancia y encontró fondos y remedios para abastecer al gran número de miserables y al extremo y duración de sus males.

Durante los seis meses que esta guerra duró, ella alimentó todos los días a más de 14.000 personas, haciendo que se les distribuyeran potajes por manos de las hermanas en los distintos distritos de París; y esta ciudad quedó edificada viendo practicar en este tiempo el ejemplo de la caridad del gran san Gregorio, quien, según el relato del historiador de su vida, enviaba cada día de la semana, por todas las calles de Roma, a personas que llevaban caldos y comidas a todos los que estaban enfermos o que no se podían ganar la vida.

Capítulo 4

La señorita Le Gras envía hermanas a Polonia.
Allí asisten a los apestados.
La Reina funda hospitales.

Aunque la señorita Le Gras veía su compañía cargada de tantas ocupaciones en París, en los campos y en las provincias fronterizas, no puso límites a su celo y a sus cuidados; aceptó en este mismo tiempo ocupaciones en reinos extranjeros y dio sus hijas para Polonia, a petición de la reina. Esta virtuosa princesa, que había conocido en Francia los grandes frutos que producían las misiones y las instituciones de caridad, quiso que los participara su reino, que estaba en un extremo desorden, tanto por la ignorancia y la herejía, como por la corrupción de las costumbres.

Habiéndole enviado el señor Vicente sacerdotes de su congregación bajo la dirección del padre Lamberto, su asistente, ella le pidió a continuación Hijas de la Caridad, para ofrecer a sus pueblos toda clase de asistencia por el ministerio de estas dos compañías. Después de haberlo consultado con la superiora, mandó a tres con una comisión por escrito, fechada el 6 de septiembre de 1652, que contenía estas palabras; *habiéndonos hecho el honor la Serenísima reina de Polonia de pedirnos varias veces hermanas de la compañía de la caridad, para establecer una semejante en su reino, en la ciudad de Varsovia, para el alivio de los pobres enfermos, nos, deseando satisfacer los deseos y mandatos de tan digna princesa, os enviamos a las presentes a la dicha ciudad, para recibir allí las órdenes que Su Majestad os dará y observar allí el modo de vida que habéis observado en Francia, bajo la dirección del padre Lamberto, superior de los sacerdotes de nuestra congregación que están ahora en Polonia, y bajo el beneplácito de nuestros señores los ilustrísimos y reverendísimos obispos de los lugares.*

Tan pronto como llegaron la reina les ofreció una ocasión digna de su profesión y de su celo. Las estableció en la ciudad de Varsovia, que estaba entonces asolada por la peste; y el servicio a los apestados fue el aprendizaje y la prueba de las Hijas de la Caridad en ese reino. El padre Lamberto hizo preparar hospitales y refugios para los enfermos que estaban abandonados, en los que estas generosas hermanas los trataban con una dedicación infatigable y con un coraje invencible; y Dios le concedió a Margarita Moreau, una de ellas, la gracia de coronar sus trabajos con una muerte gloriosa en esta tarea.

La reina quedó de tal manera admirada de sus virtudes que, frecuentemente, se tomaba el gusto de pasar con ellas jornadas enteras; y arrastrada por sus ejemplos, visitaba los hospitales, los mantenía con sus limosnas y servía ella misma a los pobres en sus enfermedades.

Algún tiempo después, deseando Su Majestad aumentar el número de las hermanas, el señor Vicente envió otras tres; y con ocasión de su viaje, la señorita Le Gras escribió esta carta a sus hijas de Polonia: *Mis queridas hermanas: he aquí, finalmente, el tiempo que la divina Providencia ha elegido para la marcha de nuestras hermanas, a las que vemos partir con dolor separándonos de ellas; y con gozo, por la seguridad que tenemos de que van a cumplir la voluntad de Dios y a unirse con vosotras para el cumplimiento de sus santos designios en el reino de Polonia. ¡Oh, mis queridas hermanas, qué importantes que son ellos! Ruego a la bondad de Dios que os la haga conocer; estando segura de que este conocimiento obrará en vosotras una gran humildad y confusión de veros elegidas para tal tarea, y os dará la voluntad de no haceros indignas de ella. Sor Margarita os dirá a este propósito todo lo que nuestro muy honorable Padre le ha ordenado.*

Pero el viaje de estas hermanas se vio interrumpido por la noticia, que llegó pocos días después de su partida, del cambio de situación en Polonia; y, ya en camino, recibieron orden de volver a París, cuando se supo que la reina se había refugiado en Alemania, donde le habían seguido las Hijas de la Caridad que tenía con ella. Su celo, que no podía estar quieto y que encontraba por todas partes situaciones de miseria en que ocuparse, fue empleado por esta princesa durante su viaje en servir y asistir a sus soldados en sus enfermedades.

Habiendo vuelto su Majestad a su reino y llevado con ella a estas fieles servidoras, les ofreció una nueva ocasión de ejercer su caridad. Fundó en Varsovia un hospicio para recoger a las pobres niñas huérfanas o abandonadas por sus padres y encomendó su cuidado y dirección a las hermanas.

La piedad de esta soberana acudió también por este tiempo a otra urgente necesidad de su reino. Los criados que caían enfermos eran echados ordinariamente por sus amos, quedando abandonados por los caminos y por las calles; lo mismo que otros pobres viajeros que no encontraban refugio en sus enfermedades; a veces se veía a algunos reducidos a tales extremos, que se encerraban en los estercoleros para ponerse a cubierto del frío y de las inclemencias del tiempo. Lo que tocó tan sensiblemente el corazón de Su Majestad, que mandó construir un pabellón cerca del hospicio de los huérfanos para acoger a estos miserables y les procuró toda la asistencia necesaria por mano de las hermanas que regían esta casa.

Capítulo 5

Hospitales de París servidos por las Hijas de la Caridad. Origen del Hospicio General.
Extensión de la caridad de la señorita Le Gras.

La caridad que se comunicaba fuera de Francia, no cesaba de actuar dentro, hasta el punto de que puso remedio a toda clase de necesidades por medio de diferentes instituciones.

En el año 1653, habiendo puesto una caritativa persona en manos del señor Vicente una considerable suma para que la aplicara a cualquier obra de piedad, este prudente dispensador creyó que no la podía emplear mejor que en fundar un hospicio para servir de refugio a los pobres ancianos que no se encontraban ya con posibilidades de ganarse la vida. Lo estableció en el barrio de San Lorenzo con el título del santísimo Nombre de JESUS; y con los fondos que le habían confiado, instituyó una renta para mantener a cuarenta pobres de uno y otro sexo, mitad y mitad. Alojó hombres y mujeres en pabellones separados; de tal suerte, sin embargo, que pudieran, sin verse ni hablarse, mirar hacia el altar de la capilla para asistir a una misma misa, y oír una misma lectura en la mesa donde cada sexo comería separado en comunidad. Y no pudiendo, de sí mismo y por caridad industriosa, sino formar proyectos y dar reglamentos, la señorita Le Gras, que le era necesaria para la ejecución, encargó a su compañía del gobierno y de la economía de este hospicio, y del servicio a los pobres.

Este fue el origen de una de las mayores obras que la caridad haya jamás emprendido. Algunas damas, habiendo advertido en este pequeño establecimiento tan bello orden en la organización y tan gran bien para este número de pobres, concibieron sobre esta idea el proyecto de un hospicio general.

Antes de tomar decisión sobre un asunto de esta importancia, quisieron tener el parecer de la señorita Le Gras; y habiéndola consultado para saber de ella si las mujeres podían comprometerse solas en esta empresa, les manifestó sus sentimientos en esta carta del mes de agosto de 1653: *Si se mira esta obra como política, parece que la deben emprender los*

hombres; pero, si es considerada como obra de caridad, la pueden emprender las mujeres, como han emprendido los otros grandes y penosos ejercicios de caridad, que Dios ha aprobado por la bendición que les ha dado. Que sean ellas solas, parece que no se puede ni se debe. Pero sería de desear que algunos hombres piadosos, sea de alguna corporación o particulares, se les uniesen tanto como consejeros, como para actuar en los procesos y actos de la justicia, que, quizás, convendrá tener para mantener a toda esta clase de gentes en su deber, a causa de la variedad de espíritus, costumbres y caracteres.

He ahí cuál ha sido la fuente de esta gran obra de nuestros días, asilo y refugio general de los miserables, que ha sido formado sobre el plano de un pequeño hospicio de 40 ancianos; proyectado por algunas damas caritativas; emprendido y establecido por hombres celosos y generosos, gobernado por las primeras y más consideradas personas de París; sostenido por las limosnas públicas; apoyado por la autoridad y la liberalidad regias. Ahí es donde los pobres en su ancianidad encuentran el reposo y la seguridad de su vida; donde se educan los niños en la piedad y se les enseña a hacer toda clase de obras, donde los mendigos capaces están ocupados y apartados de una vida ociosa y desarreglada; donde, con las instrucciones espirituales se trabaja por hacer salvadora la indigencia y procurarle las riquezas de la gracia y del reino de Dios.

Para hacer el elogio de esta obra con un ejemplo que sea digno de ella, se le puede aplicar lo que san Gregorio Nacianceno ha dicho una vez de un hospital fundado por san Basilic en Cesarea de Capadocia, su ciudad episcopal: *Si salís de Cesarea, dice este padre, veréis como una nueva ciudad, la mansión de la caridad, el tesoro común de todos los ricos; donde la miseria parece feliz y es soportada con alegría, y **donde** el camino está abierto a todos los fieles para asegurar su salvación.*

No quedaba más a la señorita Le Gras para colmar la extensión de su celo que encargarse de los pobres enajenados internados en el hospital de Las Casitas, luego de haber emprendido el alivio de todas las enfermedades del cuerpo. Aceptó esta tarea el año de 1655, por la petición que le hizo la asamblea de la oficina general de los pobres, tan célebre en París por la cualidad y el mérito de las personas que la componen; y como hay en este hospital, además de los alienados, un gran número de ancianos que son mantenidos allí por orden de esta oficina, ella se encargó también de que les asistieran en sus enfermedades.

No se puede comprender cómo esta piadosa fundadora ha podido satisfacer tantas tareas de caridad; encargándose de toda clase de necesidades; no haciendo ninguna excepción, ni por cualidad de los males, ni por el estado y número de las personas, o por la diversidad de los lugares; asistiendo a los pobres en todas las enfermedades del cuerpo y del espíritu: en la infancia, en el vigor de la edad y en la vejez; haciendo que les sirvan en sus casas, en los hospitales, las prisiones y las galeras, en las ciudades, los campos y los ejércitos, en la paz, y en las guerras extranjeras y civiles; no ahorrándoles ninguna clase de socorros para sus necesidades de la salvación eterna o de la vida temporal; haciendo que se les den instrucciones, consuelos, remedios, alimentos; y sacrificando a su servicio, con su comunidad, sus cuidados, sus trabajos y su vida.

No es un milagro de la caridad y un efecto de la fecundidad admirable que Dios ha dado a esta virtud, cuya naturaleza es tal, según las palabras de san Agustín,

que se acrecienta dándose; y que, cuanto más se comunica fuera, tanto más se hace abundante en ella misma?.

La viuda de que se habla en el cuarto libro de los Reyes, *no tenía aceite para mantener su casa y pagar sus deudas, cuando la tenía encerrada; pero, tan pronto como, por orden de Elíseo, se decidió a repartirla en varias vasijas, encontró una fuente inagotable que corrió en las que le presentaba su hijo y no se detuvo hasta que no hubo más vasijas que llenar.*

Nuestra viuda cristiana, que no tenía al principio más que un pequeño capital, una salud débil y un pequeño número de hijas, hubiera sido capaz de poca cosa, si hubiera puesto límites a su celo; pero cuando, por el parecer y la dirección de este otro Elíseo, forja el proyecto de comunicarse a toda clase de necesidades, se ve en disposiciones de abastecer a todos los sujetos que se les ofrecen; es un aceite que corre con abundancia hasta llenar todas las vasijas; tiene suficiente fuerza en medio de sus continuas enfermedades, para cumplir con todo con su cuidado y su dirección: el número de sus hijas se multiplica a medida que se presentan ocasiones; encuentra bienes suficientes para proveer a una infinidad de miserias; acomete todas las tareas de la caridad; y hace establecimientos, no sólo en varias parroquias y hospitales de París, sino incluso en más de treinta lugares de diversas provincias de Francia; y sale incluso hasta los reinos extranjeros.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

Capítulo 1

Conducta de la señorita Le Gras con sus hijas.

La caridad de la señorita Le Gras, que se ha comunicado a tan diferentes sujetos, no podía olvidar una compañía que le tocaba más de cerca. Ha mirado a sus hijas como objetos que eran aún más dignos de ella; y habiéndolas escogido para ser los ministros de su caridad, les ha querido dar a conocer los sentimientos que debían tener para con el prójimo, por los que ella les ha testimoniado para con sus personas. Tenía para ellas un corazón y ternuras de madre. Después que ella las había recibido y como dado a luz en su compañía, se tomaba un cuidado especial de formarlas en su espíritu, dedicándose ella misma a enseñarlas a leer, a adiestrarlas en el servicio a los pobres y a instruir las en los misterios de la fe y en las prácticas de la oración y de la piedad cristiana. Les daba con regularidad conferencias públicas todas las semanas, para conservarlas en el amor y fervor de su profesión; y aunque trataba de hablarles sencillamente, no podía evitar explicarse de un modo vigoroso y elevado, y siempre con un ardor que las penetraba y que les inspiraba los afectos de que ella estaba repleta.

Tenía una dulzura y afabilidad que les ganaba el corazón; y les daba libertad para hablarle, sin darles a entender nunca que la importunasen, aunque tuviera que dejar sus oraciones o sus otras tareas. Cuando varias hermanas le venían a hablar al mismo tiempo de diversos asuntos, les respondía con una tranquilidad de espíritu siempre igual, sin decirles nada para presionarlas a que la dejaran en paz, aunque algunas veces la molestasen. Y cuando la enfermedad no le permitía recibir las y hablar con ellas, les mostraba un rostro tan acogedor y lleno de afecto que se volvían siempre satisfechas.

Esta digna superiora juntaba al amor que tenía por su compañía una continua vigilancia sobre su conducta. Observaba exactamente si eran todas fieles a su regla, y tenía un cuidado particular por las que se alejaban de ella, informándose de su situación; gobernándolas con sus cartas, de las que mantenía con ellas una correspondencia ordinaria; y haciéndolas participar de las conferencias que ella daba a la comunidad.

Si se enteraba de que alguna hermana había cometido una falta, quería informarse bien antes de reprenderla, y, cuando se veía obligada a hacerlo, lo hacía con las precauciones que san Agustín pide en estas ocasiones.

No se puede conocer mejor si uno es verdaderamente espiritual -dice este Padre-, que cuando, corrigiendo a un pecador, actúa más con la finalidad de librarlo de su pecado, que de insultarlo; y piensa más en ofrecerle socorro y remedio, que en hacerle una injuria o un reproche. Y es eso lo que san Pablo nos enseña con estas palabras: Si alguno ha caído por sorpresa en algún pecado, vosotros, los que sois espirituales, cuidad de instruirlo con un espíritu de dulzura, reflexionando cada uno sobre sí mismo, y temiendo ser tentado lo mismo que él. Así pues, según la doctrina de este apóstol, hay que conservar en el corazón la paz y el amor cuando se quiere corregir a otro, considerando que uno está expuesto al mismo peligro de caer. Pero en cuanto a la manera de hacerlo, si hay que ser dulce o severo en las palabras, hay que decidirlo en razón de su conversión y de su salvación.

Esta es la conducta que siempre ha observado esta superiora respecto a sus hijas. Cuando corregía a alguna, le hacía ver que no obraba por otro motivo que por la caridad. En lugar de reprocharle su falta, la excusaba tanto cuanto le era posible, e incluso a veces se atribuía a sí misma la causa con una humildad extraordinaria. Tratava de inspirarle la penitencia y le evitaba la confusión, advirtiéndola en privado, y no hablando de ello nunca sin una gran necesidad, a muy pocas hermanas y las más discretas. Sabía elegir el tiempo y las circunstancias apropiadas para hacer aceptar sus avisos; empleaba el rigor o la dulzura, según lo creía adaptado a los espíritus; y corregía con tanta prudencia y amor, que hacía que a todos les pareciera bien lo que decía y que animase a obrar mejor y a perseverar.

Cuando se enteraba de que algunas eran tentadas contra su vocación, miraba su pérdida como la mayor desgracia que le podía ocurrir; empleaba toda clase de medios para sostenerla en su debilidad, y tenía una gracia particular para ganarse los corazones y darles firmeza.

Tenía que hacerse una extrema violencia cuando se veía obligada a despedir a alguna; y cuando se le estaba hablando un día de alguna que lo había merecido por su mala conducta, dio esta sabia y caritativa respuesta: *que hay mucho que considerar cuando se está*

encargado de las almas. ¿Creen ustedes -decía-, que no hay más que echar fuera? ¡Oh, hay que tener mucho cuidado!

Ella se comportaba en estas ocasiones con las precauciones y las normas que le había marcado el señor Vicente: y no se las puede conocer mejor que en una carta que él escribió a una hermana que, para estar en la compañía de la caridad, quería tener seguridad de su vida.

Sabrán usted que no se echa a nadie fuera sino raramente, y sólo por faltas notables y nunca por fallos corrientes, ni incluso extraordinarios, si no son frecuentes y considerables; incluso se hace esto lo más tarde que se puede, y después de haber soportado mucho tiempo las caídas de esa persona y empleado en vano los remedios apropiados para su corrección. Se tiene esta paciencia y esta caridad, sobre todo con las ancianas; de modo que si sale alguna de ellas, es ella misma la que se va, o por ligereza de espíritu, o porque, habiendo sido relajadas y tibias en el servicio de Dios, Dios mismo las vomita y rechaza antes de que los superiores piensen en despedirlas. Decir que las que son fieles a Dios y sumisas a la santa obediencia salen de la compañía, es lo que no sucede, gracias a Dios, ni respecto a aquellas que están sanas, ni a las que están enfermas. Se hace lo que se puede para conservarlas a todas y se tienen todos los cuidados posibles con unas y con otras hasta la muerte.

Las palabras de este institutor son cauciones públicas y perpetuas para asegurar a las hermanas de su estabilidad, por parte de la Compañía; y las condiciones que él les pide, dependen sólo de su voluntad y de su conducta. Toda su vida ha seguido la señorita Le Gras estos sentimientos y estas normas; y ha demostrado que nada le era más querido que la perseverancia de sus hijas en la vocación. No hay servicio de caridad que no les haya prestado en toda ocasión; no podía enterarse de que les hubiese sobrevenido un motivo de tristeza sin participar en su dolor, y sin consolarlas con sus visitas o sus cartas. Cuando caían enfermas, no ahorraba nada en su alivio; las trataba a todas como hijas que le eran queridas, visitando con frecuencia a las que estaban cerca de ella, y dando todas las órdenes para asistir a las que estaban lejos. La ternura y la cordialidad que animaban sus palabras y sus acciones en las visitas, les daban tanto consuelo y gozo que les parecía que las curaba con su presencia. Tenía un carisma especial para envalentonarlas en el sufrimiento y para disponerlas a la muerte; y les prestaba este caritativo servicio siempre que se lo permitían sus enfermedades; si no estaba en disposición de visitarlas, les enviaba a la hermana asistente, y no se olvidaba de nada de lo que pudiera demostrar sus cuidados y su amor.

No podía perderlas sin sentirse afectada sensiblemente y sin derramar lágrimas; y por mucha sumisión que tuviera a la voluntad de Dios, había que tomar buenas precauciones para darle la noticia de su muerte. Hubo un tiempo en que, arrebatándole la muerte un gran número de ellas, creyó que su pérdida era efecto de la cólera de Dios sobre ella y sobre la compañía. Pero el señor Vicente le dio seguridad con esta carta: *La veo, señorita, con el corazón apesadumbrado; teme usted que Dios este enfadado que no quiera nada del servicio que usted le presta, porque le quita sus hijas. Al contrario, es señal de que él la quiere, puesto que se comporta así; porque él trata a usted como a la Iglesia, su querida esposa, en cuyo comienzo hacía morir a la mayor parte, no sólo de muerte natural, sino por los suplicios y tormentos.*

¿Quién no hubiera dicho al ver esto que estaba encolerizado contra esta jóvenes y santas plantas?. No crea, pues, eso, sino todo lo contrario.

Tenía costumbre de comunicar a sus hijas ausentes la muerte de sus hermanas; y al recomendarlas a sus oraciones, aprovechaba la ocasión para exhortarlas al menosprecio de la vida y a la perseverancia en su vocación.

Ánimo, les decía, escribiendo un día a algunas sobre la muerte de otra, esta vida es corta y la recompensa de nuestros sufrimientos es eterna; pero no se otorga más que a aquellos que han combatido valientemente. Os deseo a todas que seais victoriosas.

Capítulo 2

La caridad mutua que esta superiora recomienda a sus hijas.

La caridad, que era el fin de la Compañía instituida por la señorita le Gras, debía ser también su ligadura; y era necesario que esta superiora, al formar a sus hijas para el servicio de los pobres, las uniese al mismo tiempo entre sí por una comunicación mutua de toda clase de oficios caritativos en sus necesidades. Esto era el principal objetivo y la máxima fundamental de su dirección; ha tratado, con su ejemplo, de imprimirla en sus corazones, y no les ha recomendado ninguna otra cosa con tanta fuerza en sus conferencias y en sus instrucciones particulares. Cuando les ha dado avisos sobre este tema, no ha olvidado nada que fuese capaz de persuadirlas de esta obligación, o de darles a conocer las cualidades y los efectos.

Os amaréis mutuamente, -les dice-, como hermanas a quienes JESUCRISTO ha ligado con su amor, y pensaréis que habiéndoos Dios elegido y reunido para prestarle un mismo servicio, debéis ser como un cuerpo animado por un mismo espíritu, y os miraréis mutuamente como miembros de un mismo cuerpo.

Practicaréis sobre todo la santa cordialidad.

Es ésta una disposición que ella les pide para conocer si su caridad es verdadera y sincera, y para hacerla capaz de comunicarse hacia fuera; puesto que la cordialidad no es otra cosa que una abertura y una efusión del corazón totalmente penetrado de amor que, derramándose sensiblemente en las acciones y en las palabras, pone sus fondos al descubierto, e insinúa al mismo tiempo los sentimientos de que está lleno.

Entre las virtudes que ella juzga más necesarias a su estado, la dulzura es una de las principales y más importantes; *sin la cual, les dice, la Compañía no se puede mantener en la unión y la paz, ni conservar la presencia de Dios.*

Esta virtud, según el pensamiento de san Crisóstomo, constituye la característica y la diferencia de los servidores de JESUCRISTO y los hace dignos de llevar el nombre de su

Maestro, que ha tenido a bien comunicar su cualidad augusta de hijo de Dios a los que aman y procuran la paz.

La humildad no es menos necesaria que la dulzura para conservar la caridad. Por eso el Apóstol, después de haber ordenado a los cristianos tenerse mutuamente un afecto fraterno y mantenerse perfectamente unidos, les da este aviso: *Preveníós mutuamente con testimonios de respeto y deferencia, no haciendo nada por espíritu de competencia y de vanagloria, sino estimando cada uno a los demás como superiores.*

Y con estos sentimientos esta superiora exhorta a sus hijas *a conservar una baja estima de sus personas y a tener siempre mejor opinión de sus hermanas que de sí mismas; a hablar bien de ellas en todas las circunstancias; prudentemente, sin embargo, y sin que dé la impresión a la gente de que se quieren hacer estimar; a considerar que Dios ama más quizás a las que parecen más simples y más débiles, sin que su bondad tenga las miras puestas en las disposiciones naturales, ni en las pocas luces, como si fueran obstáculos a su gracia, que él les comunica quizás con más abundancia a causa de su sencillez; lo cual debe servir para ver a Dios en ellas y honrarlas cordialmente como pertenencia suya.*

Finalmente, ella les recomienda *tener gran deferencia por los sentimientos de sus hermanas, tratando de no contradecir, sino de conformarse lo más que puedan a su parecer. Que recuerden que Nuestro Señor se conformaba siempre a la voluntad de su padre y que ellas honrarán en cierto modo esta conformidad cuando, por su amor, dejen su propia opinión para seguir la de la hermana sirviente o la de otras, en las ocasiones en las que no sea ofensa de Dios o del prójimo.*

A estas virtudes une ella, como san Pablo, la paciencia, que hace soportar las debilidades de los demás: cuyo mérito es tan grande, según el sentir de este apóstol, que él la propone a los cristianos como una de las señales más sensibles de la predestinación y de la gracia.

Revestíos, dice, como elegidos de Dios, santos y bien amados, de entrañas de misericordia, bondad, humildad, dulzura y paciencia; soportándoos mutuamente; perdonando cada uno a su hermano todos los motivos de queja que tenga contra él, y perdonándoos mutuamente como JESUCRISTO os ha perdonado.

Para adquirir esta virtud, san Crisóstomo nos aconseja reflexionar sobre nosotros mismos y considerar *que ya que no es posible que un hombre viva sin algún defecto, no debemos tratar a nuestros hermanos con un espíritu de rígidos y severos censores, sino que es justo que suframos sus imperfecciones para que ellos sufran las nuestras. Así es como nosotros cumpliremos todos juntos la ley de JESUCRISTO, según las palabras del Apóstol. En las que hay que notar que no dice sólo <cumpliréis la ley de JESUCRISTO>, sino <la cumpliréis todos juntos, si lleváis unos las cargas de los otros, puesto que por este medio se mantendrá la caridad por todas partes, y la ley de JESUCRISTO será plenamente cumplida.*

No hay ningún sitio donde este mandamiento sea de una obligación más estricta que en un cuerpo que, haciendo profesión de la caridad, debe estar animado por ella en todos sus miembros; y su fundadora lo ha creído tan importante que ha recomendado a sus hijas, sobre todas las cosas, *tener una gran tolerancia mutua, como quisieran que las tuvieran con*

ellas, y cuando vean algún defecto en sus hermanas, excusarlos con caridad. ¡Dios mío!, dice, mis queridas hijas, qué razonable es esto, puesto que con frecuencia cometemos faltas parecidas de las que necesitamos que nos excusen.

No se puede estar en disposición de excusar las faltas de los hermanos, si no se les mira con un espíritu desprendido de todas las pasiones que le puedan preocupar. Cuando el corazón está lleno de orgullo, de aversión o de envidia, se encuentran defectos en la conducta más inocente; se convierten en grandes delitos las cosas más ligeras, o al menos las que serían excusables por la ignorancia, la sorpresa o la debilidad; se examina con minuciosidad o se informa de ello con curiosidad, se conversa de ello con placer, se lo reprende con rigor y se las reprocha injuriando. Lo que es más peligroso para las personas espirituales es que, con frecuencia, sucede que se dejan influir por las ilusiones de un falso celo que camufla pasiones secretas y les hace cometer injusticias so pretexto de piedad. Es *necesario*, según el consejo de san Agustín, *deshacernos de estas pasiones, que son como vigas en nuestros ojos, que nos ciegan, para ver de quitar la paja de los ojos de nuestros hermanos. No hay que ver los defectos de los demás más que con ojos de paloma, tales como el Espíritu Santo los quiere en su esposa*, es decir, con ojos puros y sencillos, y con disposiciones de un corazón que esté exento de acritud y de amargura.

Estos deberes de caridad que las hermanas se deben tener mutuamente son de una obligación aún más estrecha y más indispensable para la superiora, según la intención y las órdenes de esta fundadora.

La Hermana sirvienta (este es el apelativo que ella le da), a quien la divina Providencia ha confiado la dirección de las otras, será la primera en practicarlas, considerando que ella es deudora a todas y está obligada a servir las. Las tratará con dulzura y con ternura; reflexionará que, aunque todas se tienen por dichosas con la cualidad de Siervas de los Pobres, hay pocas que puedan sufrir la menor palabra que se les diga con demasiada autoridad o rudeza. Por eso tenemos que acostumbrarnos a rogar y no a mandar, a enseñar con el ejemplo y no con el mandamiento.

Las debe consolar en sus penillas con cordialidad y tolerancia y usar de éstas en muchas cosas con mucha condescendencia. Los cargos no se deben ejercer tanto absolutamente cuanto caritativamente. Y si somos hermanas sirvientas, eso quiere decir que, aunque tengamos las penas más grandes de espíritu y de cuerpo, debemos consolar a nuestras hermanas cuanto podamos; que tendrán siempre bastante trabajo en soportarnos, unas veces a causa de nuestros malos humores, otras veces por la repugnancia que la naturaleza o el espíritu malo les da.

Si acontece algo que merece corrección, lo advertirá caritativamente, en el tiempo y la circunstancia que sean más oportunos, no mostrando tener una preocupación particular, sino dando a conocer que no lo hace más que por amor.

Después que la señorita Le Gras instruyó a sus hijas cómo deben sufrir o corregir los defectos de sus hermanas, quiso que para cumplir con ellas todos los deberes de la caridad, les diesen muestras sensibles de ella en sus enfermedades.

Cuidad mucho de vuestras hermanas en este estado, (en estos términos se explica ella). Considerad que estando consagradas con vosotras al servicio de los enfermos, no hay nadie que sea más digno de nuestras ayudas; y que habiéndoos reunido la caridad, estáis más obligadas a practicarla respecto de ellas. No ahorraréis nada para aliviarlas, puesto que ellas mismas no ahorran su propia vida para el prójimo. Procurad no mostrarles que os cansáis de asistirles cuando sus enfermedades son largas. Sed asiduas en visitarlas y en servirles; dadles todos los consuelos que podáis. Habladles con ternura y con apertura de corazón, y hacedles ver que compadeceís sus males. ¡Ah!, mis queridas hermanas, sería renunciar a la profesión que hacéis de la caridad, si llegáis a desatenderlas en sus incomodidades y a tratarlas con dureza o con indiferencia.

He ahí los sentimientos que esta madre tenía por sus hijas, que no estaban fundados solamente en la relación que tenía con ellas en esta condición, sino principalmente en la consideración del mérito de sus virtudes y de sus tareas. La caridad hacia los pobres es de tan gran precio ante Dios, que no la recompensa en los santos sólo después de su muerte con la posesión de su reino, sino que en sus enfermedades los llena de consuelos y de gracias; y lo asegura esto por su Profeta: *Dichoso el que piensa atentamente en el pobre: el Señor lo librará cuando él esté en la aflicción. El lo sostendrá cuando esté tendido en el lecho de su dolor. Sí, Dios mío, tú mismo mullirás su cama en su enfermedad.*

A la vista del mérito de la caridad es como el Apóstol muestra tanta estima y reconocimiento por Epafrodito, su discípulo, que le había servido y asistido en sus cadenas, cuando estuvo prisionero en Roma; al cual recomienda a los cristianos de la ciudad de Filipo con estas palabras llenas de amor y ternura: *Os devuelvo a mi hermano Epafrodito, que es mi ayuda en mi ministerio y que me ha servido en mis necesidades. Ha estado enfermo a la muerte, pero Dios ha tenido piedad de él, y no sólo de él, sino también de mí, a fin de que yo no tuviese aflicción sobre aflicción. Recibidle, pues, con toda suerte de alegría en Nuestro Señor, y honrad a tales personas. Porque se ha visto al filo de la muerte por haber querido servir a la obra de JESUCRISTO, abandonando su vida para suplir con sus asistencia la que vosotros no podáis prestarme por vosotros mismos.*

Si el Apóstol ordena a los cristianos recibir con toda estima y amor a los que imitan el celo de su discípulo, y si quiere que tales personas sean honradas, hay que rendir esta justicia a vírgenes que se consagran a semejante ministerio por profesión, y que sacrifican toda su vida por la obra de Dios. Aunque ellas no tengan, como este discípulo, un apóstol como objeto de sus cuidados, su tarea sigue siendo igualmente considerable en su motivo, puesto que es a JESUCRISTO a quien ellas miran en la persona de los pobres. Y ese Dios a quien ellas sirven tiene por ellas los mismos sentimientos que San Pablo tenía por Epafrodito; y él quiere sin duda que su Iglesia las considere como personas que le son queridas y a las que dará parte en este reconocimiento que hará a sus elegidos el día de su gloria: Estuve enfermo y me visitasteis.

Capítulo 3

Erección de la Compañía de las Hijas de la Caridad.
Acta del establecimiento por el señor Vicente.

No bastaba que la señorita Le Gras hubiese formado una Compañía de Hijas para emplearlas en el servicio a los pobres, y que las hubiese reunido por los lazos de la caridad; era necesario, que para darle a este instituto toda su fuerza y autoridad, lo hiciese aprobar por la Iglesia. Pero como ella se conducía con una gran prudencia, quiso ensayarlo durante varios años antes de proceder a la erección y establecimiento: no formó el proyecto hasta 1651 y entonces escribía al señor Vicente *que ella creía necesaria esta erección, porque la debilidad del espíritu necesitaba estar sostenida por la vista de un sólido establecimiento, para ayudarle a superar las tentaciones que sobrevienen contra la vocación: que el fundamento de este establecimiento, sin el cual parecía imposible que la Compañía pudiera subsistir, ni que Dios sacase su gloria de ella, era la necesidad que tenía de ser erigida, y de ser vinculada inseparablemente a la dirección del Superior general de la Misión: que, por lo demás, ella se sometía enteramente en este proyecto a su juicio, como había hecho en todas sus acciones desde que, hacía veintiséis años, Dios la había puesto bajo su dirección.*

El señor Vicente, al aprobar este proyecto, le envió una memoria para presentarla al señor arzobispo de París, que contenía tres cosas. Primero, la conducta que la Providencia de Dios había observado para el establecimiento de las Hijas de la Caridad. Segundo, su modo de vida hasta entonces. Y en tercer lugar, los estatutos y reglamentos que él les había redactado.

He suprimido, -decía-, muchas cosas que hubiese podido decir respecto de usted; dejemos a Nuestro Señor que él las diga a todo el mundo, y ocultémonos mientras tanto.

Según la solicitud que ella presentó al señor arzobispo, obtuvo de él la aprobación y erección de su Compañía, de todo lo cual hizo que le diera documentos escritos el señor cardenal de Retz su coadjutor. Pero habiéndose perdido luego estos documentos, cuando fueron presentados al Parlamento con las cartas patentes para ser registrados, el señor cardenal de Retz, ya arzobispo, dio otros nuevos en enero del año 1655, por los que aprobaba esta sociedad con sus estatutos y reglamentos, y la erigía con su autoridad como cofradía y comunidad bajo el título de Sirvientas de los Pobres, y bajo la dirección del Superior general de la Misión y de sus sucesores: con esta condición, sin embargo, que permanecería a perpetuidad bajo la dirección y dependencia de los arzobispos de París. En sus cartas él declaró: *que quería favorecer una tan buena obra, en la esperanza que él tenía de que había de redundar en gloria de Dios y para un gran alivio de los pobres, como lo había hecho hasta entonces por su misericordia. Y le confió su dirección al señor Vicente, reconociendo que Dios había bendecido el trabajo que este superior había hecho para realzar este piadoso designio.*

Cuando el señor Vicente recibió estas cartas de aprobación, convocó una asamblea de todas las hermanas en la casa de la comunidad, el 8 de agosto del mismo año, para formalizar el establecimiento. Les dio a conocer que, *aunque plugo a Dios instituir su compañía hacía veinticinco años, más o menos, se había creído necesario, antes de hacerla autorizar por la Iglesia, experimentar la entera observancia de sus reglas y comprobar su conducta en la manera que se la podía desear. Que habiendo obtenido la aprobación después de esta prueba, había creído que la debía ejecutar por un acto de establecimiento público y solemne,*

y que se veía tanto más obligado a ello cuanto que estaba entonces a punto de enviar varias hermanas a nuevas fundaciones, tanto en este reino como en el de Polonia.

A continuación les leyó los estatutos y reglamentos que él les había redactado, y después de haber tomado los nombres de todas las que habían sido admitidas y deseaban perseverar, procedió a la nominación de las oficialas. Rogó a la señorita Le Gras que continuara en el cargo de superiora de por vida, como lo había hecho con gran bendición hasta entonces, pese a la insistencia con que ella le había pedido varias veces que aceptara su dimisión. Nombró una asistenta, una ecónoma y una dispensera; y concluyó con una exhortación que les hizo a todas de dar gracias a Dios por su vocación, y de ser exactas y fieles a la observancia de sus reglas.

Habiendo nacido la Compañía de las Hijas de la Caridad para entrar a participar en los proyectos de la Misión, este fundador se ha propuesto siempre su dirección como una de sus principales obligaciones. Por eso se ha aplicado a ella durante toda su vida con los cuidados que sus importantes ocupaciones le han permitido; y como no siempre se podía dedicar por sí mismo a ello con libertad, confió esta comunidad, desde su nacimiento, a una persona que estaba llena de su espíritu y de su amor, y la puso en manos del señor Portail, el primer sacerdote que él había asociado a su compañía, y de la que lo hizo después primer asistente y secretario.

El rey les concedió nuevas cartas patentes, según la representación que le hicieron de que las primeras se habían perdido; y para destacar en ellas la estima en que tenía su congregación, testimonió *que la recibía y autorizaba viendo que había tenido unos comienzos tan llenos de bendición y progreso tan abundante en caridad, tanto respecto a los pobres enfermos, cuanto a los niños expósitos, pobres galeotes y niñas e incluso de las pobres muchachas que se presentaban para servirlos, las cuales, por este medio, tienen una bella y santa ocasión de darse a Dios y servirle en la persona de los pobres.*

Su Majestad declara por estas cartas que quiere favorecer y apoyar todas las buenas obras y todos los establecimientos que son para la gloria de Dios: y reconociendo en particular que la Congregación de estas hermanas es de esta cualidad, le da todas las señales más ventajosas de su real bondad; *la pone bajo su salvaguardia y protección especial, con todos los fondos y bienes que le han sido o serán a partir de ahora donados; les confirma un bien que el difunto rey, su padre, de gloriosa memoria, les había hecho sobre su dominio; y les permite establecerse en todos los lugares de su reino.*

Estas cartas fueron presentadas al parlamento el año 1658 y fueron registradas.

Capítulo 4

El primer proyecto de la institución de las religiosas de la Visitación, cambiado por san Francisco de Sales.

Realizado luego por el señor Vicente en el establecimiento de las Hijas de la Caridad.

No cabe duda de que Dios ha confirmado en el cielo el juicio que el poder eclesiástico y secular ha pronunciado en la tierra en favor de este instituto, y que ha tenido gran parte en la aprobación que el Hijo de Dios ha dado en su Evangelio a las obras de caridad, y del que debe dar un público testimonio a la vista de los ángeles y de todos los santos. Como esta compañía está tan conforme con sus máximas, lo es según su espíritu y su corazón. Pero para hacerla aún más digna de su aprobación, esta piadosa fundadora la quiso poner bajo la protección de la santísima Virgen, por medio de un sacrificio que ella pidió al señor Vicente que ofreciera a Dios en su honor en nombre de toda su compañía, el mes de diciembre del año 1658.

San Francisco de Sales había propuesto este proyecto de caridad, cuando comenzó el establecimiento de su orden. Este gran santo había reunido al principio a unas damas bajo la dirección de la señora de Chantal sólo para ocuparse de la asistencia de los pobres enfermos bajo el título de Hijas de la Visitación; y habiendo su ejemplo extendido este instituto hasta la villa de Lyon, viendo el señor cardenal de Marquemont, que estaba allí de arzobispo, que muchas hermanas se comprometían en él, creyó oportuno meterlas en clausura. Habiendo ido a ver a este santo prelado para presentarle este proyecto, encontró en su espíritu una entera deferencia hacia sus sentimientos. Francisco de Sales no tuvo en consideración el compromiso que él pudiera tener para con la institución que él había comenzado: sin pararse en las muchas razones que podía tener para mantenerla, accedió al juicio de este arzobispo con una humildad extraordinaria; miró sus opiniones como órdenes que le marcaba la Providencia divina, cuya dirección quería él seguir, viéndola antes en los sentimientos de los demás que en sus propias luces. Y decidió con él meter a las Hijas de la Visitación en clausura en forma de religión, y cambiar el proyecto primero que se había propuesto.

Pero no quería Dios dejarlo mucho tiempo sin realizar, y sacó a flote poco después, por la institución de las Hijas de la Caridad, lo que se había proyectado en el primer establecimiento de las Hijas de la Visitación; demostró que había permitido el cambio de este primer instituto sólo para hacer en la Iglesia una santa orden que, por la suavidad de su regla sirviese de retiro a las vírgenes y a las viudas débiles, que no podían entrar en religiones austeras. Pero no tardó mucho en renovarlo para bien de los pobres; hizo que Vicente de Paúl llevara a cabo la obra cuyo plan había trazado este santo obispo, y se sirvió de su ministerio para formar, bajo la dirección de la señorita Le Gras, la congregación de las Hijas de la Caridad, que había sido comenzada bajo la dirección de la señora de Chantal.

Una compañía consagrada al servicio de los pobres no podía estar encerrada en los claustros y separada del trato con el mundo; había que prescribirle una manera de vida regular que fuese compatible con sus tareas, y que le dejase la libertad de ir por las calles y las casas.

Este es un instituto que, según las palabras de este fundador, referidas por el ilustre historiador de su vida, tiene por monasterio las casas de los enfermos; por celda, una habitación, frecuentemente de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles; por clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; por velo, la santa modestia.

Capítulo 5

Enfermedad de la señorita Le Gras.
Virtudes que demuestra en su muerte.
Su sepultura.

He aquí cuál ha sido el establecimiento de la Compañía de las Hijas de la Caridad y de qué manera esta obra tan útil a la Iglesia después de haber sido bosquejada durante varios años, ha sido acabada en su última perfección. No faltaba ya a la gloria de su fundadora más que recibir del cielo la recompensa de una institución tan santa, de tantos trabajos y obras de piedad, que habían sido la ocupación de su vida. Hacía mucho tiempo que ella estaba sujeta a graves achaques; y ya el año 1647, el señor Vicente había escrito al señor Blatiron, superior de los Sacerdotes de la Misión de Génova, en estos términos:

Considero a la señorita Le Gras como naturalmente muerta desde hace diez años; y al verla se diría que sale de la tumba; tan débil está su cuerpo y tan pálido su aspecto. Pero Dios sabe qué fuerza de espíritu tiene. Sin las frecuentes enfermedades que sufre y el respeto que tiene a la obediencia, iría muchas veces de un lado a otro a visitar a sus hijas y trabajar con ellas, aunque no tenga más vida que la que recibe de la gracia.

Se puede decir en opinión de este gran hombre, que la gracia, que se quería servir de su ministerio para la ejecución de un proyecto tan importante, la sostenía en medio de sus enfermedades continuas, hasta que éste fuera realizado, y que es ella la que le ha dado la fuerza y el celo para entregarse infatigablemente a tareas tan amplias y tan penosas.

En el año 1656 sufrió una grave enfermedad y dijo al señor Vicente que creía que era una llave para salir pronto del mundo, suplicándole que, como necesitaba aprender a prepararse bien a ello, le concediera por favor esta caridad, para no naufragar al cabo de esta navegación.

Dios, que le destinaba una muerte preciosa, quiso que se dispusiera a ella mucho tiempo antes, y que se pusiera en actitud de realizar con más mérito esta última acción, que corona todas las demás, después de haberla ensayado varias veces. Durante su vida, la había hecho el tema más frecuente de sus oraciones, y tenía la costumbre de consagrar particularmente el día de su nacimiento, entre los días del año, a esta importante meditación. En la creencia que tuvo de que moriría de esta enfermedad, se preparó a ella con todos los ejercicios de la piedad cristiana. Pero aún no había llegado el tiempo de consumir su carrera, y queriendo Dios reservarla algunos días para aumentar su gloria, entró en convalecencia; y cuando dio la noticia a una de sus hijas, le dijo cuáles eran las disposiciones de su alma en los diferentes estados de su vida, con esta carta que le escribió: *No le ha parecido bien a la bondad de Dios borrarle de la faz de la tierra, aunque haga tiempo que lo merezco. Hay que esperar la orden de la Providencia con sumisión; debemos estar todos los días en este estado, sea para la muerte de nuestros próximos, o para la nuestra, o para todos los acontecimientos desgraciados, de modo que la divina voluntad no tenga motivos de quejarse de que no hayamos seguido sus órdenes.*

Finalmente, el año 1660 finalizó la carrera de su vida. El 4 de febrero cayó enferma de una fluxión en el brazo izquierdo, con una fiebre alta, que aumentó en ocho días con tanta violencia, que se vio obligada a recibir el santo Viático y la Extremaunción. Cuando se le administró este último sacramento, dijo a su hijo, que asistía a esta ceremonia con su familia:

*Ruego al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por el poder que ha dado a los padres y a las madres de bendecir a sus hijos, que él os dé su bendición y **os desprendá** de las cosas de la tierra y os apegue a él. Vivid como buenos cristianos;* y poniendo sus ojos en las Hijas de la Caridad, les dio también su bendición, y les recomendó el amor a su vocación y la fidelidad en el servicio a los pobres. No hubo medios que no se emplearan ante Dios para pedirle su curación. Se recurrió a las reliquias de santos, y se le trajo una estola de san Carlos y una parte del corazón de san Francisco de Sales, por las que mostró mucha veneración. Como recibió un poco de alivio la noche siguiente, creyeron que era un efecto de la intercesión de estos santos con cuyas reliquias la habían tocado. Cerca de tres semanas estuvo luego sin fiebre y su fluxión disminuyó.

Pero el 9 de marzo, la fiebre volvió y apareció la gangrena en su brazo. Cuando se vio en este estado, el 12 de este mes, pidió recibir por segunda vez el pan de la vida; y cuando supo por una de sus hijas que el señor párroco de San Lorenzo le concedía esta gracia para el día siguiente, bendijo a Dios varias veces, con transportes de gozo y de gratitud. Teniendo su espíritu más libre en esta segunda comunión que en la primera, se aprovechó para prepararse a ella con más aplicación. Empleó todos los momentos del día precedente en reflexionar sobre la grandeza de este misterio y excitar en su corazón los sentimientos más tiernos y más sensibles de piedad; y no pudiendo retener dentro de ella misma su ardor, los expresaba con frecuencia al exterior ya con suspiros, ya con sentidas palabras; y, entre otras cosas, se le oía decir a intervalos durante la noche: *Señor mío, mañana os recibiré.*

Esta alma pura e inocente tuvo la dicha de recibirlo al día siguiente con tan santas disposiciones de las que estaba llena. Edificó y enterneció a todos los asistentes por los sentimientos de respeto y de amor que demostró en este acto; y exhortándola su pastor a dar una vez más su bendición a sus hijas, les dijo estas palabras, que les dejó como testamento y última voluntad: *Mis queridas hermanas, sigo pidiendo a Dios para vosotras su bendición, y le ruego que os conceda la gracia de perseverar en vuestra vocación para servirle en la manera que él pide de vosotras. Poned mucho cuidado en el servicio a los pobres; y, sobre todo, en vivir bien juntas en una gran unión y cordialidad, amándoos unas a otras para imitar la unión y la vida de Nuestro Señor: y rogad mucho a la santísima Virgen que ella sea vuestra única madre.*

Añadió que ella moría en una alta estima de su vocación y que, aunque viviera cien años, les seguiría recomendando siempre lo mismo.

Su enfermedad no fue capaz de interrumpir los ejercicios de su caridad: todos los días se informaba de si se cuidaba bien de los pobres de la parroquia, que los había en gran número, y a los que se les distribuía por entonces alimentos en la casa, y daba órdenes como si estuviera en perfecta salud. No hay virtud de la que no demostrara en ella acciones heroicas. Dio señales de una perfecta penitencia recibiendo su enfermedad como un justo castigo que ella decía haber merecido, y declarando públicamente que

era muy razonable que donde el pecado abunda habite el mal; que Dios hacía justicia en su persona y que haciendo justicia, hacía misericordia.

Mostró que estaba enteramente desprendida de la tierra y que tenía un deseo ardiente de unirse a Dios; y preguntándole una dama si no se alegraba de ir a poseer la gloria del cielo, le dio esta respuesta: *¡Ah!, es una cosa que no se puede expresar. Pero yo no soy digna.*

Finalmente, conservó siempre la igualdad de ánimo, la dulzura, la paciencia, la sumisión a Dios y las demás virtudes que había practicado en las diferentes pruebas de su vida.

Una de las mayores que tuvo jamás fue la que Dios le envió en esta enfermedad, privándola de la asistencia del señor Vicente. El se encontraba por entonces con una enfermedad tan grave que no pudo hacerle ninguna visita; y cuando ella le vio imposibilitado de prestarle, en el momento de la muerte, este oficio de caridad, que ella había deseado con tanta pasión, le mandó a pedir al menos unas palabras de consuelo escritas por su mano; pero, la prueba fue total para su virtud; este prudente director no creyó oportuno concederle esta gracia y sólo le envió uno de los sacerdotes de su compañía, con la orden de decirle de su parte que ella se iba delante y él esperaba verla muy pronto en el cielo. Aunque no había nada capaz de afectarla más que esta privación, la recibió con una moderación y una tranquilidad extraordinarias, y permaneció inseparablemente unida y adherida al beneplácito de Dios.

Después del 13 de marzo su enfermedad se fue agravando cada vez más hasta el 15. En este estado la fueron a visitar varias damas de condición, con las que había tenido tratos de caridad durante su vida. Pero no hubo una de la que recibiera mayores muestras de estima y amistad que de la señora duquesa de Ventadour, quien, habiendo tenido noticia de la gravedad de su estado, se vino a dormir a la casa de la comunidad el 14 de este mes para asistirle hasta la muerte. Sus hijas cumplieron en esta ocasión con todos los deberes que tenían para con una persona tan querida; y, temiendo esta caritativa madre que se vieran incomodadas por la asiduidad con que estaban junto a ella, les dijo el lunes 15 del mes, sobre las seis de la mañana, que no se preocupasen, que ella les avisaría cuando creyera que había llegado el momento. El señor Vicente, no pudiendo ir a verla ni a socorrerla por sí mismo, le mandó misioneros para ocupar su lugar junto a ella hasta el último momento de su vida.

A medida que ella sentía que se iba debilitando y acercándose a su fin, redoblaba los movimientos de su piedad, y expresaba los sentimientos de su corazón con palabras de las santas Escrituras, que pronunciaba de tiempo en tiempo en la lengua de la Iglesia que ella entendía. A veces decía con Job: *Miseremini mei, quia manus Domini tetigit me. Tened compasión de mí, porque la mano del Señor me ha tocado.*

Otras veces con David: *Respice in me et miserere, quia unicus et pauper sum ego. Mírame, Señor, ten piedad de mí, porque estoy solo y soy miserable.*

Hubo algún momento en que su espíritu se sintió agitado por la violencia de la fiebre, y dijo con inquietud: *Quitadme de aquí;* pero inmediatamente volvió en sí, y a un sacerdote de la Misión que le presentaba la Cruz y le recordaba que JESUCRISTO no había pedido salir de

ello, le respondió: *¡Oh, no!; él perseveró; y añadió enseguida: Vamos, que mi Señor me ha venido a buscar.*

Algún tiempo después, considerando el juicio de Dios que se acercaba y, llena de espanto, dijo estas palabras: *¡Oh Dios mío!, hay que aparecer ante el juez.*

Pero fue consolada con los sentimientos de la confianza que este eclesiástico le inspiraba, proponiéndole entre otras cosas este versículo del salmo: *Ad te levavi animam meam, Deus meus, in te confido. He elevado mi alma hacia tí, Dios mío, tengo confianza en ti.*

Para dar a entender que respondía a estos sentimientos, añadió enseguida lo que sigue: *non erubescam. Que no me vea confundida en mi esperanza; y a ejemplo de Gorgonia, hermana de san Gregorio Nacianceno, cuando estaba a punto de dejar el mundo, hablaba sólo en lenguaje de los salmos. Sus últimas palabras no eran otra cosa que una continua salmodia, o, para expresar mejor sus sentimientos, eran los santos afectos sacados de las santas Escrituras los que expresaban la confianza que ella tenía en Dios.*

Sobre las once de la mañana hizo levantar la cortina de su lecho para advertir a sus hijas, como les había prometido, que se acercaba su hora, y entró en la agonía, que duró alrededor de una media hora, durante la cual tuvo los ojos constantemente elevados al cielo. La señora de Ventadour, que había pasado parte de la noche junto a ella, no la abandonó hasta el último suspiro y tuvo la caridad de tenerle el cirio bendito. Hicieron por ella las oraciones de la recomendación del alma, que oyó hasta el final, respondiendo interiormente con los sentimientos de su corazón. Una vez más dio la bendición a sus hijas que estaban arrodilladas alrededor de ella, a petición de un sacerdote de la Misión, y ella recibió por su ministerio la bendición apostólica, que ella había obtenido del Papa Inocencio X, para ella y para sus hijas en el momento de la muerte, por un breve del 24 de septiembre de 1647. Luego hizo bajar la cortina de su lecho y cinco minutos después reposó en el Señor, y le entregó su alma el lunes de la semana de Pasión, 15 de marzo, entre las once y las doce del mediodía, a la edad de 68 años. El señor cura párroco de San Lorenzo, que estuvo allí en el final de su agonía, luego que expiró dio en presencia de la compañía este testimonio de su virtud, de la que él tenía un perfecto conocimiento por la confesión general que le había hecho: *¡Oh, qué bella alma, que lleva consigo la gracia de su bautismo!*

Su cuerpo estuvo expuesto sobre su lecho día y medio para satisfacer los deseos de muchas señoras, que quisieron tener el consuelo de verla una vez más después de su muerte y rendirle los últimos testimonios de su veneración y de su amor.

La enterraron el miércoles siguiente en la iglesia de San Lorenzo, en la capilla de la Visitación de la Santísima Virgen, donde hacía ordinariamente sus devociones; y, aunque ella había proyectado su sepultura en un cementerio cerca de la iglesia de San Lázaro, con el beneplácito del señor Vicente, éste juzgó más oportuno acceder a la petición del pastor de un depósito tan querido para su parroquia, y no separar el cuerpo de la madre de las cenizas de sus hijas que le habían precedido. Se cumplió en sus funerales la disposición que había consignado en su testamento, por la que ordenaba que no se hiciera en ellos otro gasto que el que se hacía para la sepultura de sus hijas, proclamando que, si se hacía de otro modo, sería declararla indigna de parecer que había muerto como verdadera hermana de la

Caridad y sierva de los miembros de JESUCRISTO, aunque nada estimaba más glorioso para ella que esta condición.

Como había recomendado que se pusiera cerca de su tumba una cruz con esta inscripción Spes unica, se puso una enfrente, en el muro de la capilla por fuera, por el lado del cementerio cerca del lugar de la sepultura de sus hijas, para que sirviera como de señal y divisa común a todas sus tumbas. Algunos días después, el señor Vicente mandó celebrar un oficio solemne en San Lázaro, al que asistieron con la comunidad los que entonces estaban de ejercicios preparándose para recibir las órdenes; e hizo que le rindieran este reconocimiento público, no sólo por la parte que ella había tenido en los proyectos de la Misión por medio del socorro a los pobres, sino también por el celo particular que había tenido por la reforma del clero, ya que acostumbraba durante su vida a ofrecer, en los tiempos prescritos para las ordenaciones, comuniones y plegarias para pedir a Dios obreros fieles, y había ordenado en su testamento que esta piadosa costumbre se conservase en su compañía.

No se puede desear una señal mayor de su bienaventuranza que la caridad de la que ella ha hecho profesión durante toda su vida, y en la que ha perseverado hasta la muerte. Es esta virtud la que hace a los santos y la que, según el sentir del Apóstol, es un don más excelente que la gracia de los milagros. Sin embargo, parece que Dios no se contenta con haber dado a conocer el mérito de esta sierva fiel por tantos bienes como él ha obrado por su ministerio; sino que incluso tiene algún designio de declararse, por medio de pruebas sensibles, sobre el juicio que ha pronunciado en su muerte; y que quiere manifestar su gloria por los hechos extraordinarios que hace aparecer en su tumba. De cuando en cuando sale de ella como un dulce vapor que expande un olor semejante al de la violeta y el lirio; de lo cual hay gran número de personas que pueden dar testimonio. Y lo que es más sorprendente es que las Hijas de la Caridad que vienen a orar sobre su tumba, vuelven a veces tan impregnadas de este olor, que lo llevan consigo a las hermanas enfermas en la enfermería de la casa. Podría yo añadir el testimonio de la experiencia que tengo hecha de ello varias veces, si ello fuera de algún valor en esta circunstancia; y podría decir que, después de haber tomado todas las precauciones posibles para examinar si esto no será efecto de alguna causa natural, no he podido descubrir ninguna a la que se le pueda atribuir. Pero de cualquier naturaleza que sea el olor que se desprende del sepulcro de esta sierva de los pobres, sale uno enteramente espiritual de los ejemplos de su vida, más precioso que todos los perfumes, que es una obra maravillosa de la gracia y la señal más gloriosa de su santidad: es ese verdadero perfume que penetra el corazón de sus hijas y que es para ellas un atractivo tan dulce y tan poderoso para comprometerlas en su imitación. Es ese perfume que embalsama todas las parroquias y a todos los pastores para inspirarles el amor y el cuidado de los pobres. Es, finalmente, ese perfume que no sólo se derrama sobre la tierra en la Iglesia de Dios, sino que ha subido hasta su trono y él lo ha recibido como un sacrificio agradable.

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

PENSAMIENTOS DE LA SEÑORITA LE GRAS

Recogidos de sus Meditaciones y de sus Conferencias

Capítulo I

PENSAMIENTOS SOBRE LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE JESUCRISTO

I. Sobre el Misterio de la Encarnación

1. Al hombre, que había sido creado por la todopoderosa mano de Dios, y hecho a su imagen y semejanza, habiéndose desfigurado a sí mismo por el mal uso de su parte más noble, que es la libertad de su voluntad, Dios, que no lo había hecho para perderle, le prometió enviar a su Hijo para merecerle misericordia. Esta obligación por la que Dios se comprometía con el hombre, aumentó desde entonces el amor que este todopoderoso tenía por su creatura: no respecto a Dios, que no puede aumentar ni disminuir nunca en ninguno de sus atributos, sino respecto al hombre, a quien esta unión de Dios con la naturaleza humana en la idea de Dios, hace más amable a su divinidad.

2. Después de los siglos que la longanímidad divina había resuelto dejar pasar, queriendo Dios mostrar al hombre la fidelidad de sus promesas, su Hijo, que es la Sabiduría eterna, tomó carne humana para hacer que la imagen de Dios, borrada en el hombre por el pecado, fuese ventajosamente restaurada por este medio de gracia y de amor. ¡Oh efecto de una infinita bondad! ¡que un Dios, en cierto modo, no pueda o no quiera ya nunca estar separado del hombre!

3. Pero, oh Dios mío, ¿cómo o de qué medio te has servido para este resultado tan admirable de tu bondad? Podías, oh Todopoderoso, sin la ayuda de la creatura, formar un cuerpo humano, y eso hubiera sido siempre un resultado de tu omnipotencia milagrosa. Pero has querido actuar milagrosamente y servirte al mismo tiempo de la naturaleza humana en la persona de una Virgen, no desdeñando nuestra bajeza, oh grandeza infinita. Lo que nos muestra que el designio de Dios era verdaderamente la unión íntima de nuestra naturaleza con su divinidad, a lo que el pecado se oponía.

2. Sobre la Anunciación de la Virgen

4. Queriendo Dios dar a conocer la grandeza de su obra en el hombre, usó con él una cierta manera de igualdad¹ enviando un arcángel como embajador a su débil creatura, para saber si ella quería contribuir a esta unión. ¡Oh admirable amor!, en la creación has hecho un hombre que, por su consentimiento, ha perdido a toda la naturaleza humana: y queriendo

restituirle a la gracia por vía de redención quieres el consentimiento de María para hacer al Hombre-Dios, haciendo que un Dios sea hombres. ¡Oh hombre, qué elevada es tu baja! ¡Oh debilidad humana cuánto poder tienes! ¡Oh Dios, verdaderamente tus secretos son inescrutables! ¡no puedes recibir consejo más que de ti mismo en la ejecución de un amor tan poderoso!

5. Sigamos, alma mía, al embajador y oigamos el saludo de un Dios a su débil creatura, hecho por otra creatura más noble que ella en su naturaleza, que le dice: Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. ¡Oh palabras admirables! Jamás se dirán a otra que a ti, oh santa Virgen, en quien habita la plenitud de gracia como una consecuencia necesaria del designio de Dios para ti.

6. Oh santa Virgen, hay que dar respuesta: ¿y cómo aceptarás tú la proposición del ángel? No puedes faltar a la fidelidad a Dios, al que has hecho voto de tu virginidad; tampoco es razonable que, habiéndote elegido Dios para cumplir la promesa que su bondad ha hecho al hombre de darle su Hijo, tú le seas infiel. Y esto es lo que te hace esperar a que se te asegure que la virginidad te será conservada, para decir estas santas palabras: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum. He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". ¡Oh palabras todopoderosas al ser proferidas por la voluntad de Dios, que las hace eficaces! Estas palabras son, oh digna Madre, las que nos dan a conocer la sólida humildad de tu alma, infundida en ella con el conocimiento de Dios y de tu ser dependiente de su omnipotencia.

7. Virgen sagrada, tu humildad cede a la verdad, porque abajándote con estas palabras "he aquí la esclava del Señor", ellas te elevan, haciéndote aparecer verdaderamente como la única sierva del Altísimo que, no habiendo tenido nunca necesidad de nadie, da a conocer que le eres necesaria para su designio. ¡Oh muy admirable sierva del Señor, que pronuncias, para cooperar en el misterio de la Encarnación, la palabra "fiat" de la que se sirvió Dios en la creación! Tú quieres, oh gran Dios, que esta misma palabra salga de la boca del honor de nuestro sexo, antes de que sea formado el nuevo hombre, para indicarnos que ha sido en un débil sujeto en quien has realizado este acto de tu misericordia todopoderosa.

8. Considera, oh alma mía, el efecto de esta palabra "fiat", ¿Puedes mantenerla, santa Virgen? Si las palabras del ángel te han causado gran extrañeza, ¿qué habrá sido cuando el Verbo se ha hecho carne en ese mismo instante en tus sagradas entrañas? ¡Oh maravilla de las maravillas! ni el mundo ni cien mil mundos podrían acoger al autor de este misterio y MARIA lo tiene en su seno.

9. ¿Es posible, oh santa Virgen, que tu alma no se haya quedado totalmente extasiada en esta admirable operación? Esto no podía ser sin especiales comunicaciones de la Divinidad, que te abismaban en el verdadero amor, recibiendo esta dignidad por el amor mismo.

10. La elección que Dios ha hecho de una creatura para enviar una embajada a esta Virgen para la realización de la Encarnación de su Hijo, me hace conocer que no hay que contentarse con hacer el bien a otro y procurárselo; sino que tiene que ser de una manera suave; y que se propongan las cosas que hacer, dejando a las personas en libertad. La

respuesta de la santa Virgen, que testifica haber hecho voto de virginidad, me enseña cuánto agrada a Dios lo que sus criaturas le dan. Y el cumplimiento de la promesa de Dios haciéndose hombre en sus entrañas, en el mismo momento en que ella ha dado su consentimiento, me hacer ver que Dios se da infinitamente a las criaturas que le son fieles en sus promesas.

3. Sobre la Visitación de la Virgen

11. Tú eres, oh Virgen sagrada, un vaso rebosando de gracia, según las palabras del ángel, y sin vaciarte, esas gracias se derraman sobre nosotros.

12. Tú quieres, Dios mío, que esta verdad sea reconocida con un acto de caridad, que tu Espíritu inspira a esta querida Esposa, conduciéndola hacia santa Isabel. Es el primer efecto que el espíritu de JESUS realiza. Héte aquí, oh santa Virgen, madre e hija de una perfecta caridad. Dios quiere que tú cooperes con su poder por tu acción para hacer eficaz la Encarnación de su Hijo, santificando a san Juan en el vientre de su madre. Enseñándonos, con este efecto tan admirable, que tu divino Hijo no quiere sólo que nosotros sirvamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales, sino también y principalmente que hagamos todo lo posible para contribuir a la salvación de las almas.

4. Sobre la duda de san José

13. Tú sufres una prueba en el punto más querido por las de tu sexo, que es la credibilidad de tu pureza, tanto para el respeto que debes a tu esposo, como para la gloria de los efectos de Dios en ti; y sin embargo te mantienes en paz, pese a que a tu vuelta de las montañas tu gravidez aparezca ya a san José, lo cual le mete la duda en el espíritu. Oh, qué abandono en la divina Providencia, que tampoco falla, justo en el momento preciso, en hacer avisar a tu esposo de que no debe temer nada, diciéndole por medio de un ángel “que lo que ha nacido en ti es del Espíritu Santo”.

Almas pusilánimes! ¡Almas demasiado pendientes de la prudencia humana! verdaderamente no sois todo de Dios, como la digna María, Madre de JESUS. ¡Qué lección nos das, Virgen santa, a nosotros que queremos aspirar a la dignidad de tenerte por única Madre, de abandonarnos enteramente a la Providencia en las ocasiones en que nuestro *honor es atacado!*

5. Sobre el estado de Jesucristo en el seno de la Virgen

14. Estás, oh divino infante, por espacio de nueve meses en el seno de tu digna Madre, como en un estado de encarcelamiento; y durante este tiempo ella sola te posee. ¡Qué amable eres en sus entrañas, pequeño infante pero gran Dios! Infante respecto a María que, según la ley de la naturaleza da crecimiento a tu cuerpo; pero gran Dios, a quien yo honro, siendo creador de tu Madre y su redentor por previsión. Tú te haces sentir a esta querida Madre, no sólo por tus pequeños movimientos corporales, que sirven a su corazón para advertirle que se vuelva hacia el tuyo y conversen juntos de tus más queridas caricias; sino que también, oh Hijo bien amado, tus divinas comunicaciones van más allá. ¡Oh, qué de secretos le revelas, divino Niño, que estás por encima de la impotencia de los infantes de hacer el bien a sus madres! Tú la llenas continuamente de nuevas gracias, aumentando en ella proporcionalmente la capacidad para recibirlas.

15. ¡Qué distinto es tu estado de encarcelamiento, JESÚS mi amor, al de los otros infantes, que quita a sus madres sus fuerzas y su coraje reduciéndolas al estado de no poder actuar sin temor! En ti, santa Virgen, es totalmente distinto: tu corazón y tu cuerpo quedan fortalecidos en él; pero eres la única que conoces sus medios y experimentas sus suavidades; y lo que nos da la prueba es la vida de JESUS en ti, que eres la única que puede decir "vivo yo, no yo, sino que JESUS vive en mí".

16. Lo he dicho y es verdad: que tú sola posees a JESÚS en este estado de encarcelamiento; pero como él te da perfectamente su espíritu, te alegras en que toda la naturaleza participe en ello. Es, pues, por todos los hombres, oh mi JESÚS, por quienes tu permaneces ahí. Permítele a mi corazón, que querría estar totalmente consumido por el amor del Hijo y de la Madre, que te pregunte, Niño-Dios, qué haces en este estado, permaneciendo en él un Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y sin embargo el único personalmente unido a nuestra naturaleza. Tú realizas ahí el principio de todos los misterios de nuestra redención. Ahí reparas, por la santidad de tu concepción, la corrupción del pecado que los hombres han contraído en su origen. Tu cuerpo crece y se fortalece para el cumplimiento del designio de tu encarnación y para hacerlo capaz de una vida ejemplar sobre la tierra. Como eres perfectamente razonable desde el primer momento de tu vida, conoces tu felicidad de estar tan estrechamente unido a la divinidad y le rindes los homenajes que le debes: y no ignorando nada de lo que podía agrandar a Dios, y conociendo su designio en esta encarnación, accedes a él voluntariamente, y te ofreces y te consagras enteramente a Dios para sufrir y actuar de todos los modos que él quiera. Bendito seas por siempre por el conocimiento que tu bondad me da, y une para siempre mi voluntad a la tuya ¿Qué haces, una vez más, oh mi único amor JESÚS, durante tu permanencia en el seno de la Virgen? Pergeñas el admirable testimonio que nos quieres dar de tu perfecto amor por el don de tí mismo en el augustísimo y adorable Sacramento del altar. Que todos los días de mi vida honren este estado lleno de maravillas continuas.

17. Oyendo hablar de este estado misterioso, en el año 1642, un poco antes de adviento, me apliqué a él con una reflexión particular, y me vino un nuevo conocimiento de él, con el deseo de honrarlo con algunas plegarias apropiadas a este propósito. Yo he seguido con este ejercicio de devoción desde ese tiempo, con la intención de pedir a Dios, por la encarnación de su Hijo, y por las plegarias de la santa Virgen, la pureza necesaria a la Compañía de las Hijas de la Caridad, y la estabilidad de esta Compañía, según su beneplácito.

6. Sobre su Nacimiento

18. El Hijo de Dios no viene a este mundo de una manera en consonancia con su grandeza, sino lo más bajamente que se podría imaginar, oh alma mía, para que tuviésemos más libertad de acercarnos a él, lo que debemos hacer con tanto más respeto cuanto más humilde aparece ahí.

19. Estando la Virgen próxima a dar a luz, se vio obligada, por el rechazo de los posaderos de Belén, a retirarse a un pobre establo, y tener allí su santísimo y divino parto. Pero, Dios mío, ¿qué aprestos hay allí? ¿dónde están las personas para la recepción de este divino infante, Dios y hombre? Nada aparece allí sino la meditación de la Virgen y la devoción de san José.

Tampoco había en el mundo nadie digno de tal honor. ¿No hubiese sido hacerte injusticia, santísima Virgen, pretender este bien? Tú sola lo debías poseer enteramente en esa situación.

20. El pesebre es el trono del reino de la santa pobreza. Mucho he deseado ser admitida en él. Siendo esta virtud la más amada del rey de los pobres. Lo que hace ver en que no es reconocido más que por los que lo son de verdad. Y por este motivo descubre su nacimiento por medio de voces celestiales, para asegurar que es Dios mismo quien honra este estado".

21. Viendo abajarse tanto la grandeza de Dios, no sólo haciéndose hombre, sino eligiendo hacerse uno de los más pobres, he creído que para el cumplimiento de los designios de Dios sobre la tierra, en cosas costosas, hacía falta mucho coraje y que trabajasen en humillarse y que para ello Dios escogía algunos de muchos bienes y de elevada condición, pero que jamás éstos adelantaban nada sin que Dios los hubiese humillado del modo que quisiere.

22. Este Dios, naciendo en la obscuridad y el abandono de las creaturas, me enseña la pureza de su amor que no se manifiesta a los hombres, sino que se contenta con hacer por ellos lo que puede. De donde debo aprender a mantenerme oculta en Dios con el deseo de servirle, sin buscar el testimonio de las creaturas, y mi satisfacción en su comunicación, contentándome con que Dios vea lo que quiero ser para él.

23. También pide de nosotros por su Encarnación, no sólo el reconocimiento por nuestra redención y por nuestra salvación, sino que quiere que, como él ha descendido personalmente del cielo para unirse a la tierra, nosotros nos elevemos por encima de las cosas terrestres y sensibles, para unirnos a su divinidad, y que no nos separemos nunca de él por el pecado, viendo la unión indisoluble de nuestra naturaleza con su persona divina.

7. Sobre su Epifanía

24. Dejémoslo todo, oh alma mía, para adorar a este Niño-Dios, nuevamente nacido. Vayamos con los reyes a postrarnos a sus pies, no obstante todas las bajezas que aparezcan en ese lugar. Paremos sólo la mirada de nuestro entendimiento en el conocimiento que nos da la fe de que este es nuestro Dios, pero un Dios anonadado, un Dios hecho humilde para abajar nuestro orgullo, un Dios abajado para exaltarnos, un Dios que nos ha nacido por amor y para darnos su amor. Pero aprendamos de esos Magos cómo debemos acercarnos a este temible Niño. Están muy alejados de Belén, es verdad, y en eso es en lo que aparece su bondad y su poder; lo que nos da seguridad a nosotros pecadores, alejados de su gracia, de poderlo encontrar, con tal que correspondamos a sus santas inspiraciones, como los reyes al aviso de la estrella. Ya veis cómo se dejan conducir por ella.

25. Pero antes de ponerse en camino, hay que dejarlo todo como ellos. Ahora bien, Dios mío, yo los quiero seguir y dejar todas mis malas costumbres, pero principalmente tres malas inclinaciones que me impiden totalmente tu santo amor. Deseo, pues, dejar la flojera en tu servicio, y presentarte en lugar de ella el incienso de una perfecta oración; despreciar los deleites, para ofrecerte la mirra del ayuno y las mortificaciones; y desterrar enteramente de mí los afectos desordenados a las creaturas, sacrificándote por la limosna el oro y los bienes que me has dado.

8. Sobre su Presentación en el Templo

26. No basta, oh Dios mío, que me hayas dado a conocer que la humanidad santa de mi Salvador se ha consagrado enteramente a tu divinidad para la ejecución del rescate humano. Me quieres hacer ver cómo empieza puntualmente a obedecer la ley en su presentación en el templo: en la que, si se me permite creerlo, él ha renovado los votos hechos en el momento de su Encarnación. ¡Oh sujeción, aunque voluntaria, en mí JESUS! hazme tan feliz de rendirte a ti y a mis superiores la obediencia que necesariamente te debo, y que la dé voluntaria por el nuevo compromiso que te quiero hacer de mi libertad.

27. ¿Quién eres, Dios mío? ¿y quién es el hombre respecto a ti? Tú eres su omnipotente creador y el hombre es tu creatura dependiente de ti en todas las cosas; y sin embargo tú quieres, por una especie de compromiso, prometerle antes de dárselas las gracias particulares que le quieres dar; y una de estas promesas es lo que realizas para con san Simeón a quien habías revelado por tu Santo Espíritu que no moriría sin haber tenido antes la dicha de verte". En el templo es donde te descubres a él. ¡Qué bien se está en tu casa, oh Dios mío, perseverando allí en tu servicio! Ahí es donde cumples la verdad de tus promesas y donde nosotros podemos, como este hombre justo, recibirte en nuestros brazos.

9. Sobre su vida oculta desde los doce a los treinta años

28. JESUS crecía ante Dios por los actos reiterados de las virtudes de su santa alma: y ante los hombres, por el conocimiento que iban teniendo poco a poco de su excelente virtud. Tenemos que honrar este estado, mis queridas hermanas, por el deseo del acrecentamiento de la gloria de Dios en nosotros.

29. Este Salvador ha venido a cumplir la voluntad de Dios su Padre; la ha estado haciendo durante toda su vida, y viendo que la vida corriente tenía más necesidad de ejemplo, le ha dado más tiempo; y siempre en la práctica de la perfección evangélica, puesto que ha escogido la santa pobreza, la pureza y la obediencia.

30. Para honrar esta vida oculta que nuestro querido Maestro ha llevado desde los doce a los treinta años, debemos practicar las virtudes que más han aparecido en él en este estado, que son la devoción, la sumisión y el amor al trabajo: estas son las virtudes que el evangelio señala más particularmente en él durante este tiempo, en el que nos dice que "él crecía en sabiduría y en gracia, que estaba sujeto a la Virgen y a san José, y que trabajaba con él".

10. Sobre su Bautismo

31. Nuestro divino modelo ha comenzado el ejercicio de su oficio para la salvación de los hombres, por el más grande acto de humildad posible, es decir, su bautismo, por el que nos enseña que debemos conservar una bajísima estima de nosotros mismos, y recurrir a la gracia para trabajar útilmente en el bien de nuestro prójimo, y para perseverar en ello.

32. Hay que notar que, al salir de su bautismo, comienza la instrucción del pueblo con las mismas enseñanzas que hacía san Juan, y que predicaba como él: "haced penitencia, porque el reino del cielo está cerca". En esto, las Hijas de la Caridad deben considerar que, si ellas preparan el camino del Señor en las almas de los pobres, amonestándolos a que hagan

penitencia de sus pecados y anunciándoles el reino de Dios, Nuestro Señor confirma sus palabras, y enseña las mismas verdades en el corazón de las personas a las que ellas instruyen.

11. Sobre su Tentación

33. Sigamos a nuestro Maestro, y veamos a qué lo expone la Providencia de su Padre, en el tiempo en que quiere que sirva de ejemplo a los que su bondad llama a trabajar por el prójimo. “Lo hace conducir por su Espíritu al desierto para ser allí tentado”.

¡Qué lección para nosotras, mis queridas hermanas! ¿No es ése el camino de las Hijas de la Caridad? Tenéis que dejaros conducir sin temor alguno por el Espíritu Santo, para ser tratadas como el Hijo de Dios. ¿Quién otro que este Espíritu os separa del mundo para retiraros en pequeñas habitaciones para el servicio de los pobres, donde estáis expuestas a las tentaciones? Tenéis que decidir os y preparar os a ello; y para superarlas, debéis preparar vuestras defensas sobre las de nuestro Modelo, que se contentó con oponerles la voluntad de Dios y sus promesas. Si la tentación os incita a gustar los vanos placeres del mundo, oponedle que “la palabra de Dios es más que suficiente para saciaros”.

¿Os propone volver a los peligros y precipicios de la condición de la que habéis salido?, decidle que “no queréis tentar a Dios”, el cual sabía bien que estabais en peligro, puesto que os sacó de allí por su bondad. Si os presenta los honores y vanidades de la tierra, guardaos de volver la espalda a Dios, que ha usado de tanta bondad con vosotras; “y temed que, volviendo el rostro a las creaturas, cometáis infidelidad con el Creador”.

12. Sobre sus predicaciones y sus milagros

34. Parece, mis queridas hermanas, que el resto de la vida de Nuestro Señor después de su tentación y ayuno, es más para admirar que para imitar, porque la ha pasado toda haciendo milagros casi continuamente y predicando. Sin embargo, sois tan dichosas que vuestra vocación os pone de alguna manera en el ejercicio de sus santos empleos. Esto lleva a que debáis aplicar os con respeto, sirviendo a vuestros enfermos, a mirar y querer honrar las curaciones milagrosas que él ha hecho. Aunque vosotras no hagáis manifiestamente tales acciones heroicas, ¿qué sabéis vosotras si alguna vez la bondad de Dios, mirando a los méritos de las acciones de su Hijo a las que vosotras unís las vuestras, no derramará tal bendición sobre vuestro trabajo que saque a las personas del peligro de la muerte?

35. Y en cuanto a sus predicaciones, ¿no las podéis honrar por medio de los pequeños avisos e instrucciones que dais tanto a vuestros pobres enfermos como a los niños? Aunque seáis ignorantes, la perfecta caridad os basta con la gracia para convertir a las personas a las que decís lo que Dios os da para que se lo digáis; pero cuidado, que es necesario que estas palabras vayan acompañadas de una gran humildad y confianza en Dios, y que vosotras os mantengáis siempre unidas a JESUCRISTO por un amor de imitación: por este medio es por el que participaréis en los méritos de sus santas y divinas acciones, sin las que todas las nuestras no son más que humo y una verdadera nada en la presencia de Dios.

36. Para nosotros, un gran testimonio del amor que Dios tiene por nosotros es que se ha complacido en enseñarnos por medio de su Hijo, que fuésemos perfectos como él es

perfecto: “debemos esperar de su misericordia que, así como él es impecable por naturaleza, nos concederá la gracia de ya no querer pecar, y, por su bondad, nos hará participantes de las virtudes que están en él esencialmente”.

37. Os ruego, mis queridas hermanas, que estéis muy atentas a todas las verdades que nos ha enseñado cuando predicaba en la tierra. Las hermanas de la caridad deben hacer de ello un estado muy particular, pensando que es a ellas a quienes este buen JESUS habla en todas las instrucciones que da al pueblo, y sobre todo en los consejos que da a sus apóstoles y a los que llama a la perfección. Y, ¿sabéis cómo podéis oír estas mismas instrucciones? Cuando se os hace la lectura de los temas de la meditación y cuando vosotras hacéis la oración; ahí es donde este divino Esposo habla a vuestras almas.

13. Sobre su pasión

38. Viendo al objeto de la alegría eterna de todo el mundo lleno de tristeza, he creído que la causa de ella estaba en otro que no era él; y que no era sólo a la vista de lo que él debía sufrir, sino que su amor, teniendo conocimiento de mis ingraticudes y mis infidelidades, tenía dolor por ellas. Esto me debe servir de motivo para excitarme a su servicio y para honrar esta santa tristeza por medio de una más fiel práctica de mis reglas, y por el descontento de haberle ofendido.

39. En consecuencia de la primera resolución que había tomado de rescatarnos, se resigna a la voluntad de su Padre en el tiempo de su Pasión. Esta resignación no ha sido dolorosa sólo en el momento de su oración en el huerto, sino en todos sus sufrimientos, porque naturalmente una pena hace temer otra pena. ¡Oh alma mía, qué grande ha sido siempre tu relajación, no tener suficiente coraje para someterte, no sólo en las ocasiones de sufrir, sino dejarte tantas veces abatir con la sola imaginación de una pena o aflicción aguardada! Dios mío, haré en esto, de ahora en adelante, lo que quieras de mí, y me serviré del ejemplo de tu Hijo para endulzar mis penas y para llevarlas con él en el recuerdo de sus dolores.

40. Cuando considero la envidia y la alegría que sienten los judíos de tenerlo, me represento en su ceguera la de los pecadores, que frecuentemente toman el mal que hacen por un verdadero bien, y que se consideran dichosos cuando pueden satisfacer sus pasiones.

41. El se deja arrestar por sus enemigos y no quiere actuar como señor y amo, aunque les hace sentir el poder de su palabra echándolos por tierra. Como ha cargado con nuestros pecados, quiere sufrir sus penas. En este pensamiento, me he ofrecido a Dios para la ejecución de su justicia; reconociendo que, puesto que he sido yo quien ha pecado, es razonable que sea castigada.

42. Ami espíritu le ha costado trabajo concebir cómo podía sufrir él estando su humanidad tan unida a su divinidad. Pero creyéndolo tan verdaderamente hombre como Dios, he visto que, como hombre, sufría los dolores, y era ofendido como Dios. Esto me ha dado un gran horror al pecado, viendo que se dirige contra Dios mismo. Y el de los judíos me ha parecido mucho menor que los que yo cometo y todos los pecadores, puesto que ellos no creían que JESUS fuese Dios, pero nosotros conocemos su divinidad y sabemos lo que ha hecho por nosotros.

43. Viendo a Barrabás preferido a JESÚS, he resuelto amar a JESÚS de tal manera que ya nunca oponga nada a su amor, suplicándole que me dé suficiente fuerza y coraje, no sólo para preferirlo a todas las cosas, sino para hacerlo amar y preferir por otros.

44. La poca valentía que Pilatos ha tenido de no librarlo, juzgándolo inocente, por temor a desagradar al César, hace ver que el interés es una tentación muy peligrosa. He pedido a Dios la gracia de verme enteramente libre de ella y de no separarme nunca de la justicia por ninguna consideración. Y la conducta de Dios que permite que su Hijo sea injustamente condenado, me enseña a someter mi juicio a su Providencia en los desprecios y malos tratos que él permite de ordinario que suceda a los justos.

45. Yo debo imitarlo como una esposa trata de conformarse a su esposo: y por tanto, puesto que para darme mayores testimonios de su amor, ha elegido el estado más ignominioso, haré la elección que él quiere que haga, de la manera más abyecta que pueda, y en el lugar en que haya menos motivo de contento según el mundo.

46. Las injurias y los oprobios que recibe en sus sufrimientos y particularmente en su coronación, hacen la reparación a su Divinidad por el pecado de orgullo, que es la fuente de todos los demás. Y estas apariencias de desprecio son verdaderos testimonios de su soberanía contra la intención misma de sus enemigos, ya que por este medio es por el que triunfa gloriosamente. Y por eso, me he sometido a su obediencia, no queriendo vivir ya más que sujeta a este rey menospreciado por los hombres, conformando a él mi vida en todo lo que pueda.

47. Es coronado cuando se acerca su muerte, y como el fin corona la obra, la corona está sobre su cabeza como para perfeccionar todos los sufrimientos de su vida y de su pasión, “y él aparece adornado con esta diadema que la divina Providencia le pone el día de sus desposorios”, que se deben consumir sobre la cruz.

48. Llevó su cruz como un rey que, no contento con hacer la guerra por medio de otro, lleva él mismo sus armas con las que quiere ser victorioso y hacer a Dios su Padre entero poseedor de la gloria que se le debe sobre los infiernos, sobre el pecado y sobre el hombre. Me he rendido, pues, a este Rey para someterle y conservar lo que justamente ha conquistado en mí; y me he ofrecido a su Majestad para seguirle, pues ha permitido que su cruz haya sido llevada por otro con él. Yo he resuelto tomar la mía, como él me ha enseñado, es decir, todas las aflicciones que plega a su bondad enviarme, ofreciéndoselas ya desde ahora para ser unidas con las suyas a fin de que se me aplique el mérito de éstas.

49. ¿No queréis, mis queridas hermanas, seguir a este JESÚS tan amable, aunque esté cargado de llagas y con la cruz? Me parece que os veo cargadas del modo que nos ha propuesto, y que todo llenas de amor y de coraje, decís con el apóstol santo Tomás, “vayamos y muramos con él”. Estoy segura de que tantas cuantas sois, desearíais mucho haber asistido a este espectáculo tan doloroso como amoroso de nuestro querido Señor y Maestro. Es necesario que en vez de ello, el dolor y el amor os lo hagan presente, como a san Francisco, a santa Catalina de Siena y a otros; no que pretendáis estas sagradas marcas que han quedado en ellos, sino que, estando atentas a lo que pasa a JESÚS en la cruz, se formen tan

poderosos hábitos de ello en vuestras voluntades, que obréis de este modo. Oh, mi queridísimo amor, pienso seriamente no desear estas cosas con demasiada presunción, puesto que tú nos haces el honor de llamarnos a tu imitación.

50. No basta honrar el oficio de este Salvador en la tierra con el empleo de vuestro tiempo, hay que seguirle hasta la muerte; y manifestarle que así como queréis acercaros a la imitación de su vida por las acciones de la vuestra, queréis también aprender de sus sufrimientos y de su muerte los medios para hacer la vuestra dichosa.

51. Llegas, mi queridísimo amor, al Calvario con tu cruz. Te veo echarte sobre este palo, para clavar y cautivar en él tus miembros y ponerlos en estado de no poder actuar. Es, amor mío, que me quieres enseñar que, antes de darme a ti, debo cautivar totalmente mi propia voluntad y no encontrar extraño que me vea impedida alguna vez de hacerla. Si los hombres piensan en algún modo limitar tu poder, yo lo veo actuar más: porque aunque tus santas manos estén atadas, tú haces las mayores obras. Haces temblar toda la tierra, hiendes las piedras, abres los sepulcros, haces eclipsarse el sol; y lo que es más admirable aún, expías nuestros pecados y culminas la obra de nuestra salvación.

52. Como habías empezado tu pasión con penas interiores así la terminas, viendo a tu santa Madre presente, que toma tanta parte en tus dolores. Aunque ella te ame tan tiernamente y esté tan sensiblemente tocada, se muestra sin embargo muy valiente, y en este estado es en el que dice más que nunca: Que se cumpla la voluntad de Dios. Has querido servirte de ella en la redención del género humano; y como en tu Encarnación has solicitado su consentimiento y has querido que ella consintiera a tu santa voluntad expresada por el ángel; has querido también, para la mayor perfección de su alma, que estuviese presente en tu muerte y que consintiera en ella con tu voluntad. Después de este ejemplo, oh Dios mío, no es ya tiempo de ser infiel; con todo mi corazón, pues, mi querido amor, deseo por siempre que tu santa voluntad se haga en mí, de mí y de todo lo que me pertenece. Ayúdame, Virgen santa, con tus oraciones a ejecutar lo que Dios pide de mí.

53. En tu cruz me enseñas, oh mi JESÚS, todos los medios que me pueden ayudar a ser fiel a Dios toda mi vida. Las palabras que pronuncias en ella son para mí otras tantas predicaciones. Palabras de tolerancia, de misericordia y de amor; palabras de dolor y de abandono amorosamente dichas; palabras de deseo, de humildad y de confianza.

54. Aquellas por las que pides perdón para los que te crucifican, ¿no me enseñan la caridad y la tolerancia que debo tener con mi prójimo y el servicio que quieres que le preste? Sobre la cruz es donde haces ver el último exceso de tu caridad. Escuchad, hermanas mías, la explicación de vuestro honroso nombre. Habla, amor mío, que tus siervas te escuchan. ¿Cuál es tu primera palabra después de los tormentos que te han hecho sufrir durante toda esta noche y esta mañana? ¿Qué venganza usas? Es una palabra de gran tolerancia: Perdónalos, Padre mío, no saben lo que hacen. JESÚS mío, bondad infinita, ¿podían ignorar las obras virtuosas y milagrosas que habías hecho durante toda tu vida? Tú eres la verdad eterna. No lo saben, pues. Tú consideras que sus pasiones ofuscan completamente su juicio y los echan en la ceguera y la ignorancia. ¡Qué lección para nosotros, de no dejarnos dominar por las pasiones! Pues esto nos enseña la tolerancia con la que debemos mirar y perdonar las faltas de los otros e incluso rogar por los que nos ultrajan. Dios mío, tu amor es tan grande en el cielo a la derecha de tu Padre, como lo ha sido en la tierra, en la ignominia

del Calvario; vengo a tus divinos pies con todos los pecadores a pronunciar esta palabra eficaz. Tú lo ves, y casi todos, que verdaderamente no saben lo que hacen. Algunos de ellos, si fuesen iluminados, quizás querrían antes morir que ofenderte. Misericordia, pues, mi JESUS. Una gota de tu sangre tiene suficiente poder para llevarlos a tí y hacer caer las espesas escamas que causan su ceguera.

55. La que te hace prometer el Paraíso al ladrón, ¿no me da a conocer que debo procurar la conversión y la salvación de los pecadores? Tú oyes, Señor, dos voces bien diferentes a tus dos lados. Uno te blasfema y otro te da las alabanzas que reconoce que mereces. Y tú mueres por el uno y por el otro igualmente en cuanto a ti, pero de diferente manera en cuanto a ellos; uno alejándose de la aplicación del mérito de tu muerte, pero el otro haciéndose fiel a él. Tú consideras los actos de fe, esperanza y caridad que hace al morir, e inmediatamente le prometes el Paraíso. ¡Oh poderosa atracción! ¡Qué distancia hay del pecado a la gracia!, y, sin embargo, oh buen JESÚS, qué fácil eres de ganar. No pensemos en servirnos, a la moda de los libertinos, del ejemplo del buen ladrón, al que JESUS ha perdonado; sirvámonos de él según la verdad. Los actos que ha practicado en la cruz eran consecuencia de su primera vocación al verdadero conocimiento de Dios y de sí mismo, a la que habiendo sido fiel, inmediatamente ha recibido su recompensa. Por eso, tan pronto como hemos tenido la inspiración de dejar el pecado, y nuestro querido Maestro nos ha llamado a su servicio, hay que responder y no resistir nunca; y he ahí el uso que debemos hacer de este ejemplo.

56. La sed que dices tener, ¿no me expresa el deseo que tienes de que todo el mundo se salve? Es en tu alma igual a la sed corporal; y puesto que debes morir sin saciarla, he creído que era una señal no sólo del deseo que tenías al morir de comunicar el fruto de tus sufrimientos a las almas que lo esperaban; sino de que conservarías este deseo después de la muerte por todas las almas que crearías hasta el fin del mundo. Me he alegrado en la esperanza de ser de este número. Que esta palabra que pronuncias, "Sítio"!, tengo sed, me impulse a trabajar en mi salvación y en la de mi prójimo según mis posibilidades. Me imagino oír esta voz del cielo, que me representa siempre este deseo que tienes de salvarnos.

57. Las palabras que diriges a tu Padre por las que dices que estás abandonado por él, ¿no me descubren que tu alma sufre interiormente grandes dolores, y que está desnuda de todo consuelo, aunque permanece unida siempre a la divinidad? Así es, Dios mío, como sueles hacer con los justos, aunque tu gracia no los abandone. Y que estas pruebas que les envías les son saludables, si su voluntad es inseparable de la tuya.

58. La recomendación que le haces de tu alma, ¿no es un acto de religión y de confianza por el que reconoces, como hombre, que Dios es su soberano dueño, y la vuelves a sus manos con una seguridad completa en su bondad?

59. Cuando recomiendas a san Juan a tu santa Madre, das a entender el amor que tienes por las vírgenes y las viudas que se consagran a ti, y el cuidado que tienes de proveer a sus necesidades.

60. Finalmente estas palabras que dices alzando la voz: “todo está cumplido”, nos descubren la alegría de tu alma por haber cumplido todos tus votos al padre eterno y haber acabado la obra de nuestra redención.

14. Sobre su Resurrección

61. Meditando sobre la resurrección de Nuestro Señor, he concebido el deseo de resucitar con él; y puesto que sin muerte no hay resurrección, he visto que eran mis malas inclinaciones las que debían morir, y que yo tenía que ser enteramente apagada por un amortiguamiento de la vivacidad de todo mi interior; a lo cual, creía, que por mí misma no podía pretender, pero, pidiéndolo Dios de mí, le he dado mi total consentimiento para obrar por él mismo lo que quería en mí.

62. ¡Qué maravilla en las operaciones divinas! La muerte de los hombres es la privación de toda acción y mérito. Y tu muerte, Dios mío, es la vida de toda la naturaleza humana. Oh, digna muerte, no sólo abres el cielo a nuestras almas, sino que de nuevo das la vida a nuestros cuerpos por la resurrección.

15. Sobre su Ascensión

63. Cuando el Hijo de Dios estaba a punto de dejar a sus apóstoles, no quiso dejarles otra opinión de él sino la que siempre les había dado por medio de un gran ejemplo de humildad, confirmándoles que sus palabras y obras no eran suyas sino de su Padre. Yo me voy, les dijo, a prepararos un lugar en la casa de mi Padre: las palabras que os digo no os las digo de mí mismo, sino que mi Padre, que permanece en mí, hace él mismo las obras.

64. En esto he reconocido que cuanto menos aparezca de nosotros en lo que hacemos, más utilidad sacará el prójimo y más se manifestará la gloria de Dios. Por eso me ha dado confusión que otras veces me apenara que otros se atribuyesen lo que yo pensaba haber hecho. He confirmado la resolución que frecuentemente he hecho de no preocuparme de que se creyese lo que se quisiese, con tal que Dios sea servido sin importar por quién.

16. Sobre la venida del Espíritu Santo

65. Acordándome de lo que le dijo el Hijo de Dios a sus apóstoles, que su Padre enviaría su Espíritu Santo en su nombre, me ha venido al pensamiento que, habiendo dado su espíritu a su Padre en la cruz en el momento de su muerte, había merecido que su Padre diese su Espíritu Santo a toda la Iglesia en general y en particular a todas las almas. ¡Espíritu verdaderamente santo! ¡Espíritu verdaderamente uno con el Padre y el Hijo en la unidad de su esencia; pero espíritu de caridad en la manera en que actuaba en el alma del Hijo de Dios! ¡Oh, cuánto he deseado que este Espíritu Santo perfeccione continuamente a la Iglesia según el deseo del Hijo de Dios, que ha manifestado al dejarla que ella lo necesitaba! Pero, Espíritu Santo, tú te has dado también particularmente a cada alma. ¿Y por qué? Es para poner en ella el verdadero espíritu de JESUCRISTO, y para enseñarle eficazmente sus máximas.

66. Para participar en la venida del Espíritu Santo, me ha parecido que uno de los medios necesarios era la estima en que la debemos tener, tanto por su grandeza, como por el bien y el honor eterno que recibimos en ella. ¿Hay algo más excelente que este tesoro en el cielo o la tierra ?

67. El segundo medio que me ha venido al espíritu es que Nuestro Señor, advirtiendo a sus apóstoles que es necesario que él los deje para enviarles el Espíritu Santo, me enseña con ello el desprendimiento general de todas las creaturas e incluso el de la ternura de su presencia, para que mi alma, quedando vacía de los impedimentos que se lo podían obstaculizar, la llene el Espíritu Santo con sus dones y la saque de sus languideces, haciéndola actuar por su virtud. Para disponerme, pues, a la venida del Espíritu Santo, alma mía, hay que trabajar en quitarle todos los impedimentos y actuar, o más bien dejar actuar plenamente a la gracia que el Espíritu Santo quiere derramar en todas mis potencias, y esto no puede ser más que por una destrucción de los malos hábitos que lo contrarían. Quitá mi ceguera, luz eterna. Vuelve mi espíritu sencillo, unidad perfecta. Humilla mi corazón, sabiduría infinita, para dar fundamento a tus gracias, y que el poder de amar que tú has puesto en mi alma no se detenga más en el desarreglo de mi propia suficiencia, que frecuentemente me ha atado a la falsedad y me ha hecho dejar la Verdad eterna.

68. El tercer medio para participar en la recepción del Espíritu Santo es darse a Dios. Considerando que soy de Dios por la creación de mi ser y por la conservación que es su mantenimiento y como una creación continua, he puesto en cuestión, pues, qué es lo que yo entendía hacer en el pensamiento de darme a él. Y he visto que lo que yo podía darle no era otra cosa que la voluntad libre, de la que no debía hacer uso sino como perteneciente a Dios. ¡Excelencia del alma libre que, no perteneciéndose ya a sí misma, actúa en todos sus pensamientos, deseos y acciones con la voluntad de Dios!.

69. El primer efecto de la presencia del Espíritu Santo es el deseo de la gloria del Hijo de Dios; lo cual nos lo ha enseñado él mismo advirtiendo a sus apóstoles que “cuando haya venido el Espíritu Santo les dará testimonio de él”. Salvador mío, ¿no se lo has dado suficientemente tú mismo con tus palabras y operaciones, tanto en tu vida mortal como después de tu resurrección? ¿Qué más hará, pues el Espíritu consolador que el Padre enviará por ti? El dará la vida al cuerpo de la Iglesia que tú quieres acabar de formar. La instruirá y confirmará en las verdades que tú has revelado. Le otorgará el poder de hacer milagros para hacer penetrar en las almas el testimonio que ella debe dar de ti. Obrará en ella la santidad de vida, para que todos sus miembros sean capaces de dar este testimonio, no sólo por la doctrina -lo que pertenece sólo a los hombres apostólicos- sino por las acciones perfectas de verdaderos cristianos. Dichosas son las personas que, por la guía de la divina Providencia, están obligadas a hacer del ejercicio de la caridad las prácticas más ordinarias de su vida, y a honrar a Nuestro Señor por el testimonio que quiere que se le dé haciendo las acciones que él hizo en la tierra.

70. Cuando él promete su Espíritu Santo a sus apóstoles, les asegura que será “glorificado por él. Con estas palabras nos enseña que la presencia de su Espíritu llenará los corazones de un amor tan puro que no pretenderán más que su gloria en la recepción de sus gracias. Es todo lo que el alma amante debe desear; y la mayor dicha que ella puede recibir es cooperar a la gloria de aquél cuya muerte ha llenado de admiración a todo el mundo. Si,

como Dios, merece esta pureza de amor y ser el único objeto de todos nuestros afectos, hay que rendir a su humanidad santa los deberes del reconocimiento a causa de la grandeza de su amor; ¡dichosas, pues, las almas que cumplen con estos deberes y que ayudan a otros a rendírseles!.

71. El segundo efecto que el Espíritu Santos produce en ella, al venir al alma, es que la pone en la disposición conveniente para hacer la santísima voluntad de Dios, destruye los impedimentos a sus operaciones divinas, establece en ella las leyes de la santa caridad, le da la fuerza de actuar por encima del poder humano, y la pone en estado de vivir de la vida divina. Oh Dios mío, si yo fuera tan dichosa que recibiera tu Santo Espíritu, ya no más vida que la tuya, que es toda de amor; no más vida que para ir a ti por este camino; no más satisfacción que la de amar y querer tu beneplácito. Una vez más ves cuánta debilidad en mí por el afecto a las creaturas; consúmelo, fuego ardiente del amor divino, y, por el efecto de tu gracia, debilita todas mis pasiones y el uso de mis sentidos, para que, por incapacidad, te rinda el honor que mi voluntad no ha sabido exigir de su furia, y que siempre te ha debido rendir.

72. El tercer efecto de la presencia del Espíritu Santo es que, no sólo restablece al alma en la gracia que le había dado en el santo Bautismo, sino que vuelve activos los dones infusos en este sacramento. Una de las mayores pérdidas que pueden tener las almas es que estos dones no logren sus efectos. En ellas es donde se cumple la advertencia de Nuestro Señor a las almas relajadas y perezosas, “que no tendrán nada, y que, incluso lo que tengan, se les quitará”.

Capítulo II

PENSAMIENTOS SOBRE LOS SACRAMENTOS

1. Sobre el Bautismo

73. Siendo el Bautismo un nacimiento espiritual, se sigue de ello que aquél en quien nosotros somos bautizados es nuestro Padre, y, asimismo, que, siendo sus hijos, debemos tener semejanza con él. Por lo tanto, ya que los que hemos sido bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su muerte, toda nuestra vida debe ser una muerte continua, y sería muy perjudicial para el alma vivir en delicias. Quiero, pues, imitar a este Padre, y para ser verdaderamente hija de muerte no quiero ya, mediante su gracia, temer a la muerte que nos debe unir a él por la eternidad, no siendo razonable que los miembros huyan cuanto puedan de lo que su cabeza tanto ha deseado. Vivamos, pues, como muertos; y como tales, nada de resistencia a Jesús; nada de acción más que por Jesús; nada de pensamiento más que en Jesús; en fin, nada de vida más que por Jesús, a fin de que en este amor unificador yo ame todo lo que Jesús ama y que lo ame por Jesús que es el centro del amor.

74. Meditando sobre las gracias recibidas en este sacramento, he reconocido la misericordia de Dios, que nos ha sacado de la maldición que nuestra alma había

contraído, uniéndose a nuestro cuerpo concebido en pecado. He considerado a esta alma como un acebuche en la naturaleza: queriendo Dios meterla en su Iglesia por el carácter del sacramento que saca su virtud de sus méritos, para hacerla capaz de producir buenos frutos, su bondad le había comunicado los hábitos de las virtudes y los dones del Espíritu Santo para que le fueran medios de conservarse en su gracia y de vivir como buena cristiana; y desde ese instante le había dado el derecho de entrada al paraíso.

75. En la consideración de esas gracias que se me han dado en este sacramento para hacerme vivir según las obligaciones que he contraído en él, he deseado que su práctica fuese infalible, como lo es la producción de un buen injerto agarrado en el acebuche; me he dado a Dios con sumisión con este fin y he resuelto hacer lo posible para contribuir a ello. Para lo cual he pensado que mucho me podía servir recordar todos los días mi bautismo con agradecimiento; hacer actos de fe, esperanza y caridad; reiterar las promesas que hice en él; y renunciar al diablo, al mundo y a la carne; reflexionar sobre los siete dones del Espíritu Santo que he recibido en él, y servirme de ellos contra las tentaciones contrarias.

76. El primero es el don de sabiduría, para quitar el disgusto por las cosas celestiales; el segundo, el don de entendimiento, para borrar las dudas de la fe; el tercero, el don de consejo, para impedir la irresolución hacia el bien; el cuarto, el don de ciencia, para ser iluminada sobre las verdades de mi salvación; el quinto, el don de fortaleza, para superar la pusilanimidad; el sexto, el don de piedad, para ser ayudada con él en la compasión y el alivio del prójimo; el séptimo, el don de temor, para impedir la vana presunción.

77. Oh Dios mío, vuélveme agradecida de la gracia que nos has hecho en el santo Bautismo, y acepta con agrado la renovación de mis promesas y la renuncia que hago con todo mi corazón de Satanás y de todas sus obras, en todas las formas que tú quieres. Adoro y reverencio todos los artículos de nuestra fe, espero de tu misericordia la participación en los méritos de tu Hijo para glorificarte eternamente, y me doy a ti para amarte y cumplir enteramente tu santísima voluntad. Me arrepiento de haber descuidado durante toda mi vida esta renovación y de no haber recordado los dones que el Espíritu Santo ha derramado en mi alma, para ayudarme a la fidelidad que le debía, y del poco cuidado que he tenido de instruir en ello a las personas a cuyo cargo he estado.

2. Sobre la Confesión

78. Para disponerse bien a este sacramento hay que tener de él una gran estima y un gran deseo y, para ello, estar bien instruido sobre su virtud y sus efectos? Debemos capacitar nuestro espíritu para su verdadero conocimiento, y pensar muy seriamente por qué lo queremos recibir.

79. Nuestra alma, después de haberse examinado exactamente, debe concebir un santo odio contra sí misma por haber ofendido a su Dios que ha sido siempre tan bueno con ella y que en sí mismo merece ser infinitamente honrado, produciendo un arrepentimiento filial

de haberle ofendido y una firme resolución de superarse a sí misma y de evitar las ocasiones que tan frecuentemente la hacen caer en falta. Y sobre todo, reconociendo que por ella misma le es imposible guardarse del pecado, debe producir un acto de amorosa confianza que le haga pedir a Dios la gracia de tener de ahora en adelante mayor cuidado y deseo de agradarle y de superar para ello hasta los más pequeños de sus malos hábitos, queriendo amar a Dios por amor de él mismo, y desprenderse de todos los demás intereses.

80. Hay que presentarse a los pies del confesor como ante el juez, en condición de criminales, y pensar que es a Dios a quien vamos a hablar, sin considerar la persona del confesor; acusarnos sencilla y humildemente, sin dar a conocer que otros dan motivos para que hayamos ofendido a Dios, y sobre todo, guardándose mucho de dar a conocer a la persona cómplice de nuestro mal; no ocultar ni retener nada, sino declarar nuestras faltas de la manera que ellas son.

81. Finalmente, hay que escuchar con gran reverencia y humildad las advertencias de nuestro confesor; recibir la penitencia con admiración de que Dios permita que se nos imponga tan poca; renovar nuestra atención para concebir un gran arrepentimiento de haber ofendido a Dios, esperando su misericordia; escuchar la santa absolución con admiración, imaginándonos que entonces el mérito de la sangre del Hijo de Dios se derrama sobre nuestras almas.

3. Sobre la santísima Eucaristía

82. Debemos considerar tres tiempos para comulgar bien: el de antes de la santa comunión, el de la comunión y el de después.

83. En el primero, debemos proponer a nuestra alma qué es la santa comunión y quien debe comulgar.

84. Tenemos que recordar que la fe nos enseña que la segunda Persona de la Santísima Trinidad está realmente y de hecho en la hostia santa con su sagrada humanidad, y por consiguiente la Santísima Trinidad está ahí en la unidad de su esencia. Lo que nos debe dar el respeto que la creatura debe a su Creador, y producir en nosotros el reconocimiento de nuestra dependencia de Dios, y de nuestra nada.

85. Debemos procurar ver en Dios algún motivo de esta acción tan admirable e incomprensible para el sentido humano; y no pudiendo encontrar otro que su puro amor, debemos, con actos de admiración, de adoración y de amor, rendir gloria y honor a Dios en reconocimiento de este invento amoroso de unirse a nosotros; unas veces diciéndole si no era bastante que él se hubiera hecho hombre para ganar completamente nuestro corazón; otras veces preguntándole qué hay en nosotros que él quiera tan costosamente adquirir, y ofrecérselo.

86. La santa comunión del cuerpo de Jesucristo nos hace realmente estar en el gozo de la comunión de los santos del paraíso. Y como en el cielo él hace ver su divinidad y su humanidad a los bienaventurados, ha querido también hacerlos presente en la tierra en la santísima Eucaristía a fin de que los hombres, en todos los estados, estén unidos a él. ¡Oh

amor infinito!, ¿por qué permites que los hombres ciegos descuiden tan gran bien y pierdan su fruto por el pecado que es el único que impide la unión de tu bondad con ellos?.

87. El había tomado un cuerpo humano en el vientre de la santa Virgen, en una inocencia más perfecta que la del primer hombre, lo que podía satisfacer a la divina justicia por la desobediencia de nuestros primeros padres, y hacernos reconocer la verdad de Dios en estas palabras: que sus delicias son estar con los hijos de los hombres. Sin embargo, la grandeza de su amor por nosotros no se ha contentado con eso, sino que, queriendo tener una unión inseparable con el hombre, la ha realizado después de la Encarnación en la admirable invención del santísimo Sacramento del Altar, en el que habita corporalmente con la plenitud de la divinidad.

88. Ya, pues, que uno de los efectos de la santa comunión, y el principal, es unirnos a Dios, debemos, tanto como podamos, quitar los impedimentos a esta unión; y viendo que el más peligroso es ser demasiado de nosotros mismos por el amor de nuestra propia voluntad, es absolutamente necesario que nos demos a Dios para no tener ya más que una misma voluntad con él, a fin de participar en los frutos de este gran sacramento.

89. Lo que también me ha parecido que debemos hacer es una atención más fuerte sobre las acciones del Hijo de Dios para intentar unir a ellas las nuestras con su gracia, a fin de que por esta unión nos aplique los méritos de las mismas; y esta unión se hace por la práctica de sus virtudes, particularmente de su mansedumbre, humildad, tolerancia y amor al prójimo".

90. En segundo lugar, para comulgar bien estamos obligados a darnos a Dios por gratitud al gran amor que nos ha mostrado dándose a nosotros; lo cual no podemos hacer más que testimoniándole un amor en cierto modo recíproco, y deseando con todo nuestro corazón recibirlo, puesto que con todo su corazón él se quiere dar.

91. El conocimiento de la dignidad de este santísimo Sacramento debe producir el de nuestra impotencia para disponernos a recibirlo; y por este motivo, desear y pedir al amor que ha provisto esta invención, que es el Espíritu Santo, que le plazca venir a nosotros para ser el ornato de nuestro corazón, poniendo en él todas las disposiciones necesarias, para honrar la presencia de tal Señor.

92. Unas veces, presentar a la Santísima Trinidad lo que su poder ha hecho en nosotros, a fin de que de todo lo que le pertenece venga a tomar posesión y a usar según su beneplácito.

93. Otras veces, ofrecer a Dios las buenas disposiciones de la santa Virgen y [as de los santos, con deseo de tenerlas todas, a fin de que Nuestro Señor sea más honrosamente recibido en nosotros; manteniéndonos, sin embargo, en paz, y atendiendo con gozo la presencia de tal Señor, que debemos desear, como el más amado de nuestra alma.

94. El segundo tiempo es el de la recepción de la santa comunión: después de que todos los actos susodichos hayan puesto a nuestra alma en una gran paz y tranquilidad, hay que recibir en este augustísimo sacramento a nuestro Dios, nuestro rey y nuestro esposo, haciéndole actos de adoración, de dependencia, de confianza y de abandono de todo lo que

somos; suplicándole que tome posesión de ello; uniéndonos enteramente a sus deseos; haciendo muchos actos de amor, advirtiéndole en él los motivos que nos lo deben dar y sobre todo el de su presencia real en nuestro pecho; estar atentas a lo que le agrade obrar en nosotros, aunque no lo veamos.

95. El tiempo después de la santa comunión debe estar ligado a estos mismos actos y sentimientos, manteniéndonos atentas a esta divina presencia, haciendo actos de agradecimiento, unas veces sencillamente hacia la Divinidad, otras multiplicando los actos separadamente a las tres divinas Personas según sus atributos, gozarnos admirando esta admirable invención y amorosa unión por la que Dios, viéndose en nosotros, nos vuelve enteramente de nuevo sus semejantes, por la comunicación no sólo de su gracia, sino de sí mismo, que nos aplica eficazmente el mérito de su vida y de su muerte, y que nos da capacidad de vivir en él, teniéndolo vivo en nosotros. El alma se puede ocupar en este ejercicio con un deseo de poderlo honrar en todas las acciones de su vida; ofreciéndole toda la gloria que él tiene de sí mismo, la que le rendirá eternamente la humanidad santa de su Hijo, y la que recibirá por siempre de todos los bienaventurados; y esto como acción de gracias por tal bien recibido de su bondad tan liberal para nosotros.

96. La santa comunión del día de Pascua, la única mandada por la Iglesia, nos muestra sus hijos van a recibir el legado testamentario de su esposo; lo cual me ha parecido ser un tesoro para proveernos de todos los bienes de que tenemos necesidad, y que nos obliga también a elegir la vida de Jesús crucificado como modelo de la nuestra, para que su resurrección nos sea un medio de gloria en la eternidad.

97. El mandamiento de la Iglesia de comulgar al menos una vez al año, bajo pena de pecado mortal, nos da a conocer que Dios quiere absolutamente que comulguemos; y hay muestras de que esta amenaza nos advierte que comulguemos con más frecuencia, so pena de perder muchas gracias, que se nos darían por la santa comunión.

98. Pensando en los que comulgan con frecuencia, debemos humillarnos profundamente, pues deben ser aquellos que están enteramente desprendidos de todo, que tienen un gran amor a Dios, y que no retroceden jamás en el camino del santo amor.

99. Por lo que mira a la comunión espiritual, se la puede hacer de una manera muy útil y provechosa. Cuando se quiere hacer tomar cualquier buen alimento a un niño que no lo puede tomar por sí mismo, se le hace tomar a su nodriza. Ahora bien, no estando capacitados o en disposición de tomar este divino alimento y esta saludable medicina la mayor parte de los cristianos, la iglesia lo recibe en la persona del sacerdote; y si nosotros somos verdaderos hijos de la Iglesia, participaremos en la sagrada comunión que ella hace del cuerpo y de la sangre del Hijo de Dios, uniendo nuestra intención y nuestra voluntad a la suya.

CAPÍTULO III

PENSAMIENTOS SOBRE LA SANTISIMA VIRGEN

1. Sobre su eminente dignidad

100. El Hijo de Dios ha honrado tanto a su santa Madre, que podemos decir que ella tiene cierta parte en todos los misterios que él ha realizado, habiendo contribuido a su humanidad por medio de su sangre y su leche virginal. Considerándola de esta manera, la he felicitado por su excelente dignidad, y por la parte que ella tiene así en este grande y divino sacrificio perpetuo ofrecido sobre nuestros altares.

101. ¿Qué hay, Virgen santa, entre Dios y tú? Dios está en tí por derecho de filiación. Tú eres la primera en la unión que él ha adquirido en la naturaleza humana por el misterio de la Encarnación; tú entras en una estrecha alianza con el padre eterno por la maternidad del Hijo; tú eres verdaderamente el santuario del Espíritu Santo por la Encarnación que él ha obrado en ti. Honor, gloria y reconocimiento te sean rendidos por todas las creaturas, por el designio que Dios nos ha hecho conocer, y que, por medio de tí, nos hace sus hermanos, no sólo en la carne por la semejanza de la naturaleza, sino en el espíritu, por la adopción de su Padre de quien nos hace herederos.

2. Sobre la devoción a la Virgen

102. Todas las almas verdaderamente cristianas deben tener un gran amor a la santa Virgen y honrarla mucho por su cualidad de Madre de Dios y por las virtudes que Dios le ha concedido para este designio.

103. Esta cualidad nos obliga todos los días a rendirle algún honor; y el más grande que podemos rendirle es unir nuestro espíritu a la intención de la santa Iglesia en el orden que ella tiene en los diversos tiempos para saludarla; regocijándonos y felicitándola por la elección que Dios ha hecho de ella para unir en su seno la naturaleza humana a su divinidad, con el deseo de nunca romper esta unión en nosotros.

104. Cuando nos sintamos movidos al agradecimiento por las gracias de Dios, recibidas por medio de la Encarnación y de los ejemplos de la vida de Jesucristo, miremos a la santa Virgen como el canal por el que todo este bien nos ha sido comunicado, y hagamos con este motivo actos de amor hacia ella.

105. En el gobierno de nuestras acciones, pongamos los ojos en las de la santa Virgen y pensemos que el mayor honor que nosotros le podríamos rendir es imitar sus virtudes; particularmente su pureza, ya que somos esposas de Jesucristo; su humildad, puesto que por ella Dios ha hecho en su persona cosas tan grandes; su desprendimiento de todas las cosas en la tierra, ya que desde sus primeros años ha sido separada de sus padres. Dedicando también a estas tres virtudes en ella todas las acciones de nuestra vida y suplicándole que se las ofrezca a su Hijo.

106. Debemos celebrar las fiestas que la santa Iglesia ha ordenado en su honor, aplicando nuestro espíritu, durante todo ese día, al tema que ella nos propone, y pedirle cada día que nos ayude a prestar a Dios el servicio que le hemos prometido, y a hacer su santa voluntad con la misma sumisión que ella tenía por ella.

107. Es bueno elegir algunas plegarias para dirigírselas, y no faltar a ellas ningún día; hacer algunas veces actos de amor por ella; otras veces gozar en el corazón por la gloria que ella

tiene en el cielo, con deseo de estar allí un día para rendirle todo el honor que Dios quiera que le rindamos.

3. Plegaria a la Virgen

108. Santísima Virgen, madre de mi Dios, postrada con toda humildad a tus pies, te pido muy humildemente perdón porque he faltado durante toda mi vida a rendirte a ti, y a la santa humanidad de Jesús tu querido hijo, el honor y el amor que debía. No me rechaces, por favor, como me lo merezco; pero, por gracia, por tu caridad ordinaria, olvidando mis faltas, recibe la declaración que hago de que eres el verdadero refugio de los pecadores; y como tal, oh santísima Virgen, toda llena de confusión como me hallo, permite que me arroje en los brazos de tu protección; suplicándote con todo mi corazón por el amor que tienes a mi Salvador y el tuyo, que tomes el gobierno de mi vida, y me hagas emplear el resto de mis días según su santísima voluntad.

109. Tu muy sublime dignidad de Madre de Dios me da esta seguridad de que me considerarás como perteneciente a ti, y que tendrás la bondad de recibir mi corazón que yo te entrego para glorificar a Dios por la elección que ha hecho de tí para ser Madre de su Hijo bien amado.

110. Oh, Dios mío, que la perfección de esta alma santa unida a su cuerpo, sea, te suplico, revelada a todas las criaturas, para que admiren y adoren tu omnipotencia, y te glorifiquen eternamente por su purísima e inmaculada Concepción. Es verdad, Virgen santa, que has sido siempre preservada de pecado por los méritos de la Encarnación y de la muerte y pasión del Hijo de Dios y tuyo; y que, por tanto, tú eres la verdadera hija primogénita de la cruz.

111. Que tu nacimiento, pues, oh la más amable y la más amada de todas las puras criaturas, sea siempre para bendición en la memoria de todos los hombres; que la vida que has empleado tan santamente en el servicio del templo, sea de veneración para las vírgenes, que tienen la dicha de imitar el voto sagrado de tu virginidad. Y que las almas que aspiran al santo amor, se vean ayudadas por tu todopoderosa intercesión, para el cumplimiento de los designios de Dios en ellas.

112. Escúchame, te lo suplico, purísima Virgen, por la gloria de Dios, y ya que ha placido a su bondad honrar nuestro sexo por la encarnación de su Hijo único en ti, y todos los estados de la vida humana por medio de tu santo ejemplo, haz, oh queridísima directora nuestra, que las que están unidas por el santo matrimonio reverencien el tuyo purísimo con una humilde sumisión y confianza en la Providencia divina.

113. Ayuda a las viudas a conocer bien su estado y condición: y ya que ellas te deben pertenecer luego que se han dado y consagrado a tu Hijo bien amado, enséñales, por favor, lo que Dios pide y desea de ellas, y cómo tienen que imitar la dulce tranquilidad de tu alma, cuando estabas presente a la pasión de tu querido Hijo; tu desprendimiento de todas las cosas durante el tiempo que permaneciste en este mundo después de su Ascensión por el amor que tenías a hacer la voluntad de Dios y a causa del deseo ardiente de la salvación

de las almas, del que tu corazón estaba abrasado, y en la que habías trabajado sin cesar el resto de tus días, en imitación perfecta del espíritu de Jesús mi Salvador.

114. Permíteme, por favor, oh Dios mío, aunque no sea más que una miserabilísima pecadora, glorificarte eternamente por las comunicaciones especiales que le concederás y le concedes ahora de tu divinidad, con abundancia. Oh, qué bienaventurado fue tu querido corazón, divina Madre, cuando estando lleno del santo amor, dio muerte a tu cuerpo, separando por este medio tu alma toda colmada de gracias y de méritos. Que por siempre esta bella alma sea triunfante, elegida entre millares, y al presente vuelta a unir a su sagrado cuerpo, por la adhesión que ha prestado al designio que Dios tenía sobre ella desde toda la eternidad.

115. Soy enteramente tuya, oh augustísima Madre de mi Dios, a fin de ser por este medio más perfectamente de él, perteneciéndote. Enséñame, te suplico, a imitar tu santa vida para la realización de lo que Dios quiere de mí. Reclamo con toda humildad tu asistencia; tú conoces mi debilidad, tú ves mi corazón; sostén mi impotencia por medio de tus plegarias; obténme de la bondad de tu Hijo la gracia de practicar las virtudes, puesto que de él has sacado todas las que tú has practicado en la tierra en un grado tan heroico. Que todas las creaturas honren tus grandezas, y te miren como un seguro medio para ir a Dios, y te amen con preferencia a cualquier otra pura creatura. Que cada uno te rinda la gloria que mereces.

115. Ten compasión, Madre de misericordia, de todas las almas rescatadas por la preciosa sangre de tu Hijo; presenta a la justicia divina los puros pechos que le han proporcionado la sangre que él ha derramado por nuestra redención. Haz que su mérito le sea aplicado a todos los hombres para obtenerles una verdadera y sincera conversión, y para hacerlos dignos de servirle en todos los estados y en todas las condiciones. Mira sobre todo, con una mirada amorosa de su gloria, al estado eclesiástico y a su jefe visible en la tierra, que tienen tan gran necesidad de tu socorro, y obténnos finalmente, por tus caritativas y poderosas plegarias, todo lo que nos es necesario para glorificar a Dios en la bienaventuranza esencial, y para gozar de la accidental, que tu querida y amable presencia dará a las bienaventurados en el estado de tu gloria. ¡Viva el amor de Jesús y de su santísima Madre!.

4. Oblación de la Compañía de las Hijas de la Caridad a la Virgen

117. Tú nos has inspirado, Señor, hacer elección de tu santa Madre por única Madre de nuestra pequeña Compañía, con el pensamiento de que ella no lo tendría nunca en la tierra como título, y que ninguna de nosotras llevaría nunca este nombre.

118. Tú conoces la necesidad que tenemos de esta gracia. Tú lo sabes, oh Jesús crucificado, y nos lo has enseñado cuando, estando en la cruz, has dado esta dignísima Madre a san Juan, con una de las siete palabras que has dicho en ella; era el discípulo al que amabas, era el discípulo virgen, era el maestro del amor, quien tú dabas a tu Madre por hijo, a fin de que por su guía y por su ejemplo él aprendiera la práctica de sus bellas virtudes. Tú conoces el designio de tu Padre eterno sobre esta pequeña Compañía; tú sabes que para hacerla subsistir, tiene absoluta necesidad de la pureza y de la caridad, y ¿de quién aprenderemos

estas virtudes, después de ti, sino de tu Madre? Danos, pues, a ella como hijos, y al mismo tiempo, danos a nosotros la inteligencia de su dirección y la docilidad para seguir las enseñanzas que debemos sacar de su vida, que, aunque oculta, se ha mostrado bastante para instruirnos.

119. No nos desdeñes, oh Madre de mi Dios, henos aquí a tus hijos adoptivos. Es verdad que tienes muchos otros que son almas relevantes en gracias y méritos a los que puedes amar más por la gloria que dan a Dios tu Hijo; pero, puesto que somos los más pequeños y los más débiles, tenemos más necesidad de tu ayuda maternal. Por eso, dignísima y única Madre nuestra, henos aquí por siempre, por favor, bajo tu protección por la gloria de Dios vivo, de quien te has llamado la esclava. Mis queridas hermanas, rindamos a Jesús crucificado nuestras adoraciones y nuestros fieles reconocimientos por las grandezas de su amor; y rindamos nuestras obediencias a la maternal dirección de la santa Virgen, para ser ayudadas por ella en el cumplimiento de los deseos de Dios.

120. No me he engañado, Virgen santa, en el pensamiento de que te agradecería ser nuestra única Madre. Podemos aspirar a la cualidad de hijas tuyas, puesto que tú eres la Madre de Jesús, que es nuestro hermano y nosotras hacemos profesión especial de hacernos semejantes a él; parece que nos ha invitado a ello él mismo, ya que nos ha llamado a su servicio de un modo que nosotros no podríamos cumplir si no imitáramos su santa vida; soporta, pues, que recurramos a tí con confianza, respeto, humildad y entera sumisión; obtennos la comunicación del espíritu de tu Hijo, a fin de que, no obrando más por los nuestros particulares, la unión reine en nuestra Compañía, en la práctica de las virtudes de Jesús nuestro hermano, nuestro amor y nuestro esposo.

Capítulo IV

PENSAMIENTOS SOBRE LA VOCACION DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

1. Sobre la estima de esta vocación

121. Una de las principales gracias que Dios os ha hecho, mis queridas hermanas, para el progreso de vuestras almas en la perfección cristiana es vuestra vocación a la Compañía de la Caridad: por eso he creído que era necesario advertiros acerca de los sentimientos que debéis tener de ella.

122. Podéis tenerlos muy bajos, y muy altos: y uno no contradirá al otro. Muy bajo, hermanas mías: ¿hay algo más bajo a los ojos del mundo que el comienzo de vuestra fundación? Veréis en algunas de las conferencias de nuestro muy honorable Padre, que su comienzo ha sido muy poca cosa. Algunas muchachas de pueblo vinieron a París y fueron empleadas en llevar las marmitas y las medicinas; se las reunió luego en comunidad y se formó la Compañía sin cambiar nada en (el modo de) vida, ni en los hábitos, de la sencillez y la rudeza del campo. ¿Hay algo más bajo y más abyecto a la mirada de los respetos humanos? ¡Ay, mis pobres hermanas!, casi no osábamos al comienzo aparecer por las calles. Y a vuestros propios ojos, ¡qué de fatigas y trabajos en servir a los niños, a los galeotes y a los pobres! ¡Qué dificultades en estar mal alimentadas, y estar siempre comprometidas en empleos penosos!, todo esto ¿no es capaz de haceros concebir un pensamiento muy bajo

de nuestra Compañía? Es muy bueno ponerlos con frecuencia ante los ojos que es la peor y la más despreciable a los ojos del mundo, que hay en la Iglesia. ¿Y sabéis el bien que os hará esta impresión fuertemente impresa en vuestro espíritu? Es que nunca os veréis sorprendidas, cuando por cualquier circunstancia de menosprecio o de trabajo os suceda algún descontento. Sino que os servirá de grandísimo consuelo, viendo que la bondad de Dios os hace honrar la de su Hijo en la tierra.

123. Ahora bien, sin pensar en ello os digo la alta estima que debéis tener de vuestra Compañía. ¿Hay algo más elevado que una vocación que compromete en la imitación de tan gran ejemplo?

124. Considerad en su fundación el modo que Dios ha inventado para proporcionar medio, incluso a aquellas que son las más pobres, de ejercer la caridad. ¿Quién de vosotras hubiera podido jamás esperar llevar todos los días el alimento sólo a un enfermo? ¿quién hubiera podido encargarse de darles continuamente las medicinas y de curar sus males? Y aún más, ¿quién hubiera podido esperar entrar en las casas con libertad para hablar a las personas de su salvación, para hacerles conocer el mal estado en el que frecuentemente se podían encontrar? Para mí, es necesario que os confiese que muy bien hubiera podido desearlo con la gracia de Dios, pero no esperarlo, y sin embargo, ya veis que es lo que vosotras hacéis todos los días; considerad cuán obligadas estáis a las personas que os emplean en una obra tan santa.

125. Aunque todos los cristianos estén obligados a servir a Dios y a hacer el bien a su prójimo, hay otras tareas que los distraen; pero para vosotras, la bondad de Dios ha sido tan grande que os ha llamado a una profesión en la que no tenéis otra cosa que hacer. Pese a que seáis unas pobres muchachas y que de vosotras mismas no tengáis ningún medio para hacer el bien, sin embargo lo hacéis, y podéis hacerlo incomparablemente más que las damas más grandes del mundo, puesto que no es nada dar de sus bienes, comparado con darse a sí misma, y emplear todos los momentos de su vida, exponerla incluso al peligro, por el amor de Dios, sirviendo a los pobres. Haced, pues, gran aprecio de la gracia que os ha dado un empleo tan santo.

126. Debéis una vez más gran honor y veneración a vuestra Compañía por el modo en que el buen Dios le ha formado y los medios que toda su bondad y poder ha hecho nacer para hacerla subsistir en el ejercicio de una perfecta caridad. Todas las veces que pienso en ello caigo en una admiración que no os puedo expresar; lo que me hace confesar que pertenece sólo a Dios hacer las grandes cosas por medio de las pequeñas, y frecuentemente de nada. Mi querido Salvador, nuestro maestro y modelo, Jesús crucificado!, por ti es por quien han brotado todas estas maravillas. Es tu amor el que impulsándose en los corazones de tus más queridos servidores, los ha vuelto fuego y llama para el ejercicio de la caridad; fuego que no consume, pero ardiente y abrasador del celo de tu amor y del deseo de que todas las criaturas participen en este mismo amor, después de haber experimentado sus efectos en ellos mismos por el bien que tú les has hecho hacer.

2. Sobre el amor a esta vocación

127. Jamás debemos pensar en la dicha de nuestra vocación sin producir actos de amor y de agradecimiento.

128. La primera razón es su dignidad, pues es para nosotros un medio de poner en práctica los dos principales mandamientos de la ley de Dios y nos obliga a dar todo nuestro tiempo a la caridad, que no sólo podemos practicar en los servicios exteriores que hacemos a los cuerpos, sino principalmente en la asistencia que prestamos a las almas hablándoles de Dios y ayudándolas a conocerlo y amarlo eternamente.

129. Otra razón es que, si lo pensamos seriamente, reconoceremos un amor particular que Dios nos testimonia, habiéndonos elegido un modo de vida tan seguro para realizar nuestra salvación, y metiéndonos en una Compañía que nos provee de los medios para practicar los consejos evangélicos con mucha perfección, si queremos ser fieles a Dios.

130. Las mayores señales del amor a nuestra vocación consisten en practicar fielmente lo que ella nos obliga a hacer, y rehusar todas las ventajas que el mundo, el demonio y la carne nos podrían proponer para sacarnos de ella, manteniéndonos siempre vigilantes en las ocasiones que nos la podrían hacer perder.

131. Demostraremos que la amamos cuando, para mantenernos en ella, sufrimos de muy buena gana todas las dificultades que se le opongan; amamos la bajeza que alguna vez nos aparezca en ella, por falta de conocimiento del verdadero bien; gozamos en las maledicencias y calumnias, no habiendo dado motivo para ellas; y cuando en este estado tengamos tanto o más fervor para el amor a Dios.

132. Hay que preferirla, en lo que a nosotras toca, a todas las demás, manteniéndonos en la seguridad de que Dios nos la ha dado para nuestro mayor bien, y quizás como el único medio para nuestra perfección. Debemos contentarnos con los ejercicios que ella nos ordena, y mirar el deseo de hacer otra cosa, aunque más perfecta en apariencia, como una tentación peligrosa. No nos damos cuenta de que nuestro enemigo se complace en ver nuestros espíritus entretenerse con vanos deseos mientras dejan las virtudes ordinarias de su estado, cuyas ocasiones se presentan a todas horas, y así perdemos las gracias que van anejas a estas virtudes, por querer otras mayores que Dios no tiene designio de concedernos.

133. Incluso el pensamiento de hacerse religiosa podría con frecuencia ser un artificio del demonio para entibiarnos en el servicio de Dios y ponernos, no sólo en peligro de perder nuestra vocación, sino de volver al mundo y de perdernos. El deseo de hacer otras prácticas, so pretexto de mayor austeridad y mayor perfección, será incluso una señal de que no amaríamos nuestra profesión. Si las Carmelitas, por ejemplo, quisieran observar los ejercicios de otras religiosas, ¿no mostrarían que no amaban su regla puesto que envidiaban esta otra observancia que no les está permitida?; y si lo quisieran absolutamente y no estuvieran contentas de que sus superiores no les concediesen ese deseo, ¿no diríais que con toda seguridad estas hermanas estaban siendo tentadas y que no serían ni buenas ni verdaderas Carmelitas? ¿No sería lo mismo si una Hija de la Caridad deseara hacer lo que sus superiores y sus reglas no le permiten, aunque bueno, y si se inquietase y se desanimase porque no lo obtuviera? Guardémonos, hermanas mías, de tal desgracia, dejémonos conducir por nuestros superiores, reafirmémonos en el designio y los ejercicios de nuestra vocación y de nuestras reglas y trabajemos por hacernos fieles a ellas.

3. Sobre las dificultades de esta vocación

134. Es necesario, hermanas mías, que os advierta que no os faltarán pequeños disgustos, causados en parte por el tentador, nuestro común enemigo, y en parte por vosotras mismas, y por el mundo, y eso desde vuestra entrada en la Compañía. El diablo no dejará de tenderos trampas; y para hacerlas más poderosas os presentará dificultades terribles en todos los empleos, tanto a causa de la diversidad de los humores de las hermanas, como por los cambios de lugares que hay que hacer tan frecuentemente; y todo ello para ser el primer poseedor de vuestro espíritu y aturdirlo, de suerte que no tengáis ya gusto en todo lo que tanto habíais deseado hacer al entrar en ella.

135. Por vuestra parte, la separación de vuestros padres, el alejamiento de vuestra tierra, el cambio de vuestro modo de vida tan diferente de la del mundo y tan despreciable a sus ojos, os podrán causar el disgusto y la desesperación de no poder acomodarnos a ello. Un poco de paciencia, hermanas mías, todo lo que os aparece no son más que nubes que por un tiempo os impiden ver y gustar qué suave es Dios para los que le quieren amar y servir.

Capítulo V

PENSAMIENTOS SOBRE LOS VOTOS

136. ¿No hace falta un poco de costumbre, incluso para las personas que se comprometen en el matrimonio, cualquiera que sea la inclinación que puedan tener a él?; la separación de la casa paterna ¿no les era muy sensible al comienzo? Y os parecerá extraño si, viniendo a la familia de Jesucristo en la que no se os va a hacer ver más que renuncia a vuestra propia voluntad, cruz y prácticas difíciles, os cueste trabajo acostumbraros a ello al principio? Mirad estas dificultades como pruebas que os vienen de la mano de Dios, para dar firmeza a vuestra resolución y vuestro celo. Abrazad generosamente la cruz que él os presenta para que le sigáis, estad seguras de que esta resolución atraerá sobre vosotras un aumento de gracias, un gran progreso en la virtud, y os dará una gran confianza de que vuestras penas y fatigas se os harán soportables toda la vida, y de un gran provecho para la eternidad.

1. Sobre la excelencia del voto

137. El origen del voto viene de la muerte de Nuestro Señor sobre la cruz, por la que él nos ha adquirido enteramente para Dios su Padre, y es un efecto de la promesa que hizo como en enigma cuando dijo: Si una vez soy elevado de la tierra, atraeré todo a mí. Esta promesa ¿no se ha realizado verdaderamente en aquellos, oh Dios mío, a quienes concedes la gracia de darse a ti por los votos? Porque ¿qué queda a la persona que los ha hecho? Absolutamente nada más que pertenecerte en propiedad. Es verdad que mi vida corporal y espiritual te pertenece porque tú eres mi Dios y mi creador; en cuando que tú me la dejas, mi voluntad es libre, y tú la has creado como tal; pero por los votos te puedo hacer homenaje de ella, y hacerte de ella un sacrificio de honor y de alabanza, y después de habértela donado así, ya no es mía, sino enteramente tuya. ¿No es una gran ventaja que todas las acciones de la persona que ha hecho voto te pertenezcan? Es necesario, corazón mío, que de ahora en adelante tengamos más cuidado en que nuestras actuaciones sean dignas de Dios, y que no nos olvidemos ya de no hacer nada que quite a Dios lo que es

suyo. Santísima Virgen, tú eres nuestro ejemplo en todo, pero principalmente en esto que es de los votos. Tú eres la primera que has consagrado a Dios tu virginidad, y has merecido por esta virtud atraerle a tu seno. Haz que de ahora en adelante te honre como a mi santa Madre y aprenda de ti la fidelidad que debo a mi Dios para el resto de mis días.

138. El voto da al alma la libertad de entrar en una comunicación familiar con Dios, la hace entrar en una especie de tratado con él, en el que ella promete y se obliga, y Dios acepta y promete también por su parte. El alma le promete y compromete el amor que más le agrada, que es darse totalmente a él sin reservarse el poder de disponer de sí misma; y Dios se da recíprocamente al alma, y le asegura la comunicación de todos sus bienes. ¡Oh abajamiento de un Dios, o más bien poder admirable que exalta la nada a una tan alta dignidad!, seas bendito para siempre por permitir que el hombre se comprometa así contigo, y por la gracia que le otorgas de darle el deseo de ello.

2. Sobre la pobreza

139. El voto de pobreza es la práctica de un consejo evangélico dado por el Hijo de Dios, cuando dijo: Bienaventurados son los pobres de espíritu. Hay grandes secretos ocultos en estas palabras; lo testificas tú, oh Jesús mío, diciendo que el reino de los cielos es de ellos. ¡Qué maravilla ser pobre y tan rico al mismo tiempo! ¿Qué es esta pobreza de espíritu sino un desnudamiento de todas las cosas en el afecto, y un verdadero sentimiento que persuade a nuestro corazón que no tenemos nada en todas las creaturas que nos pertenezca en propiedad, y por tanto no debemos usar de ellas más que como usufructuarios? ¡Amable pobreza! Házmela comprender bien, oh Dios mío, y concédeme la gracia de concebir las riquezas que le pertenecen. No puedo entender que el reino de los cielos sea otro que tú mismo. ¿Qué, pues?, tú eres de aquellos que no tienen nada. Oh, verdaderamente tú eres el único todo, y para tenerte a ti quiero renunciar a todas las cosas.

140. El espíritu de pobreza es el de Jesucristo. El mismo dice hablando de sí: Las zorras tienen su madrigueras y los pájaros sus nidos, el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza. Viendo que él ha amado tanto esta virtud, he concebido una gran estima de ella y un gran deseo de imitarlo. Y no estando en estado de poderla practicar realmente como él, me he propuesto usar con confusión de lo demasiado que tenga, y sufrir sin decir nada lo que me falte, y trataré de desprenderme de todo, en tanto me sea posible, por sumisión a su divina Providencia.

141. Quiero, pues, amar con todo mi corazón la pobreza de bienes, por el honor que debo y quiero rendir a la elección que mi Salvador ha hecho de ella; y si su bondad permite que me vengan algunas necesidades, miraré su santa voluntad y elevaré mi espíritu únicamente a él, considerando que desde toda la eternidad él ha sido el único que se basta a sí mismo, y por consiguiente que él nos puede y nos debe bastar, y que estando en un estado en el que debemos tenerle a él solo como consuelo, debemos aceptar amorosamente la privación de lo que nos falte fuera de él.

142. Esta virtud, mis queridas hermanas, es particularmente obligatoria para vosotras, haciendo profesión de tomar a Jesucristo por modelo vuestro. Si sucede alguna vez que

estéis un poco en necesidad, ¿no debería este estado dar consuelo a vuestro corazón, asociándoos a aquel en el que se ha encontrado él tan frecuentemente con su santa Madre cuando estaba en la tierra?.

143. Vosotras lleváis la cualidad de siervas de los pobres, no sería justo que os entregarais a acumular bienes, después de haberlo dejado todo, y que las siervas se volvieran más ricas que sus amos.

144. Esta cualidad que vuestra vocación os da, os enseña que debéis realizar sus funciones, y que como tales debéis trabajar, no sólo para ganáros la vida como vuestros amos, sino también para ayudar a alimentarlos.

145. Siempre he pensado que la dicha de la Compañía era la pobreza; esta bella virtud es la que la hace estimar entre las personas de condición, y la que atrae su confianza para la distribución de sus limosnas. Es la frugalidad que observan las Hijas de la Caridad en su vida, lo que hace que se las pida en tantos lugares, porque se dice que son muchachas que se conforman con poco para su mantenimiento.

3. Sobre la castidad

146. La castidad pone a los hombres en condición de sujetar los sentidos a la razón: los hace acercarse a la pureza de los ángeles y reentrar de algún modo en el estado de inocencia de nuestros primeros padres. Es una virtud, oh Dios mío, que honra la unidad y la simplicidad de tu ser, y que desprendiendo al alma de todos los afectos que la podrían dividir, la pone en el camino de la estrecha unión a tu divinidad. He resuelto, Dios mío, no admitir ningún amor más que para tí, y como tú nada puedes querer más para tu propia gloria, no tendré jamás otra voluntad ni otro amor que el tuyo, mediante tu gracia.

147. Hay dos virtudes necesarias para la conservación de la castidad: la modestia y el amor al retiro. La modestia es exterior o interior.

148. La exterior mira a la compostura del cuerpo; impide que los ojos sean vagabundos y se lancen a miradas ilícitas; aparta los oídos de escuchar conversaciones peligrosas; regula todas las palabras y todas las acciones.

149. Pero esta modestia exterior no puede estar sin la interior, que consiste en tener el interior ocupado en Dios, el entendimiento y la memoria aplicados a pensar en él, y la voluntad a amarlo y agradarle en todo.

150. El amor al retiro desprende al alma de la compañía del mundo y no permite conversar con él más que en cuanto es necesario para las tareas de la caridad; en la soledad es donde Dios se complace en tratar con sus esposas y conversar con ellas.

151. Aunque las Hijas de la Caridad estén obligadas por sus ejercicios a tener comunicación con diferentes personas, deben siempre conservar la soledad interior del corazón, y abstenerse de hacer o recibir visita alguna más que por la necesidad de sus empleos.

152. Tenemos también un claustro como las religiosas, del que es tan difícil salir a las almas fieles a Dios como a las religiosas del suyo, aunque no se trate de piedras, sino la santa obediencia, que debe ser la regla de nuestros deseos y acciones. Ruego a Nuestro Señor, cuyo ejemplo nos ha encerrado en este santo claustro, que os conceda la gracia de jamás salir de él.

4. Sobre la obediencia

153. Jesucristo ha tenido tanto amor por la obediencia que, queriendo servirse de ella para la redención del mundo, ha hecho voto de ella a su padre desde el momento de su concepción, consintiendo con su voluntad para este designio, y que la ha practicado fielmente toda su vida y hasta la muerte, lo que me hace creer que se quiere servir de esta virtud para la santificación de las almas, y que la pide especialmente a aquellas a quienes llama a su servicio; quiero, pues, amarla como un medio para imitar el ejemplo de este divino modelo; y para aplicarme el mérito de la muerte que él ha sufrido por obediencia a su Padre, quiero vivir y morir en obediencia a su santa voluntad.

154. La obediencia de Abraham me hace conocer cuán agradable es a Dios esta virtud y, por el contrario, veo en el pecado de Adán cuán desagradable le es la desobediencia: una ha atraído a la familia de este patriarca la fuente de la bendición de todas las naciones; y la otra ha hecho pasar a los hijos, con el pecado de este primer padre, todas las penas y maldiciones que él había merecido.

155. La disposición de un alma que está en una santa indiferencia para hacer lo que Dios quiere, es un estado angélico, pues los ángeles en el cielo, destinados al servicio de las almas, aguardan en paz la orden de Dios para eso, siéndoles indiferente estar empleados en el cielo para la gloria accidental de las almas bienaventuradas, o estarlo en el purgatorio para el consuelo de las almas que sufren allí, o con las almas en la tierra para comunicarles las santas inspiraciones que les son necesarias para su salvación.

156. La obediencia es tan necesaria que sin ella se daría un desorden constante en todas las familias, particularmente en las comunidades y más aún en la Compañía de las Hijas de la Caridad, por la libertad que su ejercicio les da de ir a diversos lugares.

157. Uno de los medios que he pensado que nos podría ayudar a adquirir esta virtud, tal como Dios la pide, es estimarla mucho, re presentándonos siempre la del Hijo de Dios por nosotros, en cosas tan penosas y difíciles'. Recordando también que Dios, en la creación del mundo, habiendo sometido todas las creaturas a la obediencia, es éste un deber que él pide principalmente a la creatura racional; y por haber contravenido a ello, la ha hecho tan desgraciada y la ha condenado a muerte.

158. Y porque la obediencias puede ser diversamente observada, me ha parecido que para ser tal como Dios nos la pide hay que obedecer con gran sencillez y humildad.

159. En segundo lugar, que debemos obedecer a las personas que tienen derecho a mandarnos, como si fuera Dios mismo el que nos manda, puesto que es a su autoridad y por su amor por lo que debemos obedecer.

160. Una tercera condición de la verdadera obediencia es no hacer que nuestros superiores se inclinen a ordenarnos lo que nosotros deseemos, sino esperar que se nos ordene lo que se crea que Dios pide de nosotros.

161. En cuarto lugar, la obediencia debe ser no sólo de corazón, sino de espíritu, es decir, con sumisión del propio juicio: y lo que puede ayudar más a ello es acostumbrarse a no ser inamovible en las opiniones, y condescender con toda clase de personas, incluso en las menores cosas.

162. Esta virtud es la que obliga a las Hijas de la Caridad a aceptar los cambios de lugares, de personas, y de empleos, que les ordenan los superiores, y a estar en todo tiempo dispuestas a ir a todas partes y con aquellas hermanas que se quiera. Es una disposición necesariamente vinculada al designio de Dios sobre la Compañía, sin la que ellas no podrían ni dar a Dios la gloria que su bondad quiere sacar de ella, ni el servicio que deben a los pobres.

163. Si una hija de la caridad no estuviera en este estado, no tendría nunca la paz interior, tan necesaria para agradar a Dios, pues los cambios que pueden y deben suceder con frecuencia, podrían ser contrarios a sus inclinaciones, y causarle pena. Y si se quiere atender a sus deseos, sería de temer que su ejemplo produjese grandes impedimentos a las otras, y causaría grandes desórdenes en la Compañía.

164. La obediencia pide de una hija de 1ª caridad una tan gran indiferencia hacia los lugares, que no sólo esté siempre pronta a ir a todas partes a donde se la quiera enviar; sino que ni siquiera desee una casa. Creedme, queridas hermanas hay que temer siempre hacer una elección por propia iniciativa, y es peligroso desear una cosa antes de que Dios la quiera. Algunas han pedido su cambio y eso les ha costado la pérdida de su vocación. Y ¿qué buscamos? ¿no es agradar a nuestro soberano Señor?". Esperemos en paz que sus deseos nos sean expresados por los superiores. Honremos por el cambio de lugar y de casa, el de Jesús y de la santa Virgen de Belén a Egipto y de Egipto a Nazaret, y a otros lugares, no queriendo más que ellos tener una casa propia en la tierra".

Capítulo VI

DE LA MORTIFICACION

1. Sobre la mortificación del propio juicio y de la voluntad

165. Si queréis aspirar a la perfección, hay que trabajar por morir a vosotras mismas. Mis queridas hermanas, os digo grandes cosas con estas palabras. Lástima que no os las pueda escribir con mi propia sangre, o dejáros las en letras de oro, oh mis mejores amigas en Jesucristo. Hay que morir a vosotras mismas, es decir, hay que destruir todos los

movimientos de las potencias de vuestra alma y de vuestro cuerpo que puedan impedir los efectos que el santo amor quiere obrar en ellas.

166. Uno de los mayores enemigos de vuestra perfección es el juicio propio. Oh, cuántos desórdenes produce en todos aquellos que se apegan a él. Es ésta una nobilísima facultad que Dios ha puesto en nuestra alma en la creación; pero que también ha sido muy debilitada por el pecado. Por eso es por lo que es muy necesario tenerlo embridado y vigilar para que no se preocupe nunca contra la razón.

167. Su actuación se realiza insensiblemente y siempre con apariencias especiosas, lo que hace más costosa la guerra que tenéis que hacerle.

168. Por lo que se refiere al mal uso que se puede hacer de él, os será fácil reconocerlo: si, por ejemplo, queréis por vuestro juicio propio resistir a algún artículo de la fe, o murmurar contra la conducta de la Providencia, o controlar las órdenes de vuestros superiores, o creer temerariamente a vuestro prójimo culpable de alguna falta notable, cometeríais un gran pecado y seríais responsables en el juicio de Dios, del abuso que haríais del que él os ha dado.

169. El legítimo uso de vuestro juicio se puede hacer de dos maneras. Primeramente, sometiéndolo siempre no sólo a las verdades de la fe, sino a las órdenes y gobierno de la divina Providencia, en todos los acontecimientos, pese a que os parezcan enojosos y laboriosos, sea para vosotras o para otros.

170. Hay que tener esta misma sumisión a todo lo que los superiores ordenan, para lo que nos toca a nosotros y para lo que toca a otros.

171. Hay espíritus que no murmurarán ni se quejarán nunca de lo que se les mande; eso les parece demasiado vulgar e imperfecto; pero se meterán a censurar la conducta que se sigue con los otros, quejándose por aquellos que no se darían cuenta de que tendrían motivos para ello, si ellos no se lo advirtiesen.

172. No basta, hermanas mías, con mortificaros sometiendo vuestro juicio; es también necesario suspenderlo, que es el segundo modo de mortificación. Cuando veáis suceder alguna cosa a consecuencia de las órdenes de vuestros superiores, o de las hermanas que están en los cargos, que choque con vuestro juicio, pensad que vosotras no conocéis las razones que ellos han tenido para hacerlo, y que si las supierais, encontraríais que lo han hecho muy bien.

173. Os aseguro que esto me ha ocurrido con frecuencia; me parecía que lo que se decía o hacía era por algún otro fin que el que era; y cuando Dios permitía que, por cualquier circunstancia, llegase a saber las intenciones de tales cosas, me quedaba admirada y confundida. Eso me ha enseñado que no me debía parar a juzgar cosas que no conocía, lo que también os animo a hacer, en cuanto puedo.

174. No podríais impedir los pensamientos que se presentarán a vuestra imaginación, pero podéis muy bien impedirlos creerlos. Si veis algunas apariencias que os parecen malas,

tratad de desconfiar de las primeras impresiones que vuestro juicio os proponga, para dar lugar a aquellas que os haga ver la razón; no una razón informada por vuestras inclinaciones y fantasías, sino una razón de justicia, y que no tenga más preocupación que la de la caridad, que hace juzgar bien de todo.

175. Si os cuesta mucho impedir os creer a vuestro juicio, guardaos mucho de hablar de ello, ni de darlo a conocer. Y si escucháis a alguna hermana que hiciese algo parecido, ¡oh!, entonces es cuando os tenéis que guardar bien de una cierta satisfacción que se encuentra de ordinario cuando se encuentran dos de la misma opinión; eso da libertad para comunicarse los pensamientos, aunque se prometan mutuamente no decir nada de ello. Os aseguro que esto es muy peligroso y que es muy difícil abstenerse de ello.

176. Cuando se trate de órdenes de vuestros superiores, si aquello que se os manda os parece difícil o contrario a vuestros sentimientos, entonces es cuando hay que ejercitar vuestro juicio por una obediencia entera, cuando veis que no se os quiere mandar hacer nada contra vuestras reglas, y particularmente contra las máximas y prácticas de Jesucristo nuestro querido Maestro.

2. Sobre la mortificación de la voluntad propia

177. La voluntad es una facultad de vuestra alma, tan honorable que os hace como pequeños dioses en la tierra, puesto que verdaderamente no hay nadie más que vosotras que pueda ser su dueña. Dios mismo cuando os ha dado el ser, no ha querido reservarse el poder de constreñirla. Se sirve con mucha frecuencia de medios suaves para inclinar esta voluntad al bien, pero raramente usa de su poder absoluto, por eso no debemos esperararlo. Tened presente esta advertencia para no ser semejantes a esos holgazanes e idólatras de su amor propio que, para no tomarse el trabajo de contrariar su voluntad propia, tienen el aplomo de decir cuando se les advierte de sus defectos: haré lo que Dios quiera. Esta frase es buena en boca de una persona que hará lo posible para hacer la voluntad de Dios; pero no es razonable en la de quien, por negligencia, de nada huye más que de hacerla.

178. Vuestra voluntad propia os puede inclinar frecuentemente a realizar muchas acciones contra la voluntad de Dios; eso lo conoceréis siempre cuando os dé deseo de actuar contra vuestros reglamentos y las órdenes de los superiores.

179. Hay que trabajar por hacerla morir, no sólo sometiéndola a la voluntad de los superiores, sino incluso a la de vuestras hermanas, cuando no sea contra Dios.

180. Para facilitaros la pérdida de esta voluntad propia, proponed, cada vez que hagáis la voluntad de otro, hacer la voluntad de Jesucristo, nuestro querido Maestro. ¿No nos ha manifestado él el amor que tenía por hacer la voluntad de Dios, teniéndola por necesaria para la vida de su alma, cuando decía: que su alimento y su comida era hacer la voluntad de su Padre? ¿No veis cómo en su agonía en el huerto, la prefiere a su vida, pues dice que se haga tu voluntad y no la mía? Veis por estas palabras que su voluntad inferior hubiese deseado verse exenta de los sufrimientos, pero la voluntad superior, que él une a la de su Padre, se adueña y la hace consentir a todas las penas que debe sufrir en su pasión. Oh mi purísimo amor, en esta escuela es donde enseñas a tus esposas: las esposas no deben nunca

tener otra voluntad que la de su esposo; por eso, mis queridas hermanas, si aspiráis a la unión eterna con él, unid vuestra voluntad a la suya mientras estéis en la tierra; admirad el poder de una voluntad sometida a Dios en el ejemplo de la de su Hijo, pues es ella la que restablece a todo el género humano en la gracia, después de la pérdida que había hecho de ella por la desobediencia.

3. Sobre la mortificación de las pasiones

181. La reina de las pasiones que hay que mortificar en vosotras es la del amor. Esta pasión es tan noble y tan excelente, que me pa rece ofenderla diciéndoos que la debéis mortificar. Verdaderamente, si no os servís de ella más que según el designio de Dios, diría, dejadla vivir, ella os hará como los serafines en el cielo; pero ¿qué hacemos de esta pasión tan honorable? Nos servimos de ella para el amor desreglado de nosotros mismos, que nos hace mirar nuestros cuerpos con atención continua a buscar todo lo que nos agrada, lo que nos apega a las creaturas y, lo que es más peligroso, a alguna persona en particular, a la que alguna vez se convierte en el propio tesoro; de donde nacen faltas sin número.

182. Por eso, tan pronto como sintáis vuestro corazón inclinarse aunque sea un poco a apegarse a cualquier persona, y hallar placer en verla o hablarle, poneos en guardia porque estáis en peligro de comprometer vuestro amor, y tratad de mortificar animosamente esta pasión desde el comienzo, porque si esperáis por poco que sea, perderéis de vista el peligro y luego os iréis enfriando poco a poco. Es muy raro retirarse de un peligro una vez que se está comprometido en él voluntariamente.

183. Tenéis que mortificar otra pasión contraria a ésta, que es el odio. Unas están más sujetas a ella y otras menos. Esta pasión es enemiga mortal de la caridad cuando se ejerce sobre nuestro querido prójimo; pero nos será muy útil, si la empleamos para odiar el pecado y todas las ocasiones que nos pueden llevar a él, y para concebir un santo odio de nosotras mismas que hace que nos neguemos todo lo que desagrade a Dios.

184. No os dejéis engañar por esta pasión, que con mucha frecuencia os querrá persuadir, cuando veáis algún defecto en otro, de que es ese defecto lo que vosotras odiáis y que, bajo este pretexto, os podrá ocultar una aversión que tenéis contra su persona.

185. Para evitar ese mal, cuando veáis alguna falta en vuestro prójimo, procurad excusarlo cuando podáis, y si es una persona de la que habéis recibido algún disgusto, debéis desconfiar más de vosotras mismas, y absteneros de pensar en la injuria que ella os hizo y de quejaros de ello a vuestras hermanas, o de hablar de sus imperfecciones, porque es de temer que, bajo la apariencia de la justicia de vuestro resentimiento, no estéis alimentando y manteniendo el odio y aversión con vuestros pensamientos y palabras.

186. Mirad siempre a Jesús crucificado, nuestro maestro. ¿Podemos tener nosotras nunca tan justos y tan profundos motivos de odio como los que él ha tenido? ¿Podemos nosotras, pobres y miserables creaturas, decir con verdad que alguien nos ha ofendido, si tenemos un verdadero conocimiento de nosotras mismas? Ya veis, sin embargo, cómo excusa a los que le blasfeman y persiguen, y la caridad con la que ruega a su Padre que les perdone. Si el ejemplo de Jesús nos parece demasiado elevado porque era Dios y hombre, mirad que para

sacaros de la impotencia natural de resistir esta pasión él os ha hecho cristianas, y os ha concedido en él la fuerza de vencer a vuestros enemigos. De vosotras dependerá, hermanas mías; entrad valientemente en esta milicia cristiana y no os esquivéis. Ya veis que para sacaros de esta imposibilidad, en la que os hubierais encontrado quizás en el mundo, él os ha honrado con la vocación a la Compañía.

187. La cólera es una pasión que hace hablar en alto y atrevidamente, hacer acciones violentas, y nos lleva siempre a creer que tenemos la razón. ¿Qué hay que hacer, mis queridas hermanas, cuando nos sorprende esta fastidiosa pasión? Ciertamente que yo me veo con mucha dificultad para deciros esto, porque parece que tan pronto como se apodera de nosotras ya no nos dominamos. Como hay unas que tienen esta pasión más viva que otras, es necesario que vigilen sobre las ocasiones que la podrían excitar, para que no se vean sorprendidas; y cuando, a pesar de todas las precauciones, se presente algo que la excite en el corazón, no hay mejor medio para reprimirla que abstenerse de hablar por algún tiempo. Este tiempo, mis queridas hermanas, que estéis en silencio aminorará el motivo que pensáis tener para hablar con aspereza; dejará libertad a la razón para hacer sus reflexiones; dará lugar a la caridad para tolerar al prójimo y ayudará muchísimo a amansar esta pasión. Con estas prácticas honraréis la mansedumbre del Hijo de Dios, quien para darnos deseos de tener esta bella virtud, no se ha contentado con decir a sus discípulos: sed mansos; sino que por un testimonio particular de su amor, ha dicho: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, enseñándonos que, como lo propio del amor es hacerse semejante a la persona amada, si lo amamos a él, seremos mansos a imitación suya. Toda su vida está llena de ejemplos de esta virtud: ¿no se deja crucificar, como un cordero, sin que saliera de su boca ninguna palabra áspera?, señal segura de que su corazón era la dulzura misma. Parece que nos la ha querido enseñar también por la revelación de san Juan, cuando dice que los vírgenes siguen al cordero a dondequiera que va; ¿veis cómo nos enseña la relación que debe haber necesariamente entre la mansedumbre y la pureza? ¿Quién rehusará la práctica de la mansedumbre de este cordero para adquirir su pureza, que os hará tan dichosas de seguirle por toda la eternidad?

188. También tenemos la pasión de la esperanza; y aunque su práctica sea necesaria para la salvación, sin embargo nuestra naturaleza corrompida nos hace frecuentemente abusar de ella, como cuando esperamos misericordia y la enmienda de nuestra vida, sin querer tener ningún cuidado de trabajar en ello. Es ésta una esperanza falsa y muy peligrosa, en la que las personas relajadas y estúpidas han solido adormecerse. Cuando se les advierte de algún defecto que les es impedimento para avanzar en la perfección, dicen que serán y harán lo que plega a Dios. Estas palabras, según la letra y dichas por un alma enteramente sumisa a la voluntad de Dios, son razonables. Pero para que sean verdaderas, tienen que ser dichas por un espíritu sencillo, sincero y fervoroso, y no por un espíritu orgulloso o perezoso.

189. Hay otra pasión completamente opuesta a ésta, a la que hay que resistir valientemente, que es la desesperación. No quiero hablaros de aquella que pierde a las almas y a los cuerpos juntamente, sino de un cierto desaliento que acaece demasiado frecuentemente a las almas débiles y pusilánimes. Después de haber trabajado, aunque por poco tiempo, por superar algunas de sus inclinaciones o malos hábitos, viendo que siguen cayendo en ellos frecuentemente, desesperan de llevarlo nunca al término.

190. Si nuestro bienaventurado padre Monseñor de Ginebra hubiese hecho lo mismo en su empeño por adquirir la mansedumbre, en la que ha sobresalido después de más de veinte años de trabajo, no habría sido jamás tan gran santo como lo es, habiendo motivos para pensar que ha sido por esta virtud por la que Dios ha querido que él cooperara con su gracia para su santificación.

191. Lo mismo santa Teresa, esta alma de tan gran oración, si después de doce o quince años de trabajo para hacerla bien, se hubiese desalentado, desesperando de poder nunca tener éxito en ello, ¿hubiese llegado a ese alto grado de contemplación que le ha dado tantas luces que los más grandes doctores copian frecuentemente de sus libros?

192. Veis, pues, mis queridas hermanas, qué peligrosa es para nosotras esta manera de desesperación. ¿Por qué pensáis que tan pocas almas son santas, pese a que todos los cristianos lo debieran ser? ¿De dónde pensáis que viene este obstáculo, sino del desaliento que la desesperación engendra?

193. Advertid en esto, que Dios, que quiere nuestra salvación tan decididamente, no quiere sin embargo dárnosla sin que cooperemos con su gracia; y que habiéndonos su amor dado a su Hijo como medio suficiente para nuestra salvación, su voluntad ha sido de no constreñir la nuestra. Haced gran aprecio de este amor que Dios tiene por vosotras de querer salvaros por su Hijo, pero no querer salvaros sin que vosotras lo quisieseis también; y de que, para ayudaros a quererlo, os ha dado tantos medios para hacer eficaces los méritos de su redención. ¿Y cuáles son esos, mis queridas hermanas? Son las gracias sin número que su bondad derrama continuamente sobre vosotras; es la de haberos hecho cristianas; la de haberos llamado a su servicio en la Compañía de la caridad, y también la de daros a conocer que, habiendo pasiones en vosotras que os pueden comprometer en las ocasiones de perderos, esas mismas pasiones os pueden ayudar mucho en vuestra salvación, si vosotras queréis.

194. Por eso no os dejéis desalentar nunca, incluso aunque tuvieseis que combatir durante toda la vida para mortificar algunas de vuestras pasiones, incluso aunque viereis que no avanzáis en ello; esperad que Dios, viéndoos repletas del deseo de agradarle, estará satisfecho de vosotras, y que vuestro trabajo sustituirá a la virtud que queréis adquirir: me atrevo a prometéroslo por su bondad.

195. También tenéis que guardaros bien de la pasión del temor, porque encontraréis muchas ocasiones en las que os podrá hacer sufrir. La bajeza que aparece externamente en vuestra condición y en vuestros empleos, os hará temer pasar por despreciables a los ojos del mundo. Y como vosotras os obligáis a servir continuamente a los pobres en toda clase de enfermedades, la naturaleza, que busca siempre sus comodidades y que huye el mal, tendrá miedo de afectar su salud, de arruinar sus fuerzas y de exponer su vida. Estas debilidades, mis queridas hermanas, os podrán suceder con frecuencia. Hace falta valor y decisión para superarlas. No tengáis en consideración más que la estima y el juicio de Dios, sin deteneros en la consideración de los respetos humanos, pensad que es por su amor por lo que exponéis vuestra vida, y que así le dais la señal más grande de la caridad, como os la pide él en el Evangelio.

196. Temed a Dios sobre todas las cosas, pero con ese temor filial que hace odiar el pecado porque desagrada a su bondad infinita, que es soberanamente digna de ser amada y honrada, y no por ese temor mercenario que hace que no se abstenga uno de ofenderlo nada más que porque es justo y castiga a los malos y recompensa a los buenos. No es que este temor sea contra Dios, sino que es imperfecto; es amar impuramente no considerar nada más que este motivo.

4. Sobre la mortificación de los sentidos

197. Para morir enteramente a vosotras mismas, hay que mortificar los sentidos, que han nacido con nosotras, y cuyas inclinaciones están desordenadas por la corrupción del pecado original; lo que no impide que hagáis buen uso de ellos, según el designio de Dios, que había creado todas sus obras muy buenas, como dice la Escritura.

198. Cuidad, pues, que vuestros ojos no se apeguen a mirar muchas cosas por curiosidad por las calles, las casas o en otros lugares. Esta precaución es totalmente necesaria para mantener la Compañía en su pureza, sin la que no podría subsistir.

199. Oh, divinos ojos de mi Jesús crucificado, por el amor que os ha hecho extinguir vuestra bella luz en la cruz en vuestra muerte, derramad el espíritu de mortificación sobre la vista de las pobres Hijas de la Caridad, a fin de que imiten las virtudes que les habéis adquirido por vuestro mérito.

200. En cuanto al olfato, no tenéis motivo frecuentemente para mortificaros en este sentido; si os ocurre, sin embargo, alguna ocasión en la que estuviéseris tentadas de satisfacerlo, acordaos de buscar más bien los perfumes de vuestro esposo, que son las perfecciones y las virtudes de su alma, que los olores de las cosas de la tierra: y considerad cómo él las ha menospreciado naciendo en un establo entre animales, frecuentando a los leprosos, los enfermos y los endemoniados, y pasando las tres últimas y más penosas horas de su vida en el lugar de los suplicios.

201. Conocéís suficientemente el peligro al que el oído os puede exponer: es un sentido que es tanto más peligroso, cuanto menos que los otros cae bajo vuestra libertad. ¿Cuántas almas pierden lo poco de virtud que han adquirido, dejando entrar en sus corazones la vanidad, la impureza, o el odio, y un gran número de otros pecados, por haber escuchado charlatanerías, maledicencias y otras malas conversaciones? ¿Cuántas estrellas quizás han caído del cielo por haber sentido placer en oír tales cosas? ¿Cuántas almas han decaído de la gracia, que hubieran perseverado en su primera vocación, si esas desgraciadas conversaciones no hubieran entrado en sus orejas?

202. Ya veis qué importancia tiene la guarda de este sentido; por eso es por lo que os aconsejo mortificaros en su uso lo más que podáis, procurando volveros tan atentas a Dios y a sus inspiraciones, que eso impida que las orejas de vuestro cuerpo reciban el veneno que el demonio quiere hacer deslizar en vuestra alma. No os contentéis sólo con no escuchar lo que os podría dañar, sino privaos alguna vez, por amor de Dios, del placer que os estaría permitido escuchando pequeñas bromas, o alguna curiosidad, cuando os encontráis entre la gente; y sí no podéis impedirlos oírlos, que no sea con aplicación del placer y el apego, a fin

de que lo que entre pese a todo por una oreja, salga de muy buen agrado por la otra, y que no quede nada en el corazón ni en el espíritu. De este modo la paz de vuestra alma no será turbada por ello y no os veréis distraídas por ello en el tiempo del silencio ni de vuestras plegarias.

203. Seguid el ejemplo del uso que el Hijo de Dios ha hecho de este sentido. Mirad el rechazo que hace de todas las alabanzas que se le dan en varias circunstancias de su vida; mirad cómo escucha en la cruz con paz y caridad las blasfemias que los judíos vomitan contra él; y como señal de que no está herido, ruega a su Padre que los perdone, e incluso tiene la caridad de excusarlos.

204. En cuanto a la mortificación del gusto, pensaréis quizás que vuestra alimentación os ofrece abundantes medios, lo que es verdad en cierta manera; pero puesto que nuestros sentidos, cuando están habituados a algo, no dejan de encontrar placer incluso en lo más grosero, debéis una vez más morir a esta especie de sensualidad. Y lo haréis fácilmente, si procuráis no poner atención en el alimento que tomáis y no usar de él más que para mantener vuestro cuerpo y daros fuerzas para servir a Dios y al prójimo. Lo que os ayudará mucho a ello será aplicaros a la lectura que se hace durante la comida, elevando vuestro espíritu a Dios por los pensamientos que ella os podrá dar.

205. Conformaos en esto, como en todas las cosas, al ejemplo del Hijo de Dios, quien parece, en diversos lugares del Evangelio, preocuparse del alimento por la necesidad, tanto de otro como de sí mismo, pero sin melindres, y tomando lo que encuentra, no buscando la delicadeza y ni siquiera usando de lo que es necesario más que después de mucho trabajo. Quiso en las últimas horas de su vida que su gusto fuese sensiblemente mortificado por la hiel y el vinagre, para darnos ejemplo de mortificar el nuestro.

206. De los cinco sentidos, no queda más que el del tacto: que no debe entenderse sólo de lo que nosotros tocamos con la mano, sino de todo lo que se acerca a nuestro cuerpo. No os diré nada de esos pecados horribles que se cometen por este sentido; ofendería vuestra pureza si os advirtiese que os guardarais de caer en ellos. Sólo os pido que os pongáis frecuentemente ante los ojos la necesidad de mortificarlo; que no le permitáis nada que tenga ninguna apariencia de sensualidad; que pongáis precaución en todas las ocasiones y peligros que os podrían llevar a la menor falta. Nuestra única y digna Madre debe estar siempre ante vuestros ojos, como un ejemplo de la pureza que debéis conservar. Considerad el mérito del Esposo a quien se la habéis prometido, y el amor singular que él tiene por esta virtud que ha escogido para realizar el misterio de su Encarnación, y que ha practicado durante toda su vida con tan alta perfección. Mirad que por haber cargado con nuestras impurezas, cómo ha sido rigurosamente castigado en la cruz y cómo ha satisfecho a la justicia de su Padre por medio de tan crueles suplicios, que ha sufrido en todo su cuerpo. Si tenéis amor por este Esposo crucificado, lo que ha sufrido para expiar vuestros crímenes y para adquiriros la pureza, será suficientemente fuerte para haceros resistir todas las tentaciones con las que el enemigo tratará de haceros perder esta virtud. Es la piedra de escándalo, la más peligrosa de todas, para la ruina de vuestra Compañía. Por eso os suplico desde lo más profundo de mi corazón, que no descuidéis la mortificación de este sentido. Oh cuántas gracias y ayudas tendréis de

Nuestro Señor y de su santa Madre, por poco que les testimoniéis amar esta virtud por su amor, y querer serles fieles.

Capítulo VII

DE LAS VIRTUDES QUE MIRAN A DIOS

1. Del amor de Dios

Dios es caridad, y el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él, como habla el apóstol san Juan. No sólo él se ama a sí mismo por el conocimiento que tiene de sus perfecciones infinitas, sino que él es el amor y la caridad por su esencia.

208. De este amor eterno e increado es participante el de las creaturas, en cuanto a su origen; pero sus efectos están ligados a la voluntad en la práctica de los actos de caridad tanto hacia Dios como hacia el prójimo.

209. Quien no ama, no conoce a Dios: porque no se puede conocer bien el amor sin experimentar sus movimientos, como no se puede saber bien lo que es el fuego sin experimentar sus ardores. Solo a la caridad pertenece darnos la inteligencia de la grandeza de Dios, no una inteligencia tal cual, sino penetrante y afectiva; de tal modo que, quien tenga más caridad tendrá más participación en esta divina luz que lo inflamará del santo amor.

210. Dios nos ha mandado amarle con todo el corazón. Ha grabado este gran mandamiento sobre las tablas de la ley que ha promulgado por Moisés: nos ha enviado a su Hijo para hacérselo oír por sus palabras, y para mostrarnos el ejemplo con sus acciones. Y su Hijo ha firmado y sellado este ejemplo con la sangre que ha derramado en la cruz, dando su vida a Dios su Padre en señal de su perfecto amor. Hijas de la Caridad, reflexionad sobre el nombre que lleváis. Es una continua advertencia para vosotras de la obligación particular que tenéis de trabajar en la práctica de esta gran virtud.

211. Entre una infinidad de razones que nos llevan a amar a Dios, la de la consideración del amor paternal que tiene por nosotros, es una de las más poderosas. El nos ha hecho conocer este amor cuando nos ha mandado llamarle nuestro Padre. Lo que nos obliga a amarle en esta cualidad, no sólo con afecto tierno y sensible, sino con confianza y entera dependencia de su gobierno: no amando nada tanto como este amor paternal que, dándonos a su Hijo único, nos ha adoptado por hijos suyos y por herederos de su gloria.

212. Cuando la caridad se posesiona de nuestro corazón, nos hace desear y buscar la gloria de Dios, alegrarnos de sus grandezas y de lo que él es en sí mismo, amar y alabar sus perfecciones infinitas, rendirle nuestros respetos y adoraciones, aplicar nuestro espíritu a contemplar sus verdades, y conversar y comunicarnos con él. Esta virtud nos compromete principalmente a amar la voluntad de Dios sobre todas las cosas, con preferencia a todos nuestros intereses y a nuestra vida, y a estar en disposición de perderlo todo, antes que

hacer nada que le pueda desagradar. Eso es lo que pide de nosotros, cuando nos ordena amarle con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

2. De la sumisión a la Providencia de Dios

213. Como la divina Providencia ha formado vuestra Compañía, mis queridas hermanas, esta misma Providencia debe ser siempre vuestra guía. Si estáis enteramente sometidas y abandonadas a ella como Dios lo quiere de vosotras, estaréis seguras de que jamás os abandonará; ella será vuestra fuerza en vuestras debilidades tanto espirituales como corporales, vuestro consuelo en la desolación, vuestra suficiencia en la carestía, vuestra seguridad en el peligro, como lo ha sido siempre desde vuestra fundación.

214. Nuestro Señor quiere de nosotros más confianza que prudencia; esa misma confianza hará actuar la prudencia en las necesidades, sin que se note, y la experiencia lo ha dado a conocer en diversas ocasiones. No os preocupéis por lo que será de vosotras, y no os dejéis engañar por vanos temores que son impedimentos a vuestra salvación; afirmaos en la santa dilección que obra la confianza en la Providencia de Dios. Dios mío, qué grandes tesoros hay ocultos en esta Providencia. Y que la honran soberanamente quienes la siguen por su obediencia y su sumisión, y quienes no la previenen con previsiones e inquietudes inútiles. Sí, me diréis, pero es por Dios por quien me preocupo. No es por Dios por quien os preocupáis, si os preocupáis por servirles. Es un amo que quiere que se le sirva con paz y tranquilidad y que se aguarde sin apresuramiento sus deseos y sus órdenes.

215. Procurad adquirir la ecuanimidad y la paz interior en todas las circunstancias penosas que se presenten. Habituaos a recibir todos los pequeños motivos de disgusto como de la mano de Dios, que es vuestro Padre, que sabe bien lo que os conviene', que permite que seáis tocadas por su justicia, algunas veces para correjros y para castigaros, y otras veces para testimoniaros su gran amor enviándonos sufrimientos para aplicaros el mérito de los de su Hijo.

216. La falta de ayuda exterior de las creaturas os servirá para adelantaros en la perfección del santo amor, y para atraeros una protección más especial de Dios. Porque ¿sabéis lo que hace cuando un alma, abandonada de todo consuelo y ayuda de las creaturas, es bastante animosa para hacer buen uso de ello? El se agrada en ser el guía de esta alma y, aunque ella no experimente esta ayuda, debe estar segura sin embargo de que él la sostiene con el poder de su mano, si ella se vincula a él por una confianza total, y que él no permitirá que ella sucumba bajo el peso de su miseria.

Capítulo VIII

DEL PECADO

1. De su naturaleza y su origen

217. El pecado es una nada por el defecto del ejercicio de la virtud. No puede tener ser, estando fuera de la voluntad de Dios, por cuanto la voluntad de Dios es la causa de todo ser,

y ella no puede ser la causa del pecado. Lo que me hace conocer la desgracia a la que me he reducido por el pecado, de haberme salido del orden de esta divina voluntad, y haber amado lo que Dios odiaba.

218. El pecado ha comenzado inmediatamente después de la creación del primer hombre. Habiendo creado Dios su alma, la hace dueña de su voluntad para mostrar la nobleza de su naturaleza, y se reservó el acto de obediencia, para mostrar que él era su soberano; pero el hombre abusó desgraciadamente del poder que Dios le había dado, y prefiriendo su voluntad a la de Dios, le rehusó la obediencia que le debía por tantos títulos. ¡Qué ceguera y qué miseria! Bendice, oh Dios mío, la des aprobación que yo hago de ello y la resolución que tomo mediante tu gracia de odiarlo por siempre.

219. Aunque el poder de pecar sea grandemente perjudicial al alma, es sin embargo una señal de su excelencia y puede no serle dañino, por cuanto Dios no le niega la gracia necesaria para abstenerse de ello. Es una debilidad que debemos reconocer por una confesión sincera, y cuyo reconocimiento nos debe humillar ante Dios; pero al mismo tiempo debemos recurrir a su gracia y esperar de su bondad que ella no nos abandonará en nuestra impotencia, y que nos dará la fuerza para evitar el pecado. El poder de pecar nos será una ocasión de mayor mérito, si nos abstenemos de él. Leemos en la Escritura que Dios alaba al hombre justo porque ha guardado los mandamientos que podía transgredir, y porque no ha hecho el mal que podía hacer.

2. De la tentación

220. Debemos temer mucho la tentación, sea que consideremos el designio del enemigo que nos tienta, sea que miremos a los medios de que se sirve para tentarnos.

221. El no tiene otro fin que el de hacernos obrar contra la voluntad de Dios y hacernos perder nuestra vocación; y es tanto más peli groso cuanto esconde su designio con más artificio y lo cubre con la apariencia de un bien que halaga nuestros humores y nuestros deseos. Incluso sucede a veces que este espíritu de las tinieblas, transformándose en ángel de luz, nos hace tomar por una inspiración de la gracia un lazo que él nos tiende para sorprendernos.

222. Este enemigo emplea contra nosotros todo lo que él tiene de habilidad y de luz. No tenemos que combatir, dice el apóstol san Pablo, contra enemigos de carne y sangre, sino contra espíritus del mal, contra los poderes de las tinieblas y los príncipes del siglo.

223. El se junta con la carne y el mundo para hacernos la guerra por todas partes, y para atacarnos por todas nuestras inclinaciones. Solicita a la carne para que busque las dulzuras y las comodidades de la vida, y le da aversión por las mortificaciones y las austeridades. Pone ante los ojos la gloria y las vanidades del mundo para inspirar afecto y estima a él, y hace todos los esfuerzos por hacer concebir desprecio y disgusto por una vocación que hace profesión de renunciar a sus máximas y a todas sus pretensiones.

224. No podemos esperar tregua con este enemigo durante nuestra vida; él nos ejercita sin descanso hasta la muerte, y por mucha resistencia que le hayamos hecho durante

muchos años, no se despecha y trata siempre de hacernos perder la perseverancia. No tiene mayor alegría que la de hacernos dejar el bien, y halla su ventaja si puede sólo algún tiempo antes de nuestra muerte hacernos cambiar nuestras buenas resoluciones. Guardémonos, hermanas mías, de darle esta ventaja; y para ello, seamos fieles en todas las pequeñas cosas, renovando todos los días el deseo de agradar a Dios, y de cumplir nuestras obligaciones. La vida es corta y la eternidad feliz es larga, amable y deseable. No podríamos ir a ella sino en seguimiento de Jesús, siempre trabajando y sufriendo. E incluso no nos hubiera conducido allí, si su perseverancia no le hubiese conducido hasta la muerte de la cruz. Ved cómo no debemos ahorrar nada para no perder el fruto de todo el bien que hemos hecho hasta el presente. Aunque hubiéramos trabajado cuarenta y nueve años, si nos relajamos en el cincuenta, en el que nos llamara Dios, no habríamos hecho nada en toda nuestra vida. La perseverancia debe ser, pues, la última flor de nuestra corona, pues no la recibiremos más que en el último momento de nuestras vidas, que dará cumplimiento y consumación a todas nuestras obras y a todos nuestros trabajos.

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO LIBRO